

Sitiados por la pandemia

Del colapso a la reconstrucción:
apuntes geográficos

Ricardo Méndez



SITIADOS POR LA PANDEMIA

Del colapso a la reconstrucción: apuntes geográficos

Ricardo Méndez



2020

Autor: Ricardo Méndez Gutiérrez del Valle

Título: *Sitiados por la pandemia. Del colapso a la reconstrucción: apuntes geográficos.*

Fecha de edición: Septiembre de 2020

Editorial: REVIVES (<https://revives.es>)

Madrid-28005 (España)

Imagen de portada: *Siege of a city, medieval miniature*

Biblioteca Nazionale di Torino

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Siege_of_a_city,_medieval_miniature.jpg



Sitiados por la pandemia. Del colapso a la reconstrucción: apuntes geográficos by Ricardo Méndez Gutiérrez del Valle is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

INDICE GENERAL

Introducción.....	5
Capítulo 1. La difusión de una pandemia.....	15
1.1. La amenaza de riesgos sanitarios globales: algunas evidencias	17
1.2. Del saber experto a la conciencia colectiva y la acción política: sobre ciencia, comunicación y poder	23
1.3. La difusión espacio - temporal de la COVID-19: tendencias generales	29
1.4. La selectiva propagación del contagio: algunas claves geográficas	39
1.5. Los espacios metropolitanos como epicentro de la pandemia y sus contrastes internos	47
Capítulo 2. El freno a la movilidad y sus consecuencias.....	55
2.1. La sociedad hiper móvil y sus límites	56
2.2. Pandemia, desindustrialización y reordenación de las cadenas de valor globales	59
2.3. Impactos sobre el transporte marítimo y aéreo	66
2.4. La brusca reducción del turismo internacional: el discurso de la amenaza	71
2.5. Migrantes y pandemia: una relación olvidada	78
Capítulo 3. Pandemia, crisis sistémica y nuevas desigualdades. 83	83
3.1. Fragilidad y crisis del capitalismo global: nuevas evidencias ..	85
3.2. Los mercados financieros e inmobiliarios ante una nueva crisis	95
3.3. Impactos asimétricos sobre el empleo y nuevas brechas sociales	101

3.4. Una nota sobre la reactivación del teletrabajo	112
3.5. La desigual vulnerabilidad de los territorios frente al impacto sociolaboral de la pandemia en España	117

Capítulo 4. Reconstruir el mundo tras la pandemia:

cuestiones de geografía política.....	127
4.1. La pandemia como catalizadora de la transición geopolítica: la paradoja de China	129
4.2. Estados Unidos y la Unión Europea frente al espejo del declive	137
4.3. Entre la sobredosis de neoliberalismo y la revitalización del Estado social	146
4.4. Frente a la reincidencia, la resiliencia: apuntes para la reconstrucción	153
A modo de epílogo.....	159
Bibliografía.....	163

“¿Quién no eleva los ojos al sol cuando se levanta?
¿Quién aparta la mirada de un cometa cuando aparece?
¿Quién no presta oídos a unas campanas que doblan ante
cualquier acontecimiento?”

Ningún hombre es una isla, completa en sí misma, cada
hombre es un pedazo del continente, una parte del todo; si el
mar se lleva un pedazo de tierra, Europa mengua, lo mismo que
sí es un promontorio, la casa solariega de tus amigos o la tuya.

La muerte de cualquier hombre me disminuye, pues soy parte
de la humanidad. Y, por tanto, nunca preguntes por quién
doblan las campanas; doblan por ti”

John Donne: *Devotions Upon Emergent Occasions*, 1624
(Traducción: *Meditaciones en tiempos de crisis*, 2012)

INTRODUCCIÓN

Hoy, 30 de junio de 2020, al iniciar la escritura de este texto, se cumplen seis meses desde que las autoridades chinas comunicaron a la Organización Mundial de la Salud (OMS) la aparición de un brote infeccioso, provocado por un nuevo tipo de coronavirus, en la ciudad industrial de Wuhan, a orillas del Yangtsé. Tan sólo medio año después, las cifras oficiales reconocen unos diez millones y medio de personas contagiadas en el mundo y más de medio millón de fallecidas, si bien resulta evidente que las cifras reales son superiores, ante las limitaciones en las pruebas diagnósticas realizadas y los déficits de medios y capacidad para obtener información que aquejan a los servicios de salud de numerosos países. Por otra parte, la situación está lejos de remitir, pues la curva epidémica sigue en ascenso y en la segunda mitad del mes de junio los nuevos contagios oscilaron entre 150.000 y 200.000 diarios, con cifras de fallecidos por encima de los cinco mil cada jornada.

Salvo una escasa minoría negacionista, casi nadie duda ya que el mundo se enfrenta a la mayor crisis sanitaria del último siglo, provocada por el virus identificado como SARS-CoV-2 (*Severe Acute Respiratory Syndrome Coronavirus 2*), que provoca la enfermedad infecciosa COVID-19 (*Coronavirus Disease 2019*). El día 11 de marzo, cuando se llevaban 118.000 casos notificados y 4.291 fallecidos, la OMS declaró el estado de pandemia, un concepto que alude a la difusión de la epidemia por varios continentes y a la combinación de procesos de contagio importados y comunitarios.

Como bien conocemos por propia experiencia, ante la inexistencia de una vacuna o de terapias eficaces y probadas para su curación, el objetivo de numerosos gobiernos consistió en frenar la transmisión para evitar la sobresaturación de hospitales y centros de salud. Más allá del debate sobre la prontitud y eficacia de las medidas adoptadas en cada caso, ajeno a nuestros objetivos, el resultado común a muchos países fue una drástica reducción de la movilidad y la interacción social, que en bastantes

ocasiones conllevó periodos de confinamiento domiciliario más o menos estricto, el cierre de centros educativos y todo tipo de empresas, salvo las consideradas esenciales, la prohibición de actos públicos, la paralización de los intercambios y el cierre de fronteras, junto a medidas para reforzar la protección personal.

Se planteó así una especie de *estado de sitio* para hacer frente a la amenaza, cuyas imágenes más simbólicas y bien conocidas pudieron ser, entre otras, las urgencias hospitalarias y las unidades de cuidados intensivos saturadas, como contrapunto a las calles desiertas de nuestras ciudades, los aeropuertos cerrados y las carreteras sin apenas tráfico, o el consiguiente descenso de la contaminación en aquellas áreas más urbanizadas e industrializadas. A la experiencia personal de vivir un tiempo *sitiados por la pandemia*, se sumó la conciencia colectiva de relativa indefensión ante lo desconocido, algo especialmente ajeno a los ciudadanos de las prósperas sociedades occidentales, acostumbradas a considerar que plagas como la provocada por este nuevo virus eran, o bien cosa del pasado remoto, o bien problema de otros, siempre lejanos. Probablemente, la sensación de asombro o perplejidad ante este extraño 2020 alcanzó en ellas sus mayores cotas.

Porque, sin duda, puede afirmarse que vivimos un tiempo dominado por el asombro. El *Diccionario de la Lengua Española*, editado por la Real Academia, propone dos acepciones del término que se complementan para identificar sentimientos muy extendidos en los últimos meses. Por un lado, *gran admiración o extrañeza*, ante la radical transformación de la vida cotidiana, tanto personal como colectiva, provocada por unos acontecimientos desconocidos en buena parte del mundo desde hace generaciones. Por otro, *susto, espanto*, ante la letalidad y las secuelas asociadas a este nuevo virus, la sensación de inseguridad que suscita la falta de control sobre su futura evolución y la amenaza ya consumada de que a la crisis sanitaria le sigue otra económica y sociolaboral de dimensión global y más prolongada en el tiempo.

Esta acentúa las incertidumbres ya características de esta era de capitalismo global, carga buena parte de sus costes sobre los más vulnerables y acentúa así las desigualdades socioeconómicas y territoriales previas al estallido de la pandemia. En tal sentido, no debe olvidarse que su impacto en el seno de sociedades ya profundamente desiguales, sometidas durante décadas a la hegemonía del pensamiento y

la práctica neoliberales que provocan una *inseguridad por diseño* (Evans y Reid, 2016: 25), acentúa sus negativos efectos.

Las grandes crisis son siempre momentos *tenebristas*, en que los claroscuros se intensifican y se hacen especialmente visibles virtudes cívicas como el esfuerzo denodado del personal sanitario por salvar vidas, junto a la solidaridad y la acción colectiva ciudadana en favor de los más débiles. Pero también son tiempos en que aflora ese lado oscuro de la realidad en que se sitúan quienes aprovechan la situación crítica para vender material sanitario defectuoso, especulan con los precios de medicamentos y otros bienes de primera necesidad, llevan a cabo acciones irresponsables que ponen en riesgo la salud colectiva, o intentan derribar gobiernos legítimos.

Se trata, pues, de un contexto en que el necesario equilibrio entre razón y emoción sobre el que escribió Milton Santos (2000) resulta difícil de mantener. Momentos en que la inmediatez e intensidad de los acontecimientos propicia juicios apresurados que, en breve tiempo, pueden verse desmentidos por la evolución de los hechos, lo que hace bastante discutible el valor de *textos de ocasión*, publicados con cierta precipitación, para mantener su vigencia con el paso del tiempo. Con palabras del escritor colombiano William Ospina, “lo que da orden a los recuerdos es que ya conocemos el desenlace, que los vemos a la luz del sentido que ese desenlace les brinda. Al soplo de los hechos, todo va gobernado por la incertidumbre y los únicos seres que parecen coherentes son aquellos que, a falta de saber cómo terminarán las cosas, tienen claro un propósito que buscan imponerle a la realidad” (Ospina, 2012: 101-102).

Abordar, por tanto, la escritura de un texto en estos momentos debe enfrentar, al menos, dos tipos de riesgos. En un caso, hacer el esfuerzo de aportar un amplio volumen de información que queda pronto obsoleta, pero sin dotarla apenas de sentido, tal como ocurre con buena parte de los numerosos informes publicados en estos meses por instituciones públicas o privadas sobre la COVID-19. En otro, tratar de imponer un sentido a lo que ocurre, sin pretender un análisis a partir de la información concreta que va apareciendo, tal como se hace en diversos textos filosóficos o simplemente reflexivos, cuyos autores suelen ver siempre reforzadas sus ideas previas por las actuales circunstancias.

Sin duda, ya desde los clásicos se ha afirmado en muchas ocasiones que el estado de asombro está en el origen de la búsqueda de conocimiento. La perplejidad ante lo desconocido e inesperado hace surgir de forma espontánea preguntas básicas que intentan comprender las claves de la situación presente y sus posibles soluciones. Trasladadas al ámbito científico, el estímulo para renovar nuestras temáticas de estudio, buscar nuevas fuentes de información o afinar nuestros métodos de trabajo surge a menudo -o debería hacerlo- de las demandas planteadas por la sociedad en que vivimos. Aunar interés científico y relevancia social exige cierta capacidad para ser permeables a las necesidades del entorno. Como afirmó Aubenque (1974: 82), “las cosas se manifiestan, se nos imponen como suscitadoras de problemas, nos impulsan a investigar, incluso a pesar nuestro”.

El presente texto es deudor de ese asombro que, una vez aparece, no da tregua y anima a explorar para dar sentido a lo que vivimos y nos amenaza. Pero también para contribuir en lo posible a la búsqueda de respuestas y alternativas para este nuevo tiempo que, tras la brusca interrupción del anterior, se califica ahora de nueva normalidad. Aún brumosa, sus perfiles no responderán a ningún determinismo, sino al resultado de una pugna entre valores e intereses contrapuestos entre quienes buscan mantener -e incluso reforzar- el mundo que dejamos atrás y quienes defendemos una reconstrucción acompañada de una renovación que permita avanzar hacia un mundo más justo, equilibrado y sostenible.

En medio de la actual epidemia de publicaciones sobre la COVID-19 y sus consecuencias, aquí se intenta aportar una mirada geográfica y reivindicar el valor de esta perspectiva ante los retos colectivos que afrontamos. En un libro que gozó de amplia difusión, Robert Kaplan afirmó que “todos necesitamos recuperar cierta perspectiva temporal y espacial, que se ha perdido” (Kaplan, 2013: 22) y, ya con anterioridad, Peter Gould había señalado que “la geografía y la perspectiva geográfica particular que nos proporciona es un elemento imprescindible para disfrutar de una vida humana inteligente e informada” (Gould, 2000). Trasladada esta idea a la situación presente, como a la de cualquier crisis anterior, el enfoque geográfico resulta una herramienta útil para comprender, localizar y actuar, pues “la pandemia está redefiniendo

nuestra relación con el espacio” (Wolman, 2020) y nos hace más conscientes de nuestro lugar en el mismo.

De esta forma, multitud de conceptos geográficos transitan a diario por los medios de comunicación, los discursos y los documentos oficiales, poniendo en evidencia que la dimensión espacial de nuestra vida y las características del territorio en que se desarrolla importan.

La COVID-19 surgió en un foco epidémico localizado, donde las condiciones eran más propicias para que una enfermedad zoonótica se transmitiera a seres humanos; se produjo una rápida difusión espacial del contagio a través de determinados ejes o canales, lo que provocó una elevada selectividad en su distribución espacial según la diversa conectividad y accesibilidad de los territorios. El combate a la epidemia obligó a limitar las múltiples formas de movilidad (desde migración permanente o temporal, a desplazamientos diarios), a diferentes escalas (de la internacional a la intraurbana) y generalizó el mantenimiento de la distancia física (que no social) como principal medida de protección. Puso así en valor las áreas de baja densidad y limitados contactos exteriores, con menor riesgo de contagio, frente a la congestión y la mayor interacción características de las áreas urbanas y, en particular, de determinados barrios.

Además, el impacto económico, la destrucción de empleos o el consiguiente aumento de la pobreza derivados de esa paralización de la actividad también resulta muy desigual en función de la vulnerabilidad de cada territorio, que no sólo depende de la intensidad mostrada por la crisis sanitaria, sino también de su trayectoria previa y su estructura económica, social e institucional. Por último, la referencia a un *desescalamiento* espacialmente selectivo, que planteó el debate sobre las unidades territoriales más adecuadas para llevar a cabo el desconfinamiento de la población, situó en primera línea la importancia de dónde residimos y/o queremos desplazarnos.

Hace ya más de dos décadas, Cairncross (1997) anunció la *muerte de la distancia* y, años después, Friedmann (2006) afirmó el *aplanamiento de la Tierra*, queriendo con ello señalar la eliminación de las barreras geográficas y del valor de la proximidad, como resultado de la revolución tecnológica informacional y de las redes digitales, sumada a la progresiva desregulación y liberalización de los flujos de capital, mercancías,

información o conocimiento (bastante menos de los flujos de personas). Pero la pandemia confirma, una vez más, que el lugar que ocupamos, la movilidad de que disfrutamos, las relaciones personales, laborales o de cualquier otro tipo con nuestro entorno próximo y la mayor o menor calidad del mismo -en cuanto a condiciones de la vivienda, comercios y servicios de proximidad, dotaciones sanitarias y asistenciales, espacios verdes y públicos, etc.- siguen siendo esenciales y no sustituibles para nuestro bienestar -o malestar- personal y colectivo.

Deducir, como hace Wolman (2020) parafraseando al ya citado Kaplan, que esta situación supone una *venganza de la geografía* parece exagerado, pero ayuda al menos a recordar que, como este último escribió, “en épocas de agitación, aumenta la importancia de los mapas” (Kaplan, 2013: 21). Sin reducir lo geográfico a lo cartográfico, este tipo de mirada sobre la realidad actual puede ser útil para identificar preguntas y posibles respuestas que aportar a ese necesario debate colectivo que, de nuevo, los defensores del *statu quo* intentarán hurtarnos. Seamos o no conscientes de ello, son muchas las cuestiones de índole geográfica que se abren paso en este tiempo confuso, necesitado de certezas, y entre ellas aquí se identifican cinco conjuntos que han servido como hilo conductor para orientar los sucesivos capítulos del libro:

1. ¿Cuál ha sido la evolución reciente de las enfermedades infecciosas en el mundo y por qué la gran mayoría de instituciones internacionales, gobiernos y actores sociales no consideraron el riesgo de una pandemia hasta que se produjo? Una vez surgido el primer brote, ¿cómo tuvo lugar la difusión internacional del virus y, dentro de cada país, entre sus regiones, ciudades o barrios y cuáles pueden ser las principales claves explicativas de sus notorias diferencias espaciales y temporales?
2. ¿Por qué la crisis sanitaria ha tenido un impacto tan desigual en forma de crisis económica, social o laboral según territorios? ¿Qué factores explican su mayor o menor vulnerabilidad y hasta qué punto los costes de esta nueva crisis se reparten de forma justa o injusta? ¿Puede calcularse un índice relativo de vulnerabilidad territorial?
3. ¿Qué consecuencias ha tenido la detención temporal de la actividad y la limitación de todo tipo de desplazamientos en sociedades globalizadas e hipermóviles como muchas de las actuales? ¿Cuáles

eran los riesgos de esa hipermovilidad y de la creciente especialización funcional de los diferentes territorios en un sistema mundial interdependiente y profundamente desequilibrado y cómo esto se refleja ahora en la distinta gravedad de los problemas a enfrentar?

4. ¿De qué modo se ven alteradas las relaciones de poder entre el país origen del contagio -China- y el más afectado por el volumen de contagiados y fallecidos -Estados Unidos- transformando con ello algunos rasgos centrales del mapa geopolítico del mundo? ¿En qué medida la pandemia refuerza la cohesión en el seno de la Unión Europea, o asesta un golpe de gracia al proyecto común y acelera su declive?
5. Si se busca una verdadera reconstrucción, ¿basta con recuperar los niveles de producción, inversión, empleo y consumo, así como los niveles de movilidad anteriores, o es necesaria una renovación que incluya también transformaciones estructurales en nuestros modos de vida para conseguir economías, sociedades y territorios más resilientes? ¿Es el Estado social la respuesta necesaria para una recuperación justa y cuáles son las amenazas que pueden frenar el reforzamiento de las políticas de desarrollo, bienestar u ordenación territorial?

Son, sin duda, demasiadas cuestiones y, en bastantes casos, demasiado complejas como para encontrar respuesta en un libro, más aún en uno que no pretende ser una investigación científica sistematizada, consciente de que aún faltan perspectiva temporal e información para alcanzar un buen diagnóstico. Esta obra se diferencia, pues, con nitidez de otra anterior como el *Atlas de la crisis*, que intentó realizar un análisis pormenorizado sobre las consecuencias negativas de la *Gran Recesión* en España durante el sexenio en que estas se hicieron más patentes (2007-2013) a partir de un abundante material estadístico, centrando la atención en la desigual vulnerabilidad mostrada por provincias y ciudades (Méndez, Abad y Echaves, 2015).

Pero tampoco se trata de un ensayo crítico o argumentativo en sentido estricto, destinado a recoger las reflexiones y opiniones más o menos fundamentadas de su autor, que encuentran en la pandemia un punto de partida. Desde las fases tempranas de difusión de la

enfermedad, este tipo de obras ha proliferado, en algunos casos como trabajos colectivos que recopilan textos breves de diferentes autores, aparecidos en diarios, revistas o webs, con la *Sopa de Wuban* (Agamben *et al.*, 2020), o *Coronavirus e a luta de classes* (Davis *et al.*, 2020) entre ellos. En otros casos, en cambio, se trata de obras más personales, con *Pandemia* (Zizek, 2020), *El virus como filosofía. La filosofía como virus* (Matos y García Collado, 2020) y *La bolsa o la vida. Crónica de un mundo con coronavirus* (Artal, 2020) como ejemplos. Desde una óptica más especializada, pueden destacarse otros libros de similares características como *Coronavirus y economía* (Torres, 2020), o *COVID-19 e a crise urbana* (Carlos *et al.*, 2020), en el ámbito de los estudios urbanos críticos.

En una arriesgada posición intermedia entre esos dos tipos de textos, aquí se plantean opiniones y valoraciones personales sobre diferentes características asociadas a la pandemia o consecuencias derivadas de ella, con un sesgo geográfico explícito en bastantes casos. Pero, siempre que ha sido posible, se han querido apoyar en evidencias empíricas que doten de mayor fundamento a los argumentos defendidos, en un contexto de provisionalidad que no puede ser ignorado. Para dotar de cierta coherencia a los datos estadísticos, gráficos y mapas que complementan un texto de estilo esencialmente narrativo, se tomó como fecha común de referencia la situación al finalizar el mes de junio, que permite hacer un balance de lo ocurrido en el primer semestre del año, aunque la rápida evolución de la enfermedad aconsejó actualizar los datos sanitarios hasta finalizar el mes de agosto.

Recuerda José Luis Pardo que Gilles Deleuze afirmaba que, como los pintores figurativos, hay dos tipos de filósofos, los retratistas y los paisajistas, considerando que los primeros “necesitan más arte que los paisajistas, pues la impericia que puede disimularse gracias a la lejanía con la que se contempla un objeto en un paisaje, no pasaría desapercibida cuando lo que se trata es de captar el gesto singular que distingue a un autor de cualquier otro” (Pardo, 2016: 9-10). Este libro resulta paisajista en ese sentido y su posible utilidad dependerá del acierto en la visión panorámica que se propone, sin ignorar las limitaciones que eso conlleva en el tratamiento de las numerosas cuestiones abordadas.

En resumen, se trata de una obra de carácter exploratorio, que prioriza la identificación de temáticas relevantes desde una mirada geográfica, pero con una relación directa con problemas económicos,

sociales y políticos hoy urgentes. Ese carácter de aproximación inicial justifica que no se utilice una sola escala de análisis, abordada de forma exhaustiva, sino que se opta por una perspectiva multiescalar en la selección de ejemplos o el análisis de datos, sin negar cierto sesgo eurocéntrico vinculado al entorno desde el que se trabaja. En cualquier caso, se apuntan impactos de la pandemia que afectan al sistema mundial en su conjunto, a la situación de España, o a lo ocurrido en el área urbana de Madrid, con el deseo de que puedan animar investigaciones de carácter monográfico más sistemáticas y profundas en un futuro próximo, así como posibles debates más allá de las estrechas fronteras académicas.

Este libro comenzó a gestarse a partir de una iniciativa de la Asociación Española de Geografía (AGE), que ya en el mes de marzo, nada más declararse el estado de alarma en España, abrió un foro de debate en su web relacionado con la pandemia. Entre las numerosas aportaciones al mismo, se redactó un primer texto, de carácter puramente orientativo, sobre las implicaciones geográficas de lo que comenzábamos a vivir (*Sitiados por la pandemia. Consideraciones de un geógrafo*), que sirvió como detonante inicial. Vaya aquí, pues, un reconocimiento a esa labor realizada por la Junta Directiva de la AGE de estimular una mayor convergencia entre el trabajo científico y las demandas de nuestra sociedad.

Finalmente, este libro pretende ser un modesto homenaje a quienes perdimos en esta dura experiencia colectiva y el texto inicial de John Donne se incluyó pensando en ellos.

CAPÍTULO 1

LA DIFUSIÓN DE UNA PANDEMIA

“No en nuestra época. Esta frase ha constituido la obsesión de nuestras vidas. Ha sido el grito de la gente y de sus políticos y de los científicos que calcularon la inminencia del desastre y a continuación buscaron las razones por las cuales no iba a ocurrir enseguida. En la negativa a creer está nuestra seguridad de que el desastre no puede ocurrir; en cualquier caso, no hoy. Y en cualquier caso ocurre”

George Turner: *The Sea and the Summer*, 1987.
(Traducción: *Las torres del olvido*, 2018)

El siglo XXI está resultando hasta el momento devastador. En sus primeras dos décadas hemos padecido dos profundas crisis, que han afectado de forma muy negativa al funcionamiento de las sociedades, las economías, o las condiciones de vida y trabajo de buena parte de la población mundial y han puesto a prueba la capacidad de sus instituciones públicas para dar respuesta a los graves impactos derivados. También acentuaron las desigualdades sociales y entre territorios previas a esas crisis, en función de la resistencia o vulnerabilidad mostrada en cada caso.

Si la crisis que estalló en 2008 fue calificada como la *Gran Recesión*, para diferenciarla de la *Gran Depresión* de 1929, que era su antecedente más inmediato, cabe denominar a la actual como el *Gran Colapso* por la brusquedad con que se desencadenó, la paralización de todo tipo de movilidad, junto con una capacidad destructora reflejada en su elevada letalidad y la ruina de numerosas empresas, destrucción de empleos, o consiguiente estado de postración social.

Resulta evidente que el origen de esas dos crisis ha sido muy diferente, pero en ambas ocasiones el desastre pareció llegar de modo imprevisto y encontró desprevenida a buena parte de la población, que se consideraba protegida y ajena a calamidades propias de otros lugares y otras gentes. Puede hablarse, pues, de una especie de inconsciencia colectiva, pues no hubo gobierno ni organización política, económica o social que viera venir el problema e, incluso en sus inicios, no escasearon las opiniones que cuestionaban su importancia real, hablando de la “invención de una epidemia” como una “estrategia para restringir libertades”, ante la “tendencia creciente a utilizar el estado de excepción como paradigma normal de gobierno” (Agamben, 2020: 17 y 19).

Eso permitió a bastantes analistas considerar que esta crisis, al igual que la anterior, correspondía a ese tipo de acontecimientos altamente improbables e imprevisibles que Nassim Taleb (2011) denominó *cisnes negros*. Se trata de sucesos que aparecen por sorpresa, tienen gran impacto y solo permiten su racionalización o explicación *a posteriori*, de forma retrospectiva, lo que para su autor evidencia las limitaciones de las inferencias basadas en tendencias del pasado y utilizadas para prever el futuro.

Pero una observación más atenta permite comprobar que en ambas ocasiones existieron estudios e informes previos que alertaban sobre los riesgos existentes, pero que tuvieron escaso eco entre el *mainstream* del pensamiento económico, los medios de comunicación, o la acción de los gobiernos. Eso justifica, por ejemplo, que el propio Taleb rechazase considerar como cisne negro a la actual pandemia en una entrevista realizada en Bloomberg el 31 de marzo (<https://www.bloomberg.com/news/videos/2020-03-31/nassim-taleb-says-white-swan-coronavirus-pandemic-was-preventable-video>). Parece conveniente, por tanto, que antes de analizar la difusión espacial del contagio y el mapa resultante, echemos una rápida mirada al pasado reciente para -al margen de cualquier maniqueísmo simplista en busca de culpables- identificar razones más sólidas para esa imprevisión tan repetida como dañina. Como afirmó Jared Diamond en su estudio sobre el colapso de algunas sociedades a lo largo de la Historia, “quizá todavía podamos aprender del pasado, pero sólo si reflexionamos con detenimiento sobre las lecciones que nos brinda” (Diamond, 2015: 30).

1.1. La amenaza de riesgos sanitarios globales: algunas evidencias.

Como sabemos, hace algo más de una década nuestra sociedad se vio inmersa en una profunda crisis de dimensión global, que tuvo su origen en el ámbito de las finanzas -en estrecha relación con la actividad inmobiliaria- y desde ese foco se difundió hasta hacerse sistémica. Esta mostró especial gravedad en aquellos territorios más expuestos al riesgo financiero e inmobiliario, junto a aquellos otros con mayor presencia de grupos sociolaborales con escasa capacidad de respuesta frente a los masivos procesos de desposesión (pérdida de empleos, devaluación salarial, precarización laboral, pobreza, desahucios de viviendas...) generados por la crisis y las políticas de austeridad fiscal que le siguieron, con la Eurozona como exponente destacado (Méndez, 2018 y 2019).

La amenaza de una crisis financiera global fue señalada durante años por numerosos investigadores, críticos con los excesos que suponían la desregulación creciente de los mercados de capital, la multiplicación del dinero ficticio, las burbujas de crédito, deuda y precios asociadas a un crecimiento inmobiliario y una urbanización acelerados, o el auge de la *banca en la sombra* y los derivados financieros, sin apenas control por parte de los reguladores (Palazuelos, 1998; Arrighi, 2001; Stiglitz, 2002; Chesnais, 2003 y 2004; Harvey, 2004; Epstein, 2005; Fernández Durán, 2006, etc.).

Esa acumulación de riesgos también tuvo su reflejo en una proliferación de crisis financieras regionales desde la última década del siglo pasado, con una frecuencia antes desconocida, que deberían haber alertado a los responsables internacionales y nacionales, pero no lo hicieron. Así, en las dos décadas previas al crac de 2008, estas afectaron a Japón (1991), México (1994), Tailandia (1996), Indonesia, Malasia y Corea del Sur (1997), Rusia y Brasil (1998) y Argentina (2001), sin olvidar la vinculada a las empresas tecnológicas (2000), sentida principalmente en Estados Unidos y Europa.

No obstante, cuando la quiebra de *Lehman Brothers*, en septiembre de 2008, se convirtió en la espoleta que hizo explotar la burbuja hipotecaria e inmobiliaria alimentada en años anteriores en diferentes países, el hecho pareció sorprender a la mayoría de operadores financieros, presidentes de bancos centrales, agencias de calificación de riesgos, prestigiosos economistas ortodoxos, responsables políticos y una

ciudadanía que se enfrentó, de forma abrupta, a unos años oscuros que dejaron en el camino numerosas víctimas colaterales (Bauman, 2011). La crisis llegó por sorpresa para muchos, pues el pensamiento dominante y los medios de comunicación habían difundido lo que Joaquín Estefanía (2000) identificó de modo acertado con la idea de que *aquí no puede ocurrir*, o Reinhardt y Rogoff (2011) con el mantra de que *esta vez es diferente*, repetido hasta la saciedad en los *ocho siglos de necesidad financiera* que analizaron.

Esa misma reiteración en la incapacidad para prevenir no parece ajena a lo ocurrido ahora, algo que conviene precisar antes de proponer una hipótesis sobre la (i)rracionalidad subyacente a tal situación. De este modo, si se vuelve la mirada al pasado reciente, se comprueba que desde los inicios de este siglo se han sucedido un elevado número de crisis sanitarias de ámbito regional y provocadas por enfermedades infecciosas (Tabla 1.1).

Tabla 1.1. Principales epidemias en el mundo, 2001-2020.

Enfermedad	Periodo	Áreas más afectadas
SARS	2002-2003	Hong Kong/China/Canadá
Gripe H5N1 (aviar)	2003-2005	China/Resto del mundo
Gripe H1N1 (porcina)	2009-2010	México/Resto del mundo
MERS	2012-2015	Península Arábiga/Corea Sur
Ébola	2014-2016	África Occidental
Zika	2015-2016	Islas Pacífico/Latinoamérica
COVID-19	2019-2020	China/Resto del mundo

Fuente: Elaboración propia, con datos de la OMS.

La serie se inició con una epidemia asociada a un síndrome respiratorio agudo severo (SARS) provocado por un coronavirus (SARS-CoV-1), que tuvo su origen en China, al igual que la conocida como gripe aviar (H5N1), a la que siguió otra cepa identificada como gripe porcina (H1N1), en relación con los vectores de transmisión en cada caso, esta con origen en México. En la segunda década del siglo, el foco se trasladó a Oriente Medio con otro brote de neumonía vírica (MERS), junto con África Occidental (ébola) o América Latina (zika). Todo ello sin olvidar la persistencia de otras enfermedades de origen vírico o bacteriano como malaria, tuberculosis, fiebre amarilla, chikunguña, dengue, o SIDA-VIH, de la que Gould (1993) publicó un destacado estudio sobre su difusión

espacial en Estados Unidos que suele considerarse una referencia en geografía médica.

La alerta provocada por la frecuencia y capacidad de difusión mostrada por algunos de estos virus hizo surgir numerosos informes realizados por la OMS y otras organizaciones privadas vinculadas, como la Coalition for Epidemics Preparedness Innovations (CEPI), el Harvard Global Health Institute, o la London School of Hygiene and Tropical Medicine, junto a investigaciones publicadas en revistas científicas, así como obras de carácter más divulgativo, destinadas a concienciar a un público más amplio. Entre estas cabe mencionar el libro escrito por Osterholm y Olshaker, cuya edición original es de 2017 y ha sido traducido al castellano en 2020, al calor de la demanda provocada por la actual pandemia, o los de Guilbaud y Sansonetti (2015) y Snowden (2019), entre otros.

De forma general, estos trabajos analizaron la situación planteada por esas enfermedades, alertaron del riesgo sanitario y propusieron establecer protocolos internacionales para responder a futuras amenazas de pandemias y asegurar reservas estratégicas de suministros médicos necesarios. La idea central, compartida por todos ellos, era que “las enfermedades infecciosas son la amenaza más letal para la humanidad”, pues ninguna otra tiene “el potencial de alterar el funcionamiento diario de la sociedad, ni de detener el movimiento de personas, el comercio y la industria” (Osterholm y Olshaker, 2020: 20), lo que debiera exigir una combinación de inversión y voluntad política “para que lo impensable no se convierta en inevitable” (*Ibidem*: 22).

Esta línea de investigación y de propuestas fue ganando importancia en los últimos años, aunque sin apenas desbordar el ámbito de la epidemiología y las entidades responsables de la salud pública y, en ese sentido, pueden destacarse dos importantes informes publicados en el último cuatrimestre de 2019, cuando la amenaza del coronavirus SARS-CoV-2 estaba a punto de hacerse presente. A la luz de los acontecimientos posteriores, cobran ahora todo su significado.

El primero fue el informe *A World at Risk*, publicado en septiembre de 2019 por el Global Preparedness Monitoring Board (GPMB), un panel de 15 expertos en salud procedentes de instituciones académicas, organismos internacionales, ONGs y gobiernos, que nació en mayo de

2018 a iniciativa de la OMS y el Banco Mundial tras la epidemia de ébola en 2014-2016. En él se analizaron las principales necesidades sanitarias de alcance global, con especial atención al riesgo de epidemias y pandemias, pues “los brotes han ido en aumento en las últimas décadas y el espectro de una emergencia sanitaria mundial se vislumbra peligrosamente en el horizonte” (GPMB, 2019: 6), reiterándose más adelante que “el mundo no está preparado para una pandemia causada por un patógeno respiratorio virulento y que se propague con rapidez” (*Ibidem*: 15). Se situaba así esta amenaza al mismo nivel que el cambio climático o los desastres naturales, exigiendo acciones continuadas para evitar que nuevos brotes se convirtieran en una emergencia global.

Pero el aspecto más interesante desde nuestra perspectiva es que este tipo de informes insistió en la existencia de factores que propician hoy la intensificación y aceleración en la propagación de las epidemias, pues eso se relaciona con las condiciones del entorno, algunas de ellas muy geográficas. En una interpretación personal de las ideas expuestas en algunos de esos documentos, pueden destacarse las siguientes claves:

- La creciente irrupción humana en hábitats naturales, donde puede entrarse en contacto con reservorios animales de diversos tipos de patógenos, junto a la cría en cautividad, con hacinamiento y condiciones sanitarias no siempre adecuadas, de aves de corral o cerdos, aumentan la capacidad de contagio de enfermedades zoonóticas, procedentes de animales.
- La densidad del tráfico aéreo, con millones de pasajeros que se desplazan a diario por diferentes motivos, facilita mucho más que en cualquier otro momento del pasado la posible transmisión rápida y a grandes distancias. Las cadenas de suministro de ámbito global pueden convertir ese tráfico de mercancías en vector complementario de difusión.
- Las grandes metrópolis, con millones de personas que residen, trabajan y se desplazan a diario, suponen espacios particularmente favorables al contagio por la densidad de población y de interacción, que se agrava en determinados barrios de megalópolis del Sur, donde las condiciones de hacinamiento e insalubridad se acentúan.
- La hegemonía neoliberal y sus políticas austericidas, aplicadas en numerosos países, han agravado las insuficiencias en los sistemas

sanitarios públicos, en competencia con una sanidad privada cada vez más controlada por grandes fondos de inversión que convierte en negocio el acceso a la salud. Eso debilita su capacidad para enfrentar una emergencia sanitaria, por la escasez de recursos materiales y humanos que padece.

- La industria farmacéutica orienta lo esencial de su producción al tratamiento de enfermedades crónicas, destinadas sobre todo a la envejecida población del mundo desarrollado, mientras invierte poco en la investigación y fabricación de vacunas, que sólo representan hoy el 3% del negocio mundial de los medicamentos, por lo que tan sólo cuatro empresas entre las llamadas *bigpharma* mantenían antes de 2020 este tipo de actividad (Glaxo Smith Kline, Merck, Pfizer y Sanofi Pasteur). Puede afirmarse que “la prevención no contribuye a generar valor para los accionistas” (Harvey, 2020: 87).

Casi en paralelo, en octubre de 2019 se publicó el *Global Health Security Index*, elaborado por investigadores de la Johns Hopkins Bloomberg School of Public Health, la Nuclear Threat Initiative y The Economist Intelligence Unit, junto a un panel de 21 expertos internacionales. Al igual que el anterior, este informe contó con el apoyo financiero de organizaciones privadas como el Open Philanthropy Project, la Bill & Melinda Gates Foundation y la Robertson Foundation (Cameron, Nuzzo y Bell dirs., 2019).

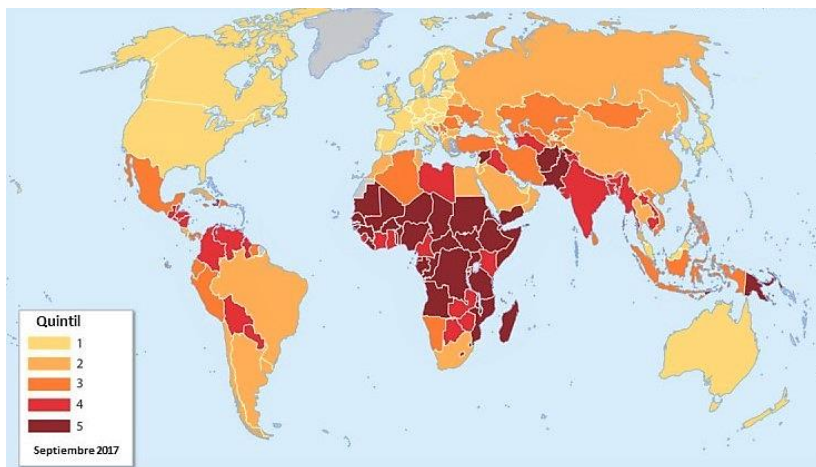
También en este caso, la elaboración del *GHS Index* se justificó por el creciente riesgo de eventos catastróficos de origen biológico y consecuencias globales, identificando de nuevo la amenaza de pandemia “causada por un agente capaz de provocar una enfermedad respiratoria de rápida propagación, que podría tener un elevado alcance geográfico, severidad e impacto social y podría sobrepasar la capacidad nacional o internacional para controlarlo (*Ibidem*: 7). A partir de esa premisa, se comparó la situación sanitaria en 195 países y su capacidad para enfrentar la aparición de enfermedades infecciosas, considerando un total de 140 variables, agrupadas en 6 categorías que valoran la:

- capacidad de prevención
- capacidad de detección y recogida de información
- capacidad de respuesta rápida

- calidad del sistema sanitario
- cumplimiento de normas internacionales
- exposición a riesgos ambientales y biológicos

De los índices calculados para cada país en esas categorías y del índice de amenazas sanitarias globales sólo se comentarán dos aspectos de especial relevancia con la perspectiva actual. Por un lado, el diagnóstico estableció la permanencia de importantes deficiencias y, respecto a un índice máximo de 100 puntos, el promedio de los 195 países analizados fue tan sólo de 40,9 e, incluso, los 60 países calificados como de alta renta sólo alcanzaron un índice medio de 51,9. Por otro lado, el mapa que reflejaba los niveles de seguridad sanitaria, muy similar en sus resultados al publicado el año anterior por el Banco Mundial (Figura 1.1) a partir de criterios próximos (Jamison *et al.*, 2018) identificó unos niveles de seguridad bastante relacionados con los ingresos por habitante, lo que situaba en las primeras posiciones a Estados Unidos, Reino Unido, Países Bajos, Australia y Canadá, mientras España ocupaba el 15º lugar en ese ranking (Tabla 1.2).

Figura 1.1. Preparación de los países frente a epidemias.



Fuente: Banco Mundial. *Disease Control Priorities*, 2018.

La difusión de la actual pandemia, sobre todo en sus primeras fases, se encargó de demostrar el escaso valor predictivo de este tipo de análisis,

superados por la capacidad difusora del nuevo coronavirus. Eso provocó que Estados Unidos se situase a la cabeza en el número de contagios y fallecidos pese a su supuesta mejor preparación, mientras el Reino Unido ocupaba el octavo lugar a mediados de año. Además, entre los 30 países con mayor seguridad sanitaria según el *GHS Index*, además de estos dos hay otros como Canadá, Francia, Alemania, España, Suecia, Bélgica, Brasil, Argentina, Chile o México que, a 30 de junio, estaban también entre los 30 países con mayor número de afectados por una enfermedad que desbordó las aparentes seguridades previas. Sólo más tarde, la irrupción de países del Sur entre los de mayores contagios atenuó esa paradoja inicial

Tabla 1.2. Posición de los países con mejor GHS Index y mayor número de contagios en COVID-19 (30/06/2010).

País	GHS Index	Contagios	País	GHS Index	Contagios
Estados Unidos	1	1	Francia	11	17
Reino Unido	2	8	Eslovenia	12	117
Países Bajos	3	32	Suiza	13	45
Australia	4	72	Alemania	14	15
Canadá	5	20	España	15	6
Tailandia	6	97	Noruega	16	70
Suecia	7	25	Letonia	17	129
Dinamarca	8	64	Malasia	18	71
Corea del Sur	9	63	Bélgica	19	28
Finlandia	10	78	Portugal	20	38
Brasil	22	2	México	28	9
Argentina	25	23	Ecuador	45	29
Chile	27	7	Perú	49	5

Fuente: Johns Hopkins University, Worldometer y elaboración propia.

1.2. Del saber experto a la conciencia colectiva y la acción política: sobre ciencia, comunicación y poder.

Quienes son especialistas en profetizar el pasado para acusar a otros de imprevisión, harían bien en revisar el tiempo inmediatamente anterior a que se difundiera la alerta ante la enfermedad COVID-19 para constatar la escasa conciencia internacional respecto a este tipo de amenaza. Pero las páginas anteriores muestran también la existencia de una brecha

evidente entre ciertas formas del denominado saber experto, la opinión pública y la acción política. La escasa influencia práctica de informes como los comentados contrasta con la mayor repercusión que sí tienen otros, elaborados por *think tanks* o centros de estudios más próximos a los ámbitos del poder en nuestras sociedades y la actual pandemia ofrece un buen ejemplo sobre el que sustentar una breve reflexión.

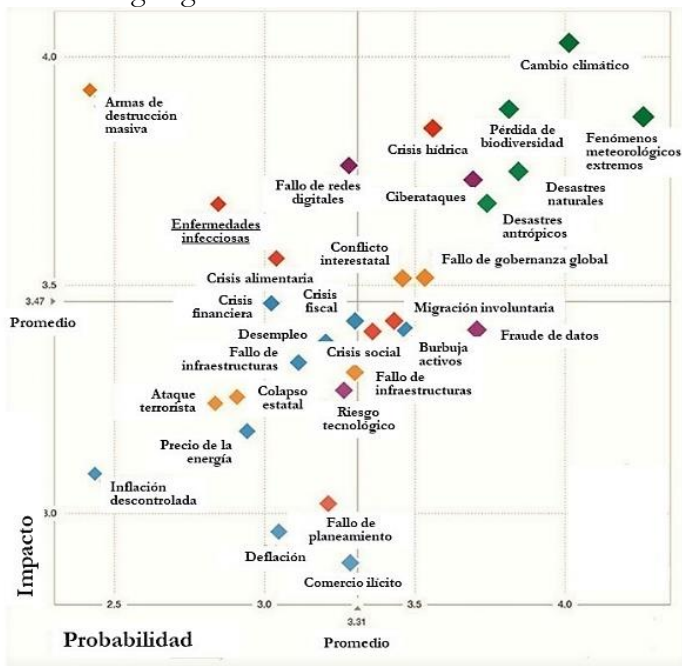
En efecto, pocas semanas después de publicados informes como los anteriores, cuando el nuevo brote infeccioso ya había provocado que se decretase la cuarentena en la ciudad de Wuhan y la provincia de Hubei desde el 23 de enero, entre los días 21 y 24 de ese mismo mes se celebraba el Foro Económico Mundial (WFE) o *Cumbre de Davos*, por el nombre de la pequeña localidad suiza donde todos los inviernos, desde 1971, se reúne buena parte de la élite empresarial, financiera, política, mediática y académica para discutir una amplia agenda de temas de actualidad.

En su 50ª edición, allí se presentó el informe anual sobre riesgos globales (*The Global Risk Report 2020*), elaborado por investigadores de la World Economic Network, junto con la consultora internacional Marsh & McLennan y la aseguradora Zurich Insurance (WEF, 2020). Este documento, que siempre goza de amplia cobertura en los medios de comunicación y, avalado por las personalidades invitadas al Foro, ejerce una significativa influencia sobre quienes toman decisiones, identificó las principales amenazas a la prosperidad mundial en 2020 y durante la próxima década a partir de entrevistas y encuestas realizadas a más de 800 expertos internacionales, responsables de grandes empresas o instituciones públicas.

En el caso de los riesgos a corto plazo, los más repetidos fueron la guerra comercial entre grandes potencias (78,5% de los encuestados), la polarización de la política interior en muchos países (78,4%), o las olas de calor extremas (77,1%) y la destrucción de ecosistemas naturales (76,2%), sin mencionar ninguna amenaza a la salud entre los diez más importantes. En el caso de los riesgos a medio plazo, sus resultados suelen reflejarse en un diagrama de doble entrada, que en el eje horizontal mide la probabilidad de aparición de un determinado riesgo y en el vertical la previsible gravedad de su impacto a partir de las respuestas recibidas (Figura 1.2), que puntúan de 1 a 5 en función de su experiencia personal, pero también de los intereses de las organizaciones que representan.

En esta ocasión, el informe priorizó los riesgos ambientales asociados al cambio climático, los eventos meteorológicos extremos, la pérdida de biodiversidad o las crisis hídricas, por encima de los económicos, tecnológicos, políticos o sociales. Entre estos últimos, la amenaza de enfermedades epidémicas se consideró de muy escasa probabilidad, aún aceptando que, en caso de producirse, su impacto sería superior al promedio.

Figura 1.2. Riesgos globales en 2020.



Fuente: World Economic Forum. *WEF Global Risk Report, 2020*.

Al representar mediante un grafo las interacciones entre los diferentes riesgos para ver su mayor o menor grado de centralidad, las enfermedades infecciosas ocuparon una posición periférica por su escasa relevancia y conexión, salvo con problemas ambientales. Si bien en el documento se aceptaba que los sistemas de salud están sometidos a una presión creciente, esta se vinculó sobre todo al aumento de enfermedades no transmisibles, resultado de cambios en los modos de vida y del

envejecimiento de la población, considerando que podrían llevar a la bancarrota a los sistemas públicos de salud, una invitación a su progresiva privatización. En cambio, respecto a enfermedades infecciosas como la ya entonces declarada en China, el informe destacaba los progresos realizados desde la epidemia de ébola y aceptaba, de forma genérica y poco comprometida, que “nuestra vulnerabilidad colectiva a los impactos económicos y sociales de una crisis provocada por una enfermedad infecciosa parece estar aumentando” (WEF, 2020: 76).

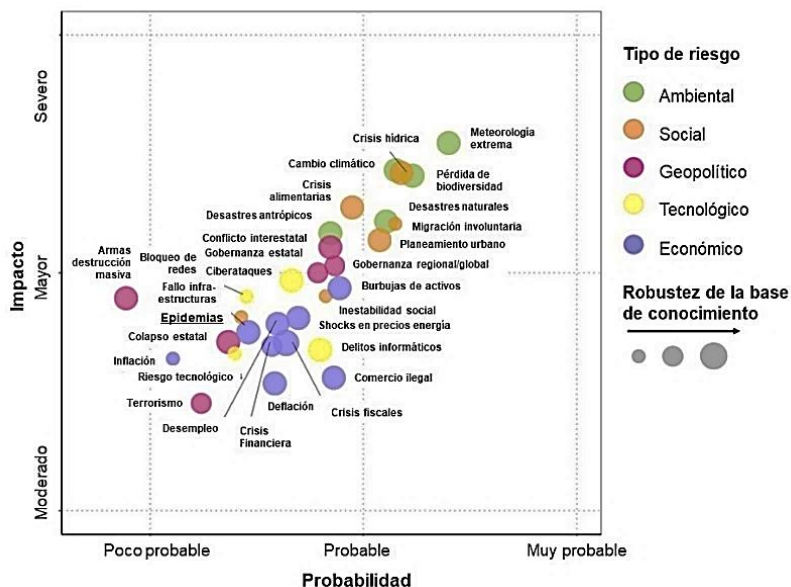
La lectura de un informe tan prestigioso en ciertos ambientes como este apenas unos meses después de su publicación, pone de manifiesto que la capacidad profesional para elaborar diagnósticos más o menos rigurosos sobre el pasado o el presente no asegura ninguna capacidad similar para prever futuros. Pero eso poco tiene que ver con el potencial difusor de unas ideas que, avaladas por lo que Susan George (2010) calificó como la *clase de Davos*, siempre han contado con potentes altavoces mediáticos y académicos para difundirse.

Buena muestra de ello es que pocos días después de finalizar este evento, a comienzos de febrero, la organización *Future Earth*, apoyada por la UNESCO, la Universidad de Naciones Unidas (UNU), el Programa Ambiental de Naciones Unidas (UNEP), el Consejo Científico Internacional (ISC) y la Organización Meteorológica Mundial (WMO), presentó su informe *Our Future on Earth*, con una metodología y unos resultandos bastante similares.

Tras afirmar que la Humanidad se encuentra en una etapa crítica y que “nuestras acciones en la próxima década determinarán nuestro futuro colectivo en la Tierra”, se realizó un diagnóstico de los riesgos capaces de “provocar una crisis sistémica mundial por un efecto en cascada” (Future Earth, 2020: 5). Para ello se realizó una encuesta a 222 científicos de 52 países y sus principales resultados se representaron en un diagrama de dispersión y un grafo casi idénticos a los del informe anterior, reforzando así sus conclusiones. Limitando el comentario a la *matriz de amenazas* (Figura 1.3), tan sólo se vieron reforzados los riesgos de origen ambiental mientras, por el contrario, el riesgo de epidemias se situó claramente por debajo del promedio, tanto en probabilidad como en previsible gravedad del impacto.

No es, pues, de extrañar que en el caso español los pocos informes dedicados a evaluar riesgos fueran también poco permeables a los de carácter sanitario. Así, por ejemplo, la *Estrategia de Seguridad Nacional* aprobada en 2017 no incluyó el riesgo de epidemias y pandemias entre las siete mayores amenazas, aunque sí entre los desafíos de menor entidad, pero capaces de generar situaciones de inestabilidad (Presidencia de Gobierno, 2017). Por su parte, el informe publicado en diciembre de 2019 por el *Centro de Documentación Internacional de Barcelona* sobre los diez temas que deberían marcar la agenda global en 2020, no hizo ninguna mención de riesgos epidémicos (CIDOB, 2019).

Figura 1.3. Percepción de riesgos globales en 2020.



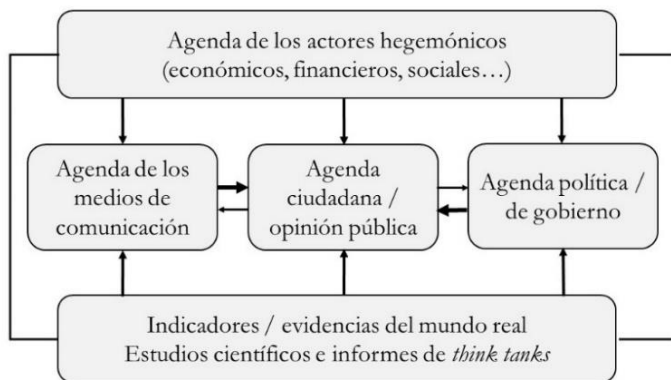
Fuente: Future Earth. *Risk Perceptions Report*, 2020.

En resumen, ya en su día Castells afirmó que “el poder de la comunicación está en el centro de la estructura y la dinámica de la sociedad” (Castells, 2009: 23), lo que permite influir de forma asimétrica sobre las decisiones de otros “mediante la construcción de significado, partiendo de los discursos a través de los cuales los actores sociales guían

sus acciones” (*Ibidem*: 33). Ese poder relacional, que busca modelar las mentes y guiar las acciones de individuos, organizaciones o gobiernos mediante la selección de la información y la creación de relatos e imágenes favorables a sus intereses y valores, está repartido de forma muy desigual. Por tanto, sólo aquellos que consiguen transmitir sus mensajes de forma eficaz y con suficiente grado de difusión, tienen la posibilidad de ejercer esa influencia. En cambio, aquellos otros que no consiguen superar esas barreras ven limitado su impacto a ámbitos especializados, algo bien conocido en la práctica de la comunicación científica.

Eso lleva a considerar los procesos de *formación de agenda*, que seleccionan ciertos aspectos de la realidad mientras ignoran/olvidan otros, lo que condiciona la opinión y la actuación de los diversos actores presentes en la sociedad. Tal como intenta esquematizar la Figura 1.4., en la base de esas agendas están las múltiples evidencias e indicadores que nos ofrece la propia realidad y, hasta cierto punto, aquellos estudios e informes que permiten un mejor conocimiento de la misma.

Figura 1.4. Principales componentes en la definición de agendas.



Fuente: Elaboración propia, adaptado de Rogers y Dearing, 1988.

Todo ello influye sobre la visión y las agendas de los medios de comunicación, las agendas políticas y de los gobiernos, así como en las agendas ciudadanas, tres aspectos que se interrelacionan, aunque de forma asimétrica. Pero aquí se defiende la idea de que los actores hegemónicos en la sociedad, con capacidad de influir sobre los medios

de comunicación, la acción política y la opinión pública favorecerán la difusión de aquellos aspectos de la realidad y estudios sobre la misma que tengan mayor proximidad a su escala de valores, su posición ideológica o sus intereses.

De ahí cabe establecer como hipótesis que los estudios sobre el riesgo de pandemias -como antes sobre el riesgo financiero o inmobiliario-, conocidos en el ámbito epidemiológico pero minusvalorados por las instituciones públicas y los *think tanks* más próximos al poder económico, político o mediático, apenas tuvieron eco en sus respectivas agendas y, por tanto, en sus decisiones. Eso ayuda a comprender la *sorprendente* aparición de la COVID-19 y el inesperado colapso que provocó, desbordando las capacidades sanitarias de numerosos países, incluidos bastantes de los que parecían mejor preparados.

1.3. La difusión espacio - temporal de la COVID-19: tendencias generales.

Aunque a menudo pasa desapercibido y recibe escasa atención de los medios de comunicación y los *formadores de opinión*, el componente espacial de nuestra vida personal y colectiva es importante y tiene múltiples manifestaciones. En momentos de crisis como el actual, cuando la reflexión sobre las causas y efectos de la pandemia, su desigual impacto y la búsqueda de alternativas para la recuperación resultan frecuentes, dirigir una mirada a esos aspectos geográficos puede ofrecer algunas respuestas útiles.

El primer y más conocido reflejo de esta perspectiva espacial lo ofrecen, sin duda, los mapas de contagiados y fallecidos a diferentes escalas -de la mundial a la local- que proliferan en todo tipo de informes y noticias publicadas a diario. Su simple observación pone de manifiesto que la pandemia evoluciona a lo largo del tiempo, pero con intensidades muy distintas según países y, en su interior, entre regiones y provincias, áreas urbanas y rurales o, incluso, entre distritos y barrios de una misma ciudad. Es decir, a partir del brote originado en la ciudad china de Wuhan, probablemente en noviembre de 2019, la difusión del virus mediante *olas u ondas de contagio* ha seguido ciertas pautas, bastante selectivas, concentrando sus efectos en algunos lugares que han ido cambiando con el paso del tiempo, mientras otros quedaban al margen o

poco afectados, por una compleja combinación de factores que son objeto habitual de estudio de la epidemiología y la geografía de la salud desde hace décadas.

Esta mejor comprensión de los procesos de difusión espacial de la enfermedad se ha convertido en un conocimiento estratégico, tanto por razones científicas como de utilidad social, para prevenir contagios y salvar vidas. Para identificar los factores que guían la transmisión, las rutas que sigue, la velocidad de propagación y su distribución en el territorio, es frecuente el recurso a modelos de simulación con una base matemática más o menos compleja, cuyo uso exige disponer de una base de datos con desagregación espacial y temporal suficiente para así poder establecer previsiones informadas.

No obstante, el objetivo de estas páginas se limitará a esbozar primero los rasgos básicos que definen la evolución en el tiempo de la COVID-19 y los cambios producidos en los mapas del contagio. Se abordará luego la lógica espacial que parece guiar la transmisión y se finalizará con un comentario sobre la desigual vulnerabilidad mostrada por los territorios y la identificación de áreas de riesgo. Existen diversas fuentes de información para tener una panorámica mundial, que ofrecen datos no coincidentes por su diversa metodología y momento de recogida, si bien las tendencias que muestran son comunes. Aquí se utilizará, sobre todo, la procedente de los informes diarios publicados por la Organización Mundial de la Salud, que se ha contrastado con la que presentan en sus webs la Johns Hopkins University, Worldometer o Wikipedia.

El primer informe sobre esta nueva enfermedad fue publicado por la OMS el 20 de enero, momento en que se contabilizaban 282 casos registrados de forma oficial, todos ellos en China. El día 31 de ese mes la cifra de contagiados era ya de 9.826, de los que el 98,9% seguía localizado en China, así como los 213 fallecidos, con una concentración en la provincia de Hubei y pequeños focos en Cantón, Shangai o Pekín, aunque una estimación realizada por investigadores de la Universidad de Hong Kong cuadruplicaba esas cifras (Wu *et al.*, 2020). A los 9.720 contagios en China se añadían otros 76 en países de Asia Pacífico por sólo 30 en el resto del mundo, de ellos 14 en Europa y 6 en Estados Unidos. Se trataba, pues, en ese momento de una epidemia de ámbito regional similar a otras anteriores y dimensión aún limitada.

El crecimiento exponencial que tuvo lugar desde ese momento cambió por completo su gravedad y la percepción social sobre el problema a que nos enfrentábamos, lo que quedó certificado por la declaración oficial de pandemia el día 11 de marzo. Las cifras que recoge la Tabla 1.3. no dejan lugar a dudas sobre la rapidez de su evolución y evitan la necesidad de una descripción excesiva.

Tabla 1.3. Evolución de la COVID-19 en el mundo, enero-agosto 2020.

Fecha	Contagios	Aumento	Tasa (%)	Fallecidos	Aumento	Tasa (%)
31/01	9.826	-	-	213	-	-
15/02	50.580	40.754	414,8	1.526	1.313	616,4
29/02	85.403	34.823	68,8	2.924	1.390	91,6
15/03	153.517	68.114	79,8	5.735	2.811	96,1
31/03	750.890	597.373	389,1	36.405	30.670	534,8
15/04	1.914.916	1.164.026	155,0	123.010	86.605	237,9
30/04	3.090.445	1.175.529	61,4	217.769	94.759	77,0
15/05	4.338.658	1.248.213	40,4	297.119	79.350	36,4
31/05	5.934.936	1.596.278	36,8	367.166	70.047	23,6
15/06	7.823.289	1.888.353	31,9	431.541	64.375	17,5
30/06	10.185.374	2.362.085	30,2	503.862	72.321	16,8
15/07	13.150.645	2.965.271	29,1	574.464	70.602	14,0
31/07	17.106.007	3.955.362	30,1	668.910	94.446	16,4
15/08	21.026.758	3.920.751	22,9	755.786	86.876	13,0
31/08	25.118.689	4.091.931	19,5	844.312	88.526	11,7

Fuente: OMS. *Coronavirus disease (COVID-19). Situation Report*, y elaboración propia.

A lo largo del mes de febrero, la cifra de contagiados se multiplicó 8,7 veces hasta alcanzar los 85.403, mientras la de fallecidos lo hizo por 13,7 hasta los 2.924. Pero la mayor novedad fue que, a partir del día 26, el número de casos declarados por la OMS -con la enfermedad confirmada mediante test- en el resto del mundo superó ya al de casos en China, lo que internacionalizó el problema y puso en evidencia que la transmisión comunitaria se había generalizado en muchos lugares.

A partir de ahí las cifras se dispararon, con un incremento intermensual de contagios cada vez mayor en valores absolutos hasta superar los 10 millones al finalizar el mes de junio mientras, en términos relativos, la mayor tasa de crecimiento se registró en la segunda quincena de marzo. Por su parte, la cifra de fallecidos superó el medio millón al

finalizar el primer semestre del año, con el mayor ritmo de crecimiento absoluto en la segunda quincena de abril y el mayor relativo un mes antes.

Lejos de remitir, el ritmo de contagio se aceleró en las semanas posteriores, con un aumento de casi siete millones en julio y más de ocho en agosto, lo que hizo que se superasen los 25 millones de casos confirmados en el mundo al finalizar ese mes. Los fallecidos siguieron una evolución similar, con un incremento de 165.000 en julio y más de 170.000 en agosto, hasta los 844.312 el día 31 de ese mes.

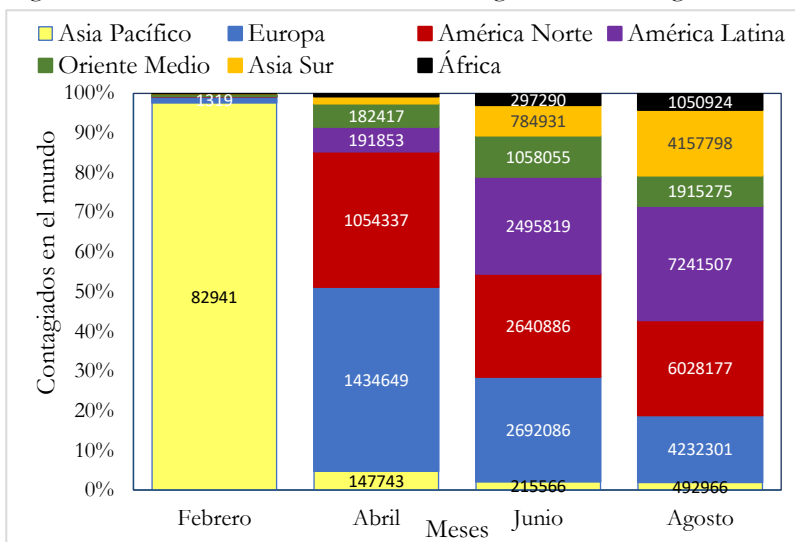
Esa rápida mutación con el paso del tiempo se acompañó de otra similar en el espacio. Si hasta finalizar febrero el coronavirus era un problema casi exclusivo de China y, secundariamente, otros países asiáticos de la margen occidental del Pacífico, desde comienzos de marzo el epicentro de la pandemia se trasladó a Europa, que dos meses después reunía casi la mitad de todos los contagios (46,4%) y dos tercios (62,4%) de los fallecidos por esta causa en el mundo (Tabla 1.4. y Figura 1.5).

Tabla 1.4. Evolución de contagiados y fallecidos por regiones del mundo.

Contagiados	29 febrero	30 abril	30 junio	31 agosto
África	2	24.713	297.290	1.050.924
América Norte	76	1.054.337	2.640.686	6.028.177
América Latina	3	191.853	2.495.819	7.241.507
Oriente Medio	510	182.417	1.058.055	1.915.275
Europa	1.319	1.434.649	2.692.086	4.232.307
Asia Sur	47	54.021	784.931	4.157.798
Asia Pacífico	82.941	147.743	215.566	492.966
Fallecidos	29 febrero	30 abril	30 junio	31 agosto
África	0	938	6.010	21.827
América Norte	0	55.332	134.725	190.802
América Latina	0	9.896	112.404	274.404
Oriente Medio	34	7.447	24.423	50.778
Europa	23	135.961	197.254	219.411
Asia Sur	0	2.088	21.593	76.385
Asia Pacífico	2.861	6.094	7.440	10.692

Fuente: OMS y elaboración propia.

Figura 1.5. Evolución del número de contagios: trasvase regional.



Fuente: OMS y elaboración propia.

En ese contexto, el 8 de marzo el gobierno italiano decretó el confinamiento en varias provincias del norte y el 12 de marzo lo amplió a todo su territorio. Apenas tres días después, el gobierno español hizo lo propio al decretar el estado de alarma y, a lo largo de ese mes, fueron muchos los países europeos y de otros continentes que se sumaron a las restricciones a la movilidad interna y externa, aunque con niveles de limitación variables. No obstante, en un movimiento intercontinental similar al de otras grandes epidemias del pasado, pero a velocidad mucho mayor, desde la segunda mitad del mes de abril el continente americano registró una tasa de contagios mayor, primero en Estados Unidos y, más tarde, en América Latina.

Como resultado de estas ondas de difusión, al finalizar el mes de junio el continente americano concentraba ya la mitad (50,4%) de los contagios, repartidos casi a partes iguales entre Estados Unidos/Canadá (25,9%) y América Latina (24,5%), mientras Europa reunía otra cuarta parte y, en cambio, Asia Pacífico -que fue su foco originario- apenas representaba un 2% del total. Tales proporciones se modificaban en el caso de los fallecidos, pues el mayor envejecimiento de su población y/o

la realización de un mayor número de tests para confirmar la enfermedad justificaban que casi cuatro de cada diez víctimas mortales se localizasen en Europa (39,1%), si bien los residentes en América del Norte (26,7%) y América Latina (22,3%) aumentan ahora con mayor rapidez.

Lo ocurrido en julio y agosto acentúa ese trasvase, sitúa a América Latina (28,8% del total) muy por delante de América del Norte (24,0%) y Europa (16,8%) en el número de casos confirmados, además de aumentar la intensidad del contagio en los países de Asia Meridional (16,6%) e, incluso, algunos de África (4,2%), que hasta mediados de año parecían poco afectados. Eso acentúa la gravedad del impacto social de la pandemia a medida que avanza, al alcanzar de lleno a territorios donde buena parte de la población no tiene acceso a un hábitat y un empleo dignos, que ayuden a frenar la transmisión sin agravar aún más la pobreza severa.

Si este breve repaso descriptivo lo finalizamos tomando como unidad de análisis los dos centenares de Estados en que se fragmenta el mundo, la situación actual muestra una notable complejidad, imposible de abordar con amplitud en este texto. La impresión que de nuevo predomina es la relativa a la elevada capacidad de difusión de un virus que ha contagiado a un número variable de personas en la práctica totalidad de países. Pero, al mismo tiempo, también se aprecia una evidente concentración espacial, que puede concretarse en unas pocas cifras, junto a un cambio total y muy rápido en los países que lideran el contagio, lo que obliga a considerar que estamos observando un proceso que está aún lejos de haberse estabilizado:

- Los diez países con mayor número de contagios al finalizar agosto indicada registran más de diecisiete millones de afectados, lo que equivale a más dos tercios del total mundial (69,5%) y una proporción similar (64,6%) de los fallecidos.
- Sólo Estados Unidos y Brasil, con gobiernos que pretendieron minimizar la importancia real de la pandemia y priorizar el mantenimiento de la actividad económica, suman ya 9,7 millones de contagiados (38,5% del total mundial) y más de 300.000 fallecidos (35,5%), lo que supone multiplicar por 2,3 y 1,4 veces respectivamente las cifras de todo el continente europeo, incluida

Rusia, que ocupa ya una destacada cuarta posición tras los anteriores y la India.

- Si el 30 de abril seis de los diez países con más casos confirmados eran europeos por uno sólo americano, dos meses después esa proporción se equilibraba al incorporarse a esta lista varios países latinoamericanos (Brasil, Perú, Chile); tan sólo han transcurrido otros dos meses más y ahora son seis los países del continente americano situados en ese ranking, junto a dos europeos, uno asiático y otro africano, lo que muestra la plena globalización del contagio.

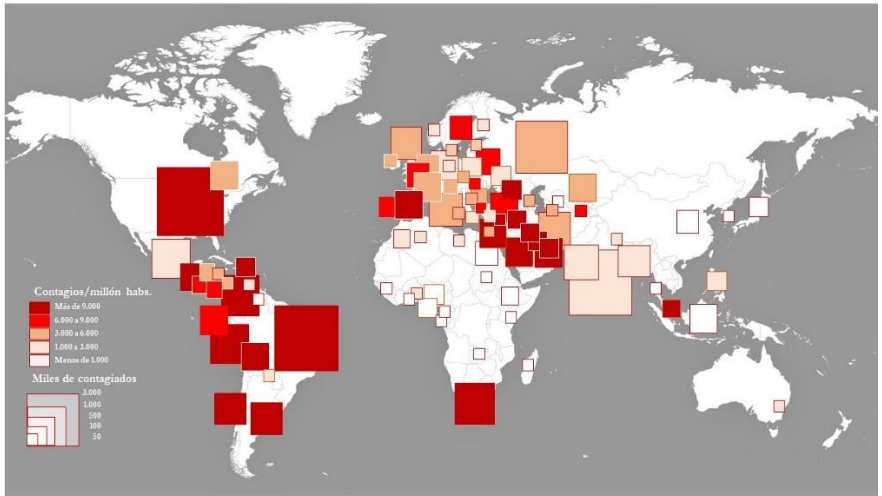
Tabla 1.5. Países con mayor número de contagios entre abril y agosto.

Orden	Situación a 30 abril	Situación a 30 junio	Situación a 31 agosto
1	Estados Unidos	Estados Unidos	Estados Unidos
2	España	Brasil	Brasil
3	Italia	Rusia	India
4	Reino Unido	India	Rusia
5	Alemania	Reino Unido	Perú
6	Francia	Perú	Sudáfrica
7	Turquía	Chile	Colombia
8	Rusia	España	México
9	Irán	Italia	España
10	China	Irán	Chile

Fuente: OMS y elaboración propia.

Por su parte, el mapa de la Figura 1.6., que sólo identifica a los 90 países que al finalizar agosto superaban los diez mil contagios y representan más del 98% del total, permite constatar de forma gráfica el pleno trasvase desde China y Asia Pacífico, siguiendo en cierto modo las rutas utilizadas a lo largo de la Historia por epidemias anteriores, hacia Oriente Medio, Europa y Norteamérica, para trasladarse en fases posteriores hacia América Latina y el resto del mundo, en función de su grado de integración en los circuitos globales. Pero también evidencia que los valores más elevados de contagio por cada millón de habitantes no corresponden siempre a los de mayor volumen absoluto, sino a algunos del golfo Pérsico como Qatar (42.609 contagios por millón), Bahrein (31.606) o Kuwait (20.609), junto a otros latinoamericanos como Panamá (22.094), Chile (21.857), Perú (20.477), por encima incluso de Estados Unidos (19.281 por millón) y Brasil (19.225).

Figura 1.6. Países del mundo con mayor número de contagios y tasas por millón de habitantes, a 31 de agosto de 2020.

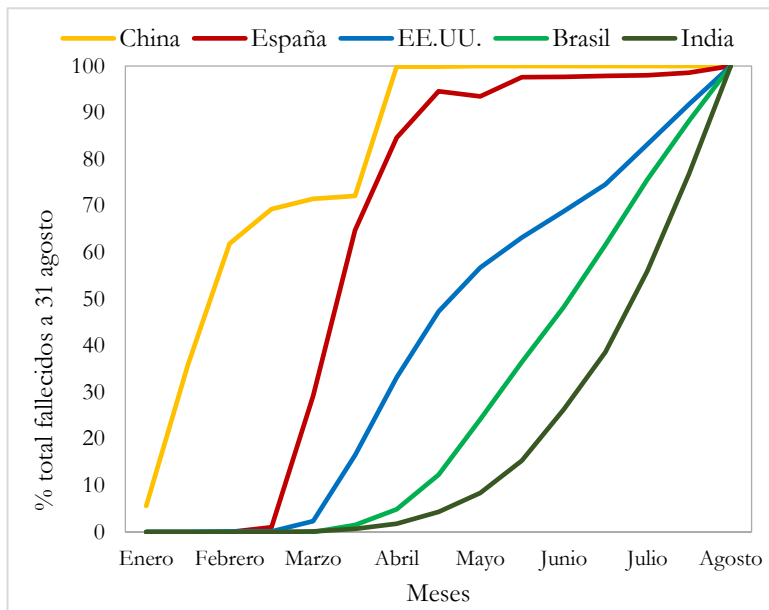


Fuente: OMS y elaboración propia.

Pero se trata tan sólo de una imagen estática, sometida a constantes cambios que la convierten en una instantánea dentro de una secuencia, sin llegar a reflejar con suficiente claridad la dinámica del proceso, lo que aconseja combinar este recurso con otro complementario que dé cuenta del diferente ritmo del contagio según territorios.

Así, al considerar la evolución de los fallecidos respecto a la cifra total alcanzada en cada caso a 30 de junio en cinco países que ejemplifican las sucesivas olas de contagio (Figura 1.7), se observa que China estabilizó su cifra oficial a finales del mes de abril (99,9%), mientras España comenzaba a frenar en esa fecha su curva de contagio (94,6%), Estados Unidos se encontraba aún en las primeras fases de difusión y no registraba ni la mitad de víctimas mortales que dos meses después (47,3%), mientras Brasil (12,3%) y, aún más, la India (4,3%) apenas iniciaban entonces un proceso que se aceleró hasta niveles extremos a partir de esa fecha. Así pues, sólo la combinación de claves espaciales y temporales permite comprender de forma adecuada la lógica que sigue el proceso de difusión.

Figura 1.7. Evolución del número de fallecidos (índice 100=31 agosto).



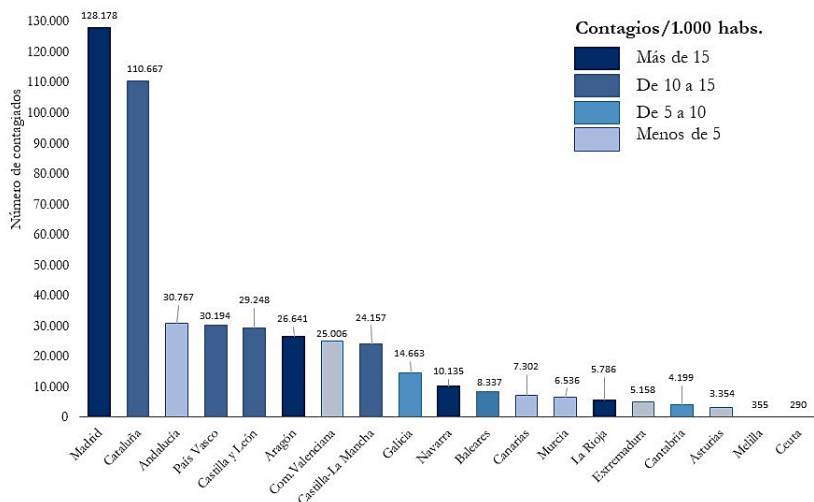
Fuente: OMS y elaboración propia.

Si se finaliza este recorrido descriptivo con el caso de España, según un estudio realizado por investigadores del Hospital Clínic de Barcelona y el Instituto de Salud Carlos III, el virus habría llegado al país hacia mediados de febrero. El genoma del virus permitió identificar distintas procedencias (Shangai, Reino Unido, Países Bajos) y su entrada se habría producido asociada a viajes de negocio o turismo, que fueron el punto de partida para su posterior difusión comunitaria (Díez-Fuertes *et al.*, 2020).

El 8 de marzo apenas se registraban aún por el Ministerio de Sanidad 589 contagiados, con Madrid (202) y el País Vasco (102) a la cabeza, con un total de 17 fallecidos. La *explosión* de las cifras oficiales de contagio tuvo lugar en la segunda mitad de ese mes, alcanzándose los 94.417 contagiados el 31 de marzo, con la consiguiente saturación de los centros hospitalarios, junto con 8.189 fallecidos. Las medidas de confinamiento lograron aplanar la curva de transmisión a partir de mayo, pese a lo cual el 30 de junio se contabilizaban 249.659 contagiados y 28.363 fallecidos,

con diferencias entre territorios muy visibles entre sus 17 Comunidades Autónomas. No obstante, a partir del mes siguiente y de modo especial en agosto, comenzaron a multiplicarse los nuevos brotes, si bien el número de fallecidos progresa por el momento de forma lenta, al producirse los contagios en segmentos de población de menor edad y menos vulnerables (Figura 1.8).

Figura 1.8. Contagiados y tasa de contagio/mil habitantes (30/08/20).



Fuente: Ministerio de Sanidad, INE y elaboración propia.

A esta escala, Madrid y Cataluña -que cuentan con las dos mayores aglomeraciones metropolitanas- se sitúan muy por encima del resto, con 128.178 y 110.667 casos confirmados respectivamente (50,7% del total), con Andalucía y el País Vasco a continuación como corresponde a regiones más pobladas junto con las anteriores (60.961 en conjunto, un 12,9% del total). En cambio, al considerar el número de afectados por cada mil habitantes, la primacía madrileña (19 casos) se ve superada por Aragón (20 casos), con La Rioja (18,3) y Navarra (15,4) superando también a Cataluña (14,5). Pero, más allá de una gran cantidad de cifras que cambian con rapidez, el objetivo de cualquier aproximación geográfica debiera consistir en encontrar las principales claves

explicativas de las diferencias observables, punto de partida necesario para comprender la diferente vulnerabilidad de los territorios frente a la pandemia.

1.4. La selectiva propagación del contagio: algunas claves geográficas.

La transmisión de las epidemias constituye un proceso espacio-temporal complejo, que tiene lugar a diferentes escalas. En tal sentido, “una sinergia de interacciones -de las que algunas se organizan en bucles de retroalimentación- contribuye de forma conjunta a la aparición de la epidemia y al paso de una etapa de concentración a otra de dispersión” (Eliot y Daudé, 2006: 47). Esa complejidad ha aumentado con la globalización, que facilita la propagación de las enfermedades de origen vírico a través de las múltiples redes de comunicación que sirven de vehículo a una movilidad humana creciente y aceleran los procesos, por lo que resulta cada vez más difícil desarrollar estrategias efectivas de contención.

Pero, desde la perspectiva geográfica, el resultado de esos procesos es profundamente desigual, con una incidencia muy acusada en algunos lugares, en tanto otros parecen quedar bastante más protegidos. Más allá de una enumeración de posibles factores, que ofrecen una visión atomizada de las claves del proceso, puede intentarse un enfoque más integrado a partir del concepto de vulnerabilidad territorial, sobre el que se volverá en el tercer capítulo.

Se considera vulnerable a aquel territorio con alta probabilidad de verse afectado negativamente por una determinada amenaza externa, en este caso una enfermedad, por dos tipos de razones que a menudo se complementan. De una parte, una elevada exposición al riesgo de contagio, que va más allá de la capacidad de autoprotección de los sujetos afectados, lo que aumenta la sensación de inseguridad. De otra, una elevada sensibilidad o susceptibilidad, ya sea por sus características demográficas (densidad, envejecimiento...) y sociales (ingresos, empleos...), o por su escasa capacidad de respuesta al no contar con los recursos suficientes ni con apoyos externos acordes con la amenaza (Méndez *et al.*, 2015; Ferrão, 2020).

Por tanto, los territorios más vulnerables a la pandemia serán aquellos que sumen ambos tipos de condicionamientos negativos -cuya importancia puede variar a lo largo del ciclo epidemiológico-, mientras los más resistentes serán aquellos otros menos expuestos y con mayor capacidad para hacer frente a la aparición de brotes de contagio. Esto último dependerá, en buena medida, de decisiones y acciones tomadas antes de la aparición de la epidemia, mediante el reforzamiento de los sistemas sanitarios o los medios asistenciales para la gestión de crisis, lo que permite hablar de una diferente *vulnerabilidad construida*, que en absoluto es fruto del azar. De este modo, aquellos territorios con mayores déficits estructurales en materia sanitaria por su escaso nivel de desarrollo, o bien por la pertinaz aplicación de políticas neoliberales de austeridad fiscal, recorte de servicios sociales y privatización de aquellos segmentos más rentables del sistema de salud, serán más frágiles ante el embate de una pandemia y de ello hay suficientes muestras en el momento presente.

De este modo, se sabe que la letalidad del virus es muy superior en personas de avanzada edad y con patologías previas, pero los intentos de relacionar el número de fallecidos con las tasas de envejecimiento de la población no han obtenido, por lo general, resultados evidentes al ignorar su diferente grado de exposición. Algo similar ocurre si se correlaciona de forma exclusiva con las dotaciones sanitarias, pues países y regiones con graves déficits en ese sentido muestran tasas de contagio y letalidad claramente distintas. En resumen, para una mejor comprensión de los mapas de la pandemia habrá que considerar de forma conjunta el efecto de la exposición y la sensibilidad de cada territorio, lo que justifica que ese sea el orden en que se hará una revisión crítica de los diferentes factores implicados.

Un primer tipo de estudios para identificar la lógica espacial de los contagios desde una perspectiva estática buscó su posible relación con condiciones ambientales como el clima, la meteorología o la contaminación, entendidos como factores de riesgo. Fueron así numerosas las publicaciones que en las fases tempranas de difusión de la epidemia correlacionaron los indicadores sanitarios con los valores de temperatura, humedad, precipitación y otros adicionales en diferentes territorios, revisadas de forma exhaustiva en el artículo de Gutiérrez-Hernández y García (2020). Tal como afirma Olcina (2020), “la

explicación atmosférica y climática en la justificación de la propagación de la pandemia y su intensificación en algunos países y regiones no resulta sencilla ni directa”, por lo que esas investigaciones no pretendieron establecer resultados concluyentes ni aislar este tipo de factores de otros derivados de la acción humana, pero algunas de sus conclusiones tuvieron amplia acogida en plataformas institucionales y medios de comunicación, siendo bastante difundidas en estos meses:

- La difusión del virus desde China hacia Europa y América del Norte en el primer cuatrimestre del año planteó la hipótesis de que las condiciones idóneas para el SARS-CoV-2 corresponden a una temperatura y humedad relativamente bajas, propias del invierno en los climas mesotérmicos de latitudes medias, lo que favorecería el contagio indirecto y su mayor propagación
- La escasa presencia del virus en latitudes tropicales y en las templadas del hemisferio sur, entonces en verano, planteó la posibilidad de que la epidemia remitiese con el ascenso de la temperatura, tal como ocurre en el caso de la gripe estacional
- En España tuvo especial influencia un temprano estudio realizado por investigadores del Hospital Clínic de Barcelona y el Instituto de Salud Carlos III, que correlacionó los contagios por cada 100.000 habitantes en el mes de marzo y primeros días de abril con un valor tan abstracto como la temperatura media de las diferentes Comunidades Autónomas, encontrando una relación negativa bastante significativa desde el punto de vista estadístico, si bien se aceptaba que la evidencia era aún insuficiente (Linares y Díaz, 2020).

Este tipo de resultados fue bastante controvertido por mostrar diversas deficiencias metodológicas. El muy breve periodo de observación considerado, el uso de unidades espaciales de análisis a menudo demasiado amplias y heterogéneas, o la dificultad para aislar el efecto de este tipo de factores respecto a otros de origen humano fueron las principales. Como afirmaban Gutiérrez-Hernández y García (2020: 15), “el SARS-CoV-2 se encuentra en una fase de propagación activa y, por tanto, resulta claramente precipitado, por no decir incorrecto, asumir la hipótesis de que su distribución actual está en pseudoequilibrio con el clima”.

Por otra parte, el paso de los meses no ha apoyado esas interpretaciones prematuras, pues países con la mayor parte de su territorio fuera de latitudes medias como Brasil o India se encuentran ya entre los de mayor número de contagios y, en el caso brasileño, junto a los estados de São Paulo y Rio de Janeiro, con las dos mayores megalópolis del país, los que alcanzan un volumen superior de contagios se localizan en la Amazonía (estados de Amazonas o Pará) y el Nordeste (Ceará, Maranhão, Pernambuco, Bahía...), de clima tropical húmedo y seco respectivamente. Entre otros muchos contraejemplos, en España los datos a 30 de junio ya mostraban que la mayor tasa de contagio por mil habitantes correspondiente a La Rioja (12,90) casi triplicaba la del territorio contiguo de Aragón (4,78), mientras en el litoral cantábrico la del País Vasco (6,30) casi triplicaba la de Asturias (2,39) y en el mediterráneo Cataluña (8,06) casi cuadruplicaba la de la Comunidad Valenciana (2,30) y septuplicaba la de Murcia (1,12), cuestionando de paso la idoneidad de este tipo de unidades espaciales para establecer esa posible influencia.

Algo parecido puede decirse de los estudios sobre los efectos de la contaminación en la incidencia de la COVID-19 pues, si bien parece demostrada la acción de la primera sobre la mayor presencia y gravedad de enfermedades respiratorias y cardiovasculares, no resultan tan evidentes sus vínculos con la segunda. Uno de los primeros trabajos al respecto fue realizado por investigadores de la Harvard T.H. Chan School of Public Health, con datos de tres mil condados de Estados Unidos hasta el mes de abril. Llegó a la conclusión de que existía una asociación positiva entre la presencia en el aire de micropartículas en suspensión de menos de 2,5 micras ($PM_{2.5}$) y una mayor incidencia de la enfermedad: por cada μ/m^3 aumentaría un 15% la tasa de fallecidos por COVID-19 (Wu *et al.*, 2020). El hecho de que los valores máximos en ambos casos correspondieran a las áreas altamente urbanizadas de la Megalópolis del nordeste (Boston-Washington) planteó la posible existencia de un *efecto ciudad* subyacente a esos valores más elevados, pero ese hecho no fue investigado.

Por ello, resulta de mayor interés el informe publicado por tres investigadores de la Universidad de Birmingham con datos que llegan al mes de junio y para 350 municipios de los Países Bajos. De nuevo en este caso se constató una eleva correlación entre la contaminación por

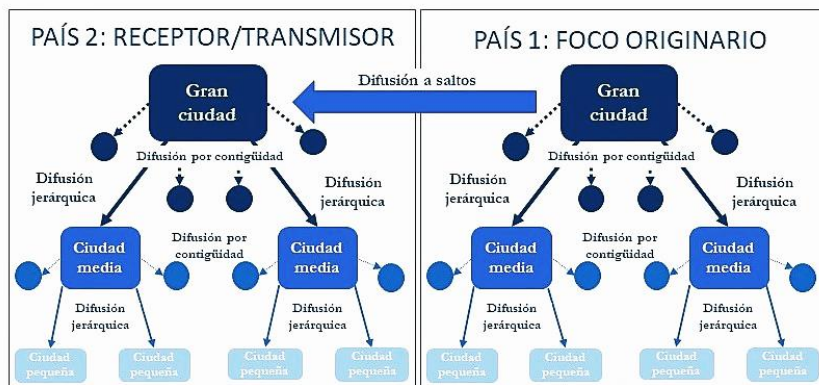
partículas PM_{2.5} y contagios, ingresos hospitalarios y muertes por COVID-19, pero esto no sólo afectaba a los municipios con más población, sino también a otros con gran número de granjas ganaderas intensivas (Cole, Ozgen y Strobl, 2020). No obstante, el uso de pequeñas unidades administrativas en un área tan altamente urbanizada como el Randstad holandés, donde la movilidad diaria de su población es elevada, puede cuestionar en parte esos resultados y, por otra parte, ocultar que las condiciones de vida de la población residente en esas áreas más contaminadas también pueden influir sobre su vulnerabilidad.

Ese conjunto de razones justifica el mayor interés de otros enfoques de carácter dinámico que utilizan los modelos de difusión espacial para relacionar la propagación de la epidemia con la movilidad de las personas, que son los principales vehículos transmisores del virus. El intento de modelizar este tipo de procesos tiene como precedente la obra del geógrafo sueco Torsten Hägerstrand (1952) y ha tenido un amplio desarrollo posterior, por lo que aquí se sintetizarán tan sólo algunas ideas útiles para una mejor comprensión de la pandemia actual.

La difusión de enfermedades contagiosas supone la interacción en red de personas que actúan como portadores y transmisores, pero también entre territorios. En su *World Atlas of Epidemic Diseases*, los geógrafos Cliff, Hagget y Smallan-Raynor (2004) recordaron que esa propagación tiene lugar combinando tres modos básicos: difusión por contigüidad, jerárquica y a saltos, tal como refleja el esquema de la Figura 1.9.

Los modelos clásicos de difusión de epidemias operaban en un espacio continuo, donde las relaciones de vecindad y la distancia física, las vías o ejes de comunicación y la jerarquía urbana eran las claves esenciales que guiaban el proceso. Una vez aparece un brote, los contactos interpersonales facilitan una transmisión local, en mancha de aceite, que también afectará a otros núcleos próximos y, de modo especial, a aquellas áreas donde la elevada interacción diaria multiplica los contactos (transportes públicos, centros de trabajo, espacios de consumo y ocio...), así como a lo largo de las principales vías de transporte, que facilitan la accesibilidad a los espacios ya infectados y favorecen una difusión en forma axial.

Figura 1.9. Formas de difusión espacial de una pandemia.



Fuente: Elaboración propia.

Como recuerda Oliveras (2020), “los dos tipos de transmisión pueden combinarse, de tal forma que un virus llega a un lugar y desde ese foco avanza como una ola, provocando muchas infecciones en un espacio geográfico concreto”. A esto se unen procesos de difusión jerárquica dentro del sistema urbano, entre ciudades de diferente tamaño y rango funcional, pero que mantienen estrechas relaciones y, por tanto, los flujos de personas que circulan entre ellas de forma habitual son densos. Esa posibilidad de contagio en función del tamaño de los núcleos y la distancia entre ellos caracteriza los llamados modelos gravitacionales, que permiten “evaluar la variación (de contagios) en la cantidad de oportunidades de relación según la posición” (Eliot y Daudé, 2005: 3).

Pero, en la actualidad, los modelos se han hecho más complejos, al producirse contagios entre poblaciones situadas a mucha distancia geográfica, pero que están conectadas a través de medios de transporte de alta capacidad y velocidad, principalmente de pasajeros, pero también de mercancías. Eso convierte al trazado de esas redes internacionales y al volumen de los flujos que circulan por ellas en claves explicativas esenciales del mapa de la pandemia. Se produce así una difusión a saltos, sin pasar por lugares intermedios (*efecto túnel*), que afecta sobre todo a los grandes centros urbanos que cuentan con el mayor número de enlaces a esas redes y tiene al tráfico aéreo como principal vector.

La globalización ha favorecido así la consolidación de redes multiescalares, que son también el principal vehículo de transmisión del contagio, pues “en un mundo globalizado, con millones de pasajeros viajando alrededor del mundo cada semana, las enfermedades infecciosas pueden difundirse rápidamente” (Hufnagel *et al.*, 2004: 15128). Eso equivale a afirmar que en un mundo atravesado por densas redes de interrelaciones, la salud se ha convertido en una cuestión global y la solución a las amenazas epidémicas no es posible de forma aislada.

Estimar la importancia actual del transporte aéreo en el contagio a larga distancia resulta más fácil con sólo recordar algunas cifras suficientemente expresivas. Según datos del Banco Mundial (*Air Transport Passengers Carried*), en 2018 se desplazaron por vía aérea en el mundo un total de 4.232,6 millones de pasajeros, lo que equivale a un promedio diario de 11,6 millones. Esa cifra cuadruplica la correspondiente a 1990 (1.025,0 millones) y supera en un 60% la de 2010 (2.628,3 millones), en un proceso de aumento constante que parecía no tener fin.

Ese tráfico se produce en su casi totalidad entre una red de algo más de 4.000 aeropuertos, que superan las 25.000 conexiones directas, y generaba más de 200.000 vuelos diarios antes de que el *Gran Colapso*, en marzo de 2020, conllevara una brusca reducción. Los aeropuertos, en especial los mejor conectados y con mayor tráfico, han actuado así como *hubs epidémicos*, es decir, como centros de acumulación y posterior dispersión de potenciales contagiados asintomáticos, así como de *gateways* o puertas de entrada del virus en numerosos países.

Una propuesta de especial interés para profundizar en esa relación es la realizada por Dirk Brockmann y el equipo de la Humboldt University y el Robert Koch Institute, que han trabajado en la geografía de las pandemias (Brockmann, 2013-14). Plantean que existe una *geometría oculta* que subyace al desigual nivel de contagio según territorios y tiene en esas grandes redes aéreas su principal soporte, pero sólo se hace visible cuando la distancia lineal entre los aeropuertos o nodos de la red se sustituye por la *distancia efectiva* (Brockmann y Heibling, 2013). Además de los kilómetros entre aeropuertos, esta considera la capacidad (tráfico de aeronaves) de las rutas que los enlazan, la velocidad media, la densidad del tráfico aéreo (pasajeros/día) y la población de las ciudades donde se localizan.

Así, tras representar las conexiones aéreas de Wuhan con las principales ciudades chinas y, desde ellas, con los principales aeropuertos del mundo, a su vez conectados con otros de rango inferior (Figura 1.10a), la sustitución de la distancia física por la efectiva permitió identificar la proximidad relacional de cada lugar con el foco emisor. Eso estableció su potencial de contagio y constató el tiempo previsible de llegada de esas olas de difusión, que con esta perspectiva resultan más regulares y visibles que en los mapas convencionales (Figura 1.10b).

Figura 1.10. Relaciones aeroportuarias y distancia efectiva desde Wuhan, según Brockmann y Heibling.



Fuente: <http://rocs.hu-berlin.de/viz/sgb/>

En definitiva, a partir de las enseñanzas que aportan los modelos multiescalares de difusión espacial, que centran su atención en la movilidad y la transmisión directa entre personas -que sin duda puede verse condicionada en parte por las condiciones ambientales y las políticas para *aplanar la ola* del contagio - la expansión de la COVID-19 ha seguido una serie de fases que parecen bastante bien definidas.

En la primera, desde el foco originario de Wuhan se inició una difusión local, a corta distancia, que luego se prolongó de forma axial a lo largo de las principales vías de comunicación, hacia Shangai, Pekín, Guangzhou o Shenzhen. En la segunda, desde comienzos de 2020 aproximadamente, la ola de contagio se trasladó con rapidez hacia las grandes ciudades europeas, asiáticas y estadounidenses, que son las más conectadas con las metrópolis chinas, así como entre unas y otras (en menor medida hacia las megalópolis de otras regiones), lo que dio prioridad a la difusión a saltos. En una tercera etapa, el virus se extendió en el interior de esas grandes áreas urbanas y en sus entornos periurbanos con un gran número de segundas residencias, para trasladarse también en cascada hacia otras ciudades de rango inferior o hacia espacios turísticos, cobrando de nuevo importancia la difusión por contigüidad y jerárquica.

El contrapunto a estos procesos lo han ofrecido los territorios mal conectados y de baja interacción, que han encontrado en esos habituales déficits un medio de protección eficaz frente a un contagio que en ellos fue más tardío y menor, con el efecto *insularidad* como manifestación más destacada, que en España tuvo en las pequeñas islas de Formentera (Balears), Gomera, Hierro y La Graciosa (Canarias) un buen exponente, lo que permitió finalizar antes el confinamiento en ellas. Por el contrario, en todas las fases de difusión los espacios metropolitanos han sido protagonistas y es también en ellos donde la desigual capacidad de respuesta de su población ha generado una vulnerabilidad muy desigual, lo que justifica un breve comentario final.

1.5. Los espacios metropolitanos como epicentro de la pandemia y sus contrastes internos.

Desde hace décadas, las grandes ciudades mundiales han reforzado su función como centros de poder, actividad, gestión e interconexión del

sistema global. También son espacios de máxima complejidad, que concentran lo mejor y lo peor de nuestras sociedades, lo que las convierte en exponente de múltiples formas de desigualdad. A diferencia de otras epidemias recientes, que mostraron unas pautas de localización muy distintas, la situación actual les añade un nuevo protagonismo al concentrarse en ellas los mayores impactos de la enfermedad.

De este modo, las grandes áreas urbanas actúan como territorios de concentración del mayor volumen de contagios y, a la vez, como principales focos de propagación (Reyes *et al.*, 2013). Puede afirmarse, por tanto, que si bien la COVID-19 ha alcanzado el rango de pandemia mundial, se trata, sobre todo, de un problema urbano y, más aún, metropolitano.

Aunque la información disponible con una desagregación espacial capaz de sustentar investigaciones a esta escala es escasa y muy heterogénea, puede esbozarse una aproximación comparativa para algunos de los países con mayor número de casos confirmados hasta el momento. Se comprueba así que el peso relativo de esas grandes áreas urbanas es máximo en etapas tempranas -al ser las principales puertas de acceso del virus- y suele moderarse con el tiempo, a medida que este se difunde desde ellas a otras áreas del país.

Así, por ejemplo, con datos de la Johns Hopkins University, a 1 de mayo la megalópolis del nordeste de Estados Unidos, que se extiende desde Boston a Washington, concentraba el 53% de los 1,13 millones de contagiados en el país, pero a mediados de julio esa proporción se había reducido al 27% de los 3,78 millones de infectados, al desplazarse la ola del contagio hacia los estados sureños del *Sunbelt*, con California, Florida y Texas a la cabeza, que ya representan un porcentaje similar. Dentro del continente americano, los estados de São Paulo y Rio de Janeiro sumaban el 44% de todos los contagios en Brasil a comienzos de mayo y el 26% dos meses y medio después, ante la *explosión* de la enfermedad en la Amazonía y el Nordeste principalmente. Por su parte, el área urbana Lima-Callao representó el 72% y 56% en esas mismas fechas dentro de Perú, la ciudad y el estado de México un 40% y 32% respectivamente en ese país, o Buenos Aires y su provincia un 72% y 54% en Argentina. La única anomalía destacable puede ser la región metropolitana de Santiago, que incrementó su participación en los contagios dentro de Chile del 45% al 74%.

En el caso europeo, las provincias de Lombardía y Piamonte -que aquí se identifican en sentido amplio con las aglomeraciones metropolitanas de Milán y Turín- reunieron casi la mitad de los enfermos por COVID-19 en toda Italia para ambas fechas, proporciones similares a las de Madrid y Barcelona respecto a España, mientras en Portugal el área de Lisboa y la región Norte, en torno a Oporto, llegaron a concentrar el 84% y aún representan el 54% a mediados de julio.

La pandemia ha puesto así de manifiesto que una mayor integración en la globalización conlleva también mayores riesgos. Además, la creciente concentración de la población en grandes aglomeraciones que se extienden fuera de control, donde se multiplican los desplazamientos diarios forzosos entre lugares de residencia, trabajo, ocio y consumo, así como la polarización de estas funciones en ciertos espacios donde se maximiza la interacción personal, son factores que han favorecido el contagio. Según Albert-Cromarías y Asselinau (2020), “la gran crisis sanitaria que atravesamos es también la señal de que necesitamos transformarnos. Y esa transformación, que será institucional, económica, social y ambiental, no puede pasar más que por una mutación radical de nuestra relación con las metrópolis y los territorios”. Sin entrar por el momento en la difícil terapia a aplicar para conseguirlo, la pandemia ilumina con crudeza una cuestión metropolitana a tener muy presente para un buen diagnóstico de la enfermedad social, además de vírica, a que nos enfrentamos de forma colectiva.

Esta situación se ve acentuada por la presencia de amplios sectores de la ciudadanía con especiales dificultades para hacer frente en buenas condiciones a la epidemia, que se concentran de forma especial en ciertos sectores urbanos, lo que acentúa en ellos las situaciones de vulnerabilidad. Se establece, pues, una relación entre condiciones socioeconómicas, tasas de contagio y letalidad, lo que supone una forma específica de manifestar la polarización social. Por eso puede afirmarse que, a las desigualdades preexistentes en el interior de las grandes áreas urbanas, se suma ahora “la desigualdad vivida a través del modo en que los ciudadanos se enfrentan (o se ven obligados a enfrentarse) con la pandemia”. Así, “la crisis del nuevo coronavirus revela que el simple acto de quedarse en casa o tener acceso a los tratamientos en hospitales no está al alcance de todos, pues los derechos no son iguales” (Carlos, 2020),

lo que visibiliza la existencia de unas periferias urbanas donde reside buena parte de los “sin derecho a cuarentena” (Carlos, 2020b).

La crisis social asociada a la enfermedad se hace particularmente acusada en las megalópolis del Sur Global, pero también está presente en todos aquellos espacios urbanos donde la mercantilización de la vivienda y el debilitamiento de los servicios públicos por la aplicación de políticas inspiradas en la racionalidad neoliberal incrementan el volumen de población expuesta. Es decir, si la edad avanzada y la existencia de patologías previas son factores que aumentan el riesgo, puede afirmarse que la precariedad y la pobreza también lo hacen, al limitar la capacidad para prevenir el contagio y hacerle frente. Esa mayor exposición se hizo muy patente durante el periodo de confinamiento de la población y se relaciona con:

- Condiciones deficitarias de la vivienda y frecuentes problemas de hacinamiento en espacios reducidos, a los que, en las áreas de infravivienda, se añaden déficits en el acceso al agua potable o equipamientos sanitarios básicos
- Elevada proporción de trabajos de baja cualificación, estabilidad y salarios, pero considerados ahora servicios esenciales (desde dependientes de comercio a reponedores de supermercados y grandes superficies, limpiadores, cuidadores, conductores, etc.), obligados a desplazarse a sus lugares de trabajo, o bien trabajadores de la economía informal, para los que la calle es su medio de vida
- Limitaciones en el acceso a una asistencia sanitaria de calidad en aquellas sociedades donde predominan los seguros privados y los costes de la asistencia hospitalaria derivados de la COVID-19 son inasumibles para muchos
- A eso debe añadirse que el hecho de residir en barrios con un elevado número de habitantes expuestos a la enfermedad, o donde ya se han formado *bolsas de contagio* por las razones anteriores, aumenta el riesgo para el conjunto de los residentes.

En consecuencia, “la expansión del virus y la desigualdad en el reparto de la riqueza en una sociedad son dos variables que están interconectadas y se retroalimentan” (Rubio, 2020). Las profundas contradicciones asociadas encuentran en Estados Unidos y en Nueva York -líderes en

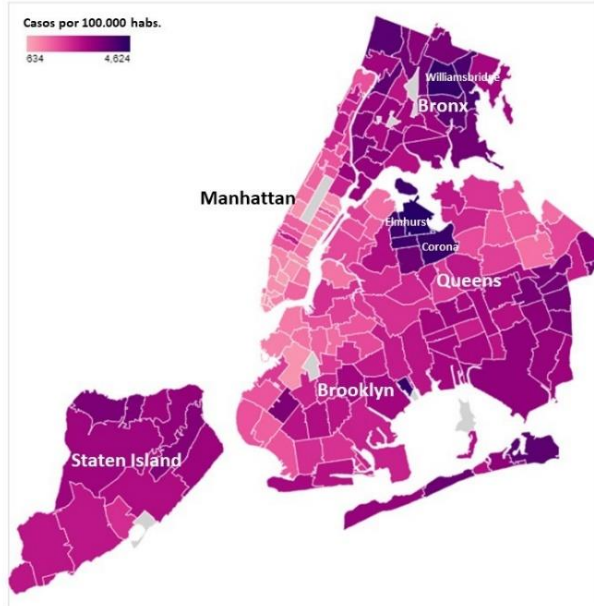
número de contagios entre los países y las ciudades del mundo respectivamente a mediados de 2020- dos de los mejores exponentes de la crueldad y deshumanización de un *capitalismo puro* (Husson, 2009), apenas moderado en sus excesos por la acción protectora del Estado, con unos derechos de ciudadanía limitados por la primacía de los mercados.

Se ha afirmado que “el coronavirus, en Estados Unidos, es una enfermedad de pobres” (Pilkintong, 2020) y esa condición se superpone a menudo con las características étnico-raciales, para mostrar una exposición muy desigual a la enfermedad que no es ajena al estallido del movimiento *Black Lives Matter* en muchas ciudades del país durante el mes de junio, a partir de un detonante concreto bajo el que subyacen conflictos estructurales.

Según el informe publicado en ese mes por APM Research Lab sobre el *color del coronavirus*, de los 112.000 fallecidos en Estados Unidos a 9 de junio por esta causa, la mayoría (53.000) eran población blanca pero, en proporción a los residentes de cada grupo étnico, la mortalidad entre la población afroamericana alcanzaba los 61,6 fallecidos por 100.000 habitantes, mientras descendía a 36,0 entre la población indígena, a 28,2 en la de origen latinoamericano y 26,3 en la asiática, por sólo 26,2 entre la población blanca. Los afroamericanos representan un 12,4% de los habitantes del país, pero un 24,3% de los fallecidos por COVID-19, con proporciones tan desiguales como las del distrito de Columbia que alberga la capital federal (44% y 74% respectivamente), o el estado de Nueva York (14% y 26%), por citar sólo dos casos de especial significación (APM Research Lab, 2020).

Si se cambia la escala, a mediados de julio la ciudad de Nueva York alcanzaba una triste primacía entre las ciudades mundiales, con 218.000 casos confirmados y casi 19.000 fallecidos, pero con un reparto muy desigual, que concentraba sus mayores tasas de contagio en los distritos de Queens (con máximos en los barrios de Elmhurst y-casualmente-Corona), Bronx y Staten Island, todos ellos con destacada presencia de esos grupos más vulnerables, que se prolonga por otros condados próximos (Nassau, Suffolk, Long Island...), frente a valores mínimos en el sur de la isla de Manhattan y su entorno próximo (Figura 1.11).

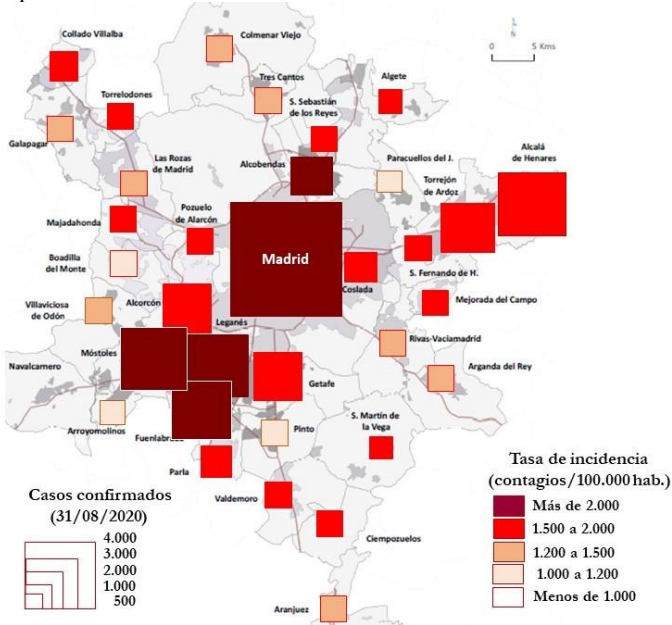
Figura 1.11. Contagios por COVID-19 en la ciudad de Nueva York.



Fuente: New York City Health.

Por su parte, la situación en el área metropolitana de Madrid y en la propia ciudad capital también muestra contrastes significativos. Al finalizar el primer semestre del año, los núcleos metropolitanos con mayor incidencia -por encima del millar de contagios- eran Leganés, Alcalá de Henares, Móstoles, Alcorcón, Fuenlabrada, Getafe y Torrejón de Ardoz, todos localizados en los sectores meridional y oriental de la aglomeración, si bien la tasa de incidencia por 100.000 habitantes resultaba bastante heterogénea entre ellos. Por el contrario, los rebrotes surgidos a partir del mes de julio sí han mostrado una especial concentración en el suroeste de la aglomeración, ampliando así la *brecha epidémica* con el resto. A 31 de agosto, los municipios de Leganés (4.507 casos), Móstoles (4.209), Fuenlabrada (3.960), Alcorcón (3.218) y Getafe (2.927) son los de mayor número de contagios, junto con Alcalá de Henares (3.599), en el margen oriental (Figura 1.12), con tasas de incidencia también superiores al resto.

Figura 1.12. Casos de COVID-19 y tasa de incidencia en la aglomeración metropolitana de Madrid.



Fuente: Comunidad de Madrid y elaboración propia.

Por su parte, entre los 21 distritos de la capital, que suman 70.597 casos al finalizar agosto, los de Puente de Vallecas (7.575 casos), y Carabanchel (6.289) y Latina (4.777) son los de mayor cifra de contagios, con otros periféricos como Fuencarral-El Pardo (4.571) y Ciudad Lineal (4.559) a continuación. Al considerar la tasa de incidencia, los distritos de Puente de Vallecas (3.225,4 contagios/100.000 habitantes) y Usera (2.888,2) -que también son los de menor renta por hogar- vuelven a situarse en cabeza, con una desigualdad entre los sectores meridional y septentrional de la ciudad ya netamente definido (Figura 1.13).

Aunque en estas últimas semanas los medios de comunicación centran su atención en los nuevos contagios producidos en lugares de ocio y consumo, estos mapas alertan sobre la probable incidencia de los contagios producidos en los lugares de residencia y de trabajo, así como en los desplazamientos diarios entre ambos. No obstante, la aparición de

CAPÍTULO 2

EL FRENO A LA MOVILIDAD Y SUS CONSECUENCIAS

“La historia se acelera. Hoy vivimos bajo el yugo de un tiempo estandarizado que se nos impone, hagamos lo que hagamos y dondequiera que estemos. Un tiempo único que, como la moneda única, no tiene otra finalidad que ponernos a todos en competencia, de un extremo a otro del planeta. Para sobrevivir en el interior de este tiempo único, debemos correr más deprisa que los demás. ¡Nos hemos dejado robar el tiempo! ¡Si la bicicleta del capitalismo deja de avanzar, vuelca y llega la catástrofe!”.

Serge Latouche y Didier Harpagès: *Le temps de la décroissance*, 2010

(Traducción: *La hora del decrecimiento*, 2011)

Quienes en las primeras fases de evolución de la pandemia actual consideraron que esta sería un simple paréntesis temporal, tras el que se regresaría a la situación anterior, discutiendo si esa recuperación del crecimiento económico sería rápida y se produciría en forma de V, sería más lenta y adoptaría forma de U, o de cualquier otra letra del abecedario, no tuvieron en cuenta su relación directa con modos de vida y prácticas sociales característicos de esta era de capitalismo global. En concreto, con la progresiva hipermovilidad de las personas, pero también de las mercancías y los capitales, que sin duda es inherente a la lógica del sistema, pero que se ha acentuado hasta límites extremos en las últimas décadas.

Tal como afirma Urry (2014: 20), “el capitalismo tiene mucho que ver con el movimiento”, pues “las sociedades capitalistas conllevan una incesante aceleración de la vida económica, social y política”. Pero esa tendencia estructural al constante aumento de los desplazamientos alcanza ahora unas densidades, distancias y velocidades antes desconocidas, generando flujos que en bastantes casos atraviesan fronteras y alcanzan una dimensión mundial, lo que permite afirmar la instauración de un *régimen de movilidad global* (Koslowski edit., 2011).

Así, por ejemplo, en el caso de los movimientos de población, cada año se producen varios miles de millones de viajes motivados por turismo, negocios, reuniones científicas y profesionales, estancias de estudiantes y asistencia a eventos deportivos o culturales, que superan ampliamente a las migraciones anuales por motivos económicos, tanto temporales como definitivas, o al flujo de refugiados desde territorios en conflicto. A esa movilidad internacional se suman otras de ámbito interregional e interurbano, sin olvidar la paralela intensificación de la movilidad diaria forzada en el interior de las áreas urbanas, que tiende a crecer más que proporcionalmente con su tamaño.

De ahí que la movilidad, el cambio constante y la aceleración sean elementos constitutivos de la *modernidad líquida* (Bauman, 2002) y argumentos vinculados con la libertad personal y/o con la competitividad a menudo se entremezclen para justificar esa tendencia, que dio origen en su día a la propuesta de un nuevo *paradigma de las moviidades* (Sheller y Urry, 2006 y 2018). El reto de las páginas que constituyen este capítulo consistirá en vincular de forma clara estas tendencias de fondo con la situación derivada de la pandemia, que pone en cuestión su situación presente y su sostenibilidad futura.

2.1. La sociedad hipermóvil y sus límites.

La propagación de la COVID-19 y su presencia, aunque con muy desigual intensidad, en la práctica totalidad de países del mundo ha puesto en evidencia de forma descarnada algunos de los límites y riesgos de esa hipermovilidad. De este modo, “la actual pandemia se propagó a lo largo de las vías de comunicación, acompañando, a todas las escalas espaciales, a los movimientos de la población” (Mincke, 2020). Es decir, nuestros hábitos de movilidad están en el origen de esa rápida

propagación del contagio y, por tanto, a falta de vacunas y tratamientos eficaces contra la enfermedad, la inmediata transformación de esos hábitos fue la medida esencial tomada por muchos gobiernos para hacerle frente.

La paralización total o parcial de esa movilidad, que implica confinar a la población en compartimentos estancos -desde el propio domicilio a un barrio, una ciudad, una comarca, una provincia o el país en su conjunto- resulta una medida eficaz para *aplanar la curva* epidémica. Pero el capitalismo actual no puede salir indemne de una detención -siquiera sea por un tiempo breve- del incesante movimiento de personas, bienes y capitales que hace funcionar la *máquina del crecimiento*, lo que convierte esta situación en motor de una crisis económica y sociolaboral sin precedentes, acentuada por la incertidumbre de que nuevos brotes puedan cronificar la situación.

Por otra parte, sin cuestionar los posibles beneficios de movilidades no forzadas y el potencial de liberación personal, aprendizaje y desarrollo de capacidades, intercambio cultural, o mejora de oportunidades económicas y laborales, estos planteamientos cobran sentido en una óptica individualista que, siendo respetable, no puede ignorar los costes colectivos -económicos, sociales y ambientales- que conlleva esa corriente continua. Convertida en norma de vida, esa movilidad constante “es, a la vez, la sangre vital de la modernidad y el virus que amenaza con destruirla” (Cresswell, 2020). La crisis climática y la crisis sanitaria, ambas muy ligadas con el transporte y el tráfico en los volúmenes actuales, han venido a recordarlo.

Así pues, antes de comentar algunos de los principales impactos provocados por esta nueva crisis y su desigual incidencia según territorios, parece razonable una valoración de este régimen de movilidad global, que es el principal vector que favorece la transmisión de una enfermedad de origen vírico al cuerpo social. En concreto, se pretenden comentar tres tipos de impactos derivados de la inmovilidad que sin duda tienen una considerable importancia en muchos territorios.

Por una parte, lo ocurrido puso de manifiesto la elevada dependencia externa que conlleva una desindustrialización como la padecida desde hace décadas por numerosos países europeos y latinoamericanos, guiada por razones exclusivas de rentabilidad empresarial a corto plazo, que no

excluye a sectores y bienes considerados básicos o estratégicos. También trastocó de inmediato las cadenas de suministro para un gran número de empresas que operan en un ámbito global, dependientes de recursos naturales y energía, piezas y componentes, o servicios procedentes de diversos lugares del mundo, forzando la paralización de una parte o de toda su actividad al producirse interrupciones en esas cadenas.

Por otra parte, la detención temporal del movimiento hizo resurgir el debate sobre la desglobalización, necesaria para unos e imposible o indeseable para otros, ya no sólo como resultado de los crecientes problemas ambientales. La controversia sobre el futuro del transporte, tanto de mercancías como, sobre todo, de pasajeros se ha reactivado y, en ese debate, parece probable que “no se va a volver a un escenario de autarquía y de cierre de fronteras, ni tampoco a un proceso de dispersión de actividades como algunos vaticinan, pero el marco general donde la actividad se desarrolla cambiará” (Boira, 2020) y el transporte aéreo parece especialmente sensible en este nuevo contexto.

Finalmente, todo lo anterior también cuestiona la tendencia que parecía imparable al crecimiento de los flujos turísticos, en especial los de carácter internacional, al tiempo que abre nuevos interrogantes sobre la sostenibilidad -tanto por razones económicas como ambientales y, ahora también, sanitarias- de los principales destinos en el mapa mundial. Pero, si bien en un país como España el impacto que provoca la reducción de estos viajes ligados al ocio suscita el máximo interés y preocupación, no conviene olvidar que el cierre de fronteras ante el temor a contagios importados también aumenta las dificultades de acceso para migrantes económicos y refugiados a esas *sociedades del bienestar*, donde las posiciones xenófobas -ancladas en el miedo al otro y el egoísmo- parecen reforzarse en periodos de dificultad como el actual. La detención de esos *nómadas forzados* en campos de refugiados y asentamientos informales por periodos de tiempo aún más prolongados, junto a la disminución de las remesas enviadas a sus países de origen, son efectos de especial gravedad en la perspectiva de la acción humanitaria.

En definitiva, aunque deberán ser otros más preparados quienes profundicen en esta reflexión, la pandemia nos plantea qué nivel de movilidad es soportable y cuál es insustituible en nuestro mundo actual y la alternativa a la movilidad física que ofrece la conexión digital no parece una respuesta suficiente.

2.2. Pandemia, desindustrialización y reordenación de las cadenas de valor globales.

Tanto en España como en otros países europeos y, más tarde, latinoamericanos, la rápida propagación de la enfermedad mostró las notables deficiencias en la provisión de material sanitario que aquejaban a sus sistemas nacionales de salud, así como una elevada dependencia de las importaciones en este tipo de productos. En concreto, se hizo patente la creciente influencia de fabricantes y distribuidores chinos en el abastecimiento de material de protección para el personal sanitario y la población en general: mascarillas, batas, guantes, gel hidroalcohólico, etc.

En un momento de fuerte demanda internacional, esto provocó un grave retraso en los suministros, favoreció maniobras especulativas para elevar los precios e, incluso, hizo posible la venta de material defectuoso. Ciudadanos y gobiernos tomaron así conciencia de los costes que conlleva abandonar la producción propia de determinados bienes de primera necesidad o estratégicos y de los riesgos derivados de la nueva división internacional del trabajo que trajo consigo la globalización.

En el caso de la fabricación de productos médicos, un reciente informe de la Organización Mundial del Comercio (WTO, 2020) muestra que tan sólo diez países del mundo -con Alemania, Estados Unidos y Suiza a la cabeza- concentran tres cuartas partes de las exportaciones mundiales, cifradas en 995.800 millones de dólares en 2019, con China ocupando un modesto séptimo lugar (51.600 millones), situada entre países europeos (Países Bajos, Bélgica, Irlanda, Francia, Italia, Reino Unido...) que son sede de las grandes empresas farmacéuticas conocidas como *bigpharma* (Tabla 2.1).

Pero si más de dos tercios de las exportaciones de esos países europeos y Estados Unidos se relacionan con la venta de medicamentos, en el caso de China esa proporción es apenas del 10%, ampliamente superada por la venta de productos destinados a la protección personal (49%), los consumibles sanitarios (22%), o el equipamiento médico (19%). Es decir, China se ha especializado desde comienzos de este siglo en productos de menor valor unitario y complejidad tecnológica, pero que resultan estratégicos frente a una pandemia, de los que ya es principal proveedor internacional. Así, por ejemplo, de China proceden el 25% de

las mascarillas fabricadas en el mundo (exportó más de cuatro mil millones sólo en marzo), o el 10% de los respiradores (sólo por detrás de Singapur y Estados Unidos). Pero también el 70% de los principios activos usados para la fabricación de medicamentos en Europa y hasta el 80% en Estados Unidos.

Tabla 2.1. Principales exportadores de productos médicos en 2019.

Países	Valor (mil mills.dóls)	Proporción sobre total (%)			
		Equipos médicos	Consumi- bles sanit.	Medica- mentos	Productos protección
Alemania	136,2	15	15	57	13
EE.UU.	116,6	25	29	35	12
Suiza	89,9	5	5	88	2
Países Bajos	73,1	17	18	58	7
Bélgica	65,8	7	12	74	6
Irlanda	65,3	5	20	71	4
China	51,6	19	22	10	49
Francia	49,9	9	14	65	13
Italia	42,9	6	7	75	12
Reino Unido	38,2	11	15	64	10
Mundo	995,8	14	17	55	14

Fuente: Organización Mundial del Comercio (WTO).

La excepcionalidad de la situación vivida en estos meses de 2020 dirigió la atención mediática hacia un proceso ya evidente en otros muchos ámbitos de la producción desde hace décadas, que ha transformado por completo el mapa industrial del mundo. Ha tenido así lugar un trasvase masivo de capacidad productiva y empleos hacia el continente asiático en general y China en particular, frente a la progresiva desindustrialización de Estados Unidos y buena parte de Europa occidental -donde la industria representa menos de una quinta parte del PIB, frente al 31% en China- hoy caracterizados por una hipertrofia del sector de servicios. De igual manera, el proceso también favoreció la *reprimarización* de muchas economías latinoamericanas, proveedoras de materias primas minerales y agrarias, o de energía, con el gigante asiático como principal comprador.

Tal como suele afirmarse, China se ha convertido en la *fábrica del mundo*, concentrando ya una cuarta parte de la producción manufacturera global en 2019, muy por delante de potencias fabriles con mayor tradición como Estados Unidos (14,9%), Japón (9,6%), Alemania (6,3%),

Italia (2,6%), Francia (2,6%), o el Reino Unido (1,9%). Los datos publicados por la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (UNIDO, 2019) permiten también confirmar que, entre los doce países con mayor producción, que reúnen más de tres cuartas partes del total, se encuentran otros calificados de forma conjunta como *emergentes*, pese a sus notorias diferencias, como India (3,5%), Corea del Sur (3,0%), Brasil (2,2%) e Indonesia (2,1%), en detrimento de otros como España, que con el 1,3% de la producción industrial del mundo se encuentra ya alejada de esas posiciones y con un saldo comercial muy deficitario. En este, como en otros muchos casos, “se ha acentuado su dependencia comercial e industrial respecto a China para fabricar e importar una multitud de bienes y servicios, incluidos algunos de los que han hecho falta, de forma cruel, en la crisis sanitaria” (Valiorgue, 2020).

De este modo, en los primeros años de este siglo, la incorporación de China a la Organización Mundial del Comercio (WTO) y la progresiva liberalización de sus intercambios con el resto del mundo dio un impulso fundamental al proceso de globalización económica. La masiva implantación de filiales pertenecientes a empresas transnacionales, junto al paralelo desarrollo de empresas chinas, convertidas en grandes proveedores internacionales de productos industriales -al principio de bienes de consumo baratos y de escasa complejidad tecnológica; más tarde también de bienes de equipo e intermedios, de complejidad tecnológica creciente- inundaron los mercados mundiales de productos *made in China*.

Eso permitió elevar la rentabilidad de muchas empresas y abaratar el precio de muchas manufacturas (desde ropa y calzado, a componentes de automóviles, equipos electrónicos o de telefonía móvil) y ampliar la oferta de todo tipo de productos en los mercados. Pero el cierre de muchas empresas de los países con mayor tradición industrial, afectados por el declive de regiones y ciudades especializadas, acarrió el consiguiente impacto laboral en forma de mayor desempleo y precarización de unas condiciones laborales sometidas a la presión competitiva de los bajos salarios, junto a débiles controles urbanísticos y ambientales en esos nuevos países industriales. Resultado, pues, de un largo proceso, este se aceleró a medida que grandes bancos y, sobre todo, inversores institucionales (fondos de inversión, de pensiones, soberanos, aseguradoras...) se hicieron con el control de muchas grandes empresas

industriales, exigiendo la maximización de beneficios a corto plazo y la revalorización de sus acciones mediante una reestructuración constante que fomenta la deslocalización para abaratar costes. La escasez de suministros sanitarios al estallar la pandemia fue uno de sus daños colaterales, pero no el único.

Tras décadas de crecimiento acelerado y continuo, la producción industrial china cayó en enero-febrero de 2020 un 13,5% respecto al mismo periodo del año anterior y sus exportaciones lo hicieron un 17%, con el máximo impacto en sectores como el informático y electrónico (-30%), productos textiles (-26%), confección de ropa y accesorios (-20%), o componentes mecánicos y eléctricos para el automóvil (-18%). Esto provocó un colapso del comercio internacional en el primer trimestre del año, calificado de “repentino, sincronizado y generalizado” (Baldwin, 2020), al comprobarse que las manufacturas procedentes de China constituyen el eslabón central de muchas cadenas de producción y suministro que abastecen a miles de empresas y numerosos mercados de consumo en todo el mundo. La paralización temporal de la producción en buena parte de China provocó así una conmoción y un efecto en cascada calificado como *shock de oferta*, que se vio acompañado luego por un *shock de demanda*, cuando se detuvieron las actividades y las compras en buena parte del mundo.

El resultado conjunto fue la desarticulación de las llamadas cadenas de valor globales (*global value chains*) y la toma de conciencia sobre la fragilidad de este modelo de organización productiva, que conlleva excesivas dependencias, desequilibrios y riesgos ahora visibles. Eso ha reforzado las voces que piden una revisión en profundidad de las políticas que hicieron posible su expansión descontrolada. Vale la pena detenerse en este nuevo contexto propiciado por la COVID-19, que en cierto modo cuestiona algunos de los rasgos centrales del actual modelo de globalización, a partir de un breve comentario previo sobre estas cadenas, que cuentan con abundantes estudios en la geografía económica y la economía industrial (Park, Nayyar y Low, 2013).

Se definen como cadenas de valor el conjunto de actividades y empresas implicadas en la concepción, el diseño, la producción, el transporte y la comercialización de un determinado bien material o servicio, ya se trate de un automóvil, un ordenador o un paquete turístico. Frente al anterior modelo de producción integrada, donde la mayor parte

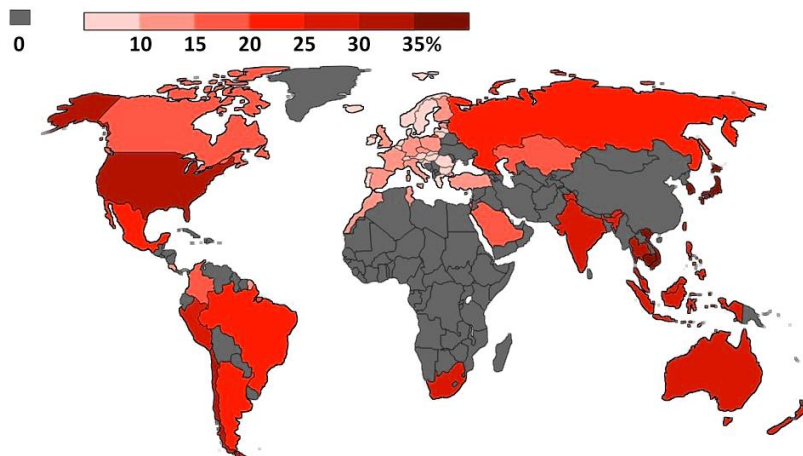
de esas tareas se realizaban en el mismo establecimiento o centro de trabajo, en las últimas décadas se generalizaron formas de producción segmentadas, donde las diferentes fases se realizan en distintos establecimientos de la misma empresa o de varias empresas, que forman una cadena estrechamente interconectada en la que se va añadiendo valor al producto, que se incorpora a su precio final.

En los inicios de este proceso, las cadenas de valor eran, en su mayoría, domésticas, con sus diferentes participantes ubicados en el mismo país. Pero la liberalización creciente de los flujos transfronterizos de capital y mercancías, junto al abaratamiento del transporte a larga distancia y la paralela revolución de la logística, que posibilita sincronizar esas múltiples etapas, han transformado muchas de esas cadenas en globales, para así aprovechar al máximo las ventajas comparativas de cada territorio. Es así habitual localizar los centros directivos y de gestión, o las actividades de I+D+i, en grandes áreas urbanas de regiones desarrolladas, con un *ambiente innovador* y una abundante oferta de mano de obra cualificada, mientras la fabricación y los servicios poco especializados se deslocalizan hacia territorios con menores costes (laborales, fiscales, inmobiliarios...), abundante fuerza de trabajo, o mercados de consumo en expansión.

La consecuencia es que los flujos continuos de suministro que conectan los eslabones de esas cadenas forman una densa red que envuelve el mundo, de la que dependen tanto mercados de consumo como numerosas empresas, que necesitan esa llegada constante de piezas y componentes importados para mantener su actividad. El proceso se hizo aún más complejo al difundirse el sistema de producción *just in time*, destinado a eliminar los stocks almacenados para elevar así la rentabilidad, pero a costa de aumentar también la fragilidad de un sistema en que la ruptura o detención de la cadena en cualquier punto, por algún hecho imprevisto, pone en riesgo al conjunto.

Según un informe de la Organización Mundial del Comercio, hasta dos tercios de todo el comercio internacional corresponde ya a la compraventa de bienes intermedios o finales integrados en esas cadenas (WTO, 2019), con China como nodo central de muchas de esas redes. Tal como muestra el mapa de la Figura 2.1., la importación de productos intermedios fabricados en China afecta a buena parte de los países de Europa, Asia y América. En el primer caso, la proporción sobre el total

de importaciones se sitúa entre el 10-15%, llegando a superar el 30% en Estados Unidos, el sudeste de Asia y algún país latinoamericano, si bien esas cifras aumentan considerablemente si se considera la incorporación previa de productos chinos a bienes luego importados de países terceros. Figura 2.1. Participación de los productos intermedios procedentes de China en las importaciones de cada país.



Fuente: OCDE y Bloomberg Economics.

En el primer tercio de 2020, un virus fue capaz de desorganizar, en buena medida, este complejo y sofisticado engranaje de alta precisión. Primero, con el cierre de Wuhan y otras ciudades de la provincia de Hubei, donde se localizan grandes fábricas de sectores como el automóvil o el de componentes electrónicos. Baste recordar que Wuhan es conocida como *ciudad del motor*, al localizarse en ella plantas de General Motor, Honda, Nissan, Renault, Peugeot y Toyota, además de grandes proveedores de componentes, o que Hubei es centro del llamado *Optic Valley*, con fabricantes de fibra óptica y componentes microelectrónicos tan importantes como Foxconn, el principal proveedor de Apple en el mundo (Gerschel *et al.*, 2020). Después, con la paralización de otros eslabones, a medida que la COVID-19 propagaba sus ondas de choque por el mundo.

Se demostró así que, junto a sus elevados costes ambientales por la contaminación -sobre todo oceánica- derivada del transporte masivo a

larga distancia, “las cadenas logísticas que soportan el proceso son muy vulnerables, en tanto son dependientes de aprovisionamientos lejanos”, por lo que “la *logistización del mundo* deja finalmente un regusto a veces amargo” (Fulconis y Paché, 2020). La maximización de plusvalías a corto plazo, propia de una lógica mercantil y financiarizada, que elimina las reservas estratégicas de ciertos productos y concentra las compras en grandes proveedores altamente especializados difíciles de sustituir por las economías de escala que aportan, cuestiona la resistencia del sistema cuando aparecen *shocks* externos como la actual pandemia. De este modo, incluso una publicación con tan pocas veleidades críticas como *The Economist* reconoce que “en una economía global cada vez más peligrosa, el comercio mundial ha estado creciendo en riesgo durante muchos años” (The Economist, 2020: 3).

En definitiva, la desindustrialización absoluta o relativa de numerosas regiones que ha acompañado un proceso de globalización basado en principios neoliberales y guiado por actores financieros, junto a la densificación de las cadenas de valor globales, que llevan las interdependencias a niveles extremos, suponen aceptar cierta pérdida de soberanía derivada de la primacía de la razón económica sobre cualquier otra. Resulta difícil imaginar que la pandemia vaya a provocar por sí sola una desglobalización, aunque sea relativa, si no se desmonta la lógica que condujo a su reforzamiento en las cuatro últimas décadas. Pero sí puede provocar cierto repliegue y el reforzamiento de las tendencias hacia su regionalización, es decir, hacia un abastecimiento más cercano y diversificado, al menos en el interior de grandes regiones económicas, si se tiene en cuenta que la exposición a riesgos no controlables -desde guerras comerciales a pandemias- resulta ahora particularmente evidente.

No obstante, todo ello supondría apostar por una nueva gobernanza del proceso globalizador, que ninguna pandemia provocará por sí sola a falta de decisiones políticas que la respalden, capaces de enfrentar los poderosos intereses que se oponen a cualquier cambio. Como afirman Gaulier y Vicard (2020), “toda decisión de relocalización destinada a asegurar la resiliencia de las cadenas de suministro entrañaría un aumento de costes de producción para las empresas... Sin medidas fuertes de política económica, los factores que han conducido al desarrollo de las cadenas de valor globales deberían mantener la actual dependencia de las economías de sus aprovisionamientos extranjeros”. Eso exigirá realizar

una nueva evaluación de riesgos y recuperar políticas industriales abandonadas en buena medida por muchos gobiernos en aras del *libre mercado* y la competencia entre desiguales, que incluyan un apoyo explícito a sectores identificados como estratégicos y la defensa de una *globalización en sus cabales* (Rodrick, 2012), más acorde con los intereses colectivos y con los límites del planeta, además de mejor preparada ante lo imprevisible.

2.3. Impactos sobre el transporte marítimo y aéreo.

La paralización temporal de numerosas actividades y el freno a la movilidad para limitar la transmisión del virus tuvo un impacto directo sobre los diferentes medios de transporte y a todas las escalas. Aquí se fijará la atención de forma exclusiva sobre el transporte marítimo internacional y el transporte aéreo, que han sido dos de los más afectados.

Nada menos que el 80% del tráfico de mercancías se movilizan por vía marítima. Según el último informe publicado por la Oficina de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD, 2019), en 2018 se transportaron a través de los océanos un total de 11.005 millones de toneladas, que casi duplicaron los 5.984 millones del año 2000 y superaron en un 40% los 7.857 millones de 2009, tras el golpe al comercio provocado por la anterior crisis.

El tráfico comercial por esta vía fue un eficaz vector de transmisión de muchas enfermedades contagiosas a lo largo de la Historia y de ahí que, desde el primer momento, se hiciera evidente la necesidad de limitar esa posible vía de contagio. En ese sentido, la crisis de movilidad provocada por la COVID-19 ha sumado dos tipos de impactos negativos sobre este tráfico marítimo de mercancías, con posibles efectos a corto y medio plazo.

En primer lugar, ya desde comienzos de año la reducción de la producción industrial en China limitó sus exportaciones de forma temporal y eso redujo la actividad de los grandes puertos de ese país, así como de otros ubicados en la margen occidental del Pacífico. Debe tenerse en cuenta que siete de los diez mayores puertos del mundo en 2018 por tráfico de contenedores ya son chinos, desde Shangai -que ocupa la primera posición, con un tráfico de 42 millones de contenedores- a Ningbo-Zhoushan, Shenzhen, Guangzhou, Hong

Kong, Qingdao y Tianjin, mientras que Singapur y Busan (Corea del Sur) completan ese ranking. El desplazamiento del centro de gravedad de la economía industrial supone que el 64% del tráfico de contenedores en el mundo se registra en puertos asiáticos, muy por delante de los europeos (16%), de América del Norte (8%) y América Latina (7%), que se vieron afectados algo más tarde por la difusión de la pandemia. En segundo lugar, las restricciones a la actividad y las cuarentenas a los barcos procedentes de países con altas tasas de contagio hicieron más complejas y lentas las tareas de carga y descarga en la práctica totalidad de puertos del mundo. Como resultado, el tráfico de buques y contenedores en el primer cuatrimestre de 2020 se redujo al menos un 20% por comparación con el mismo periodo del año anterior, tomando como base las imágenes de satélite (Heiland y Ulltreit-Moe, 2020).

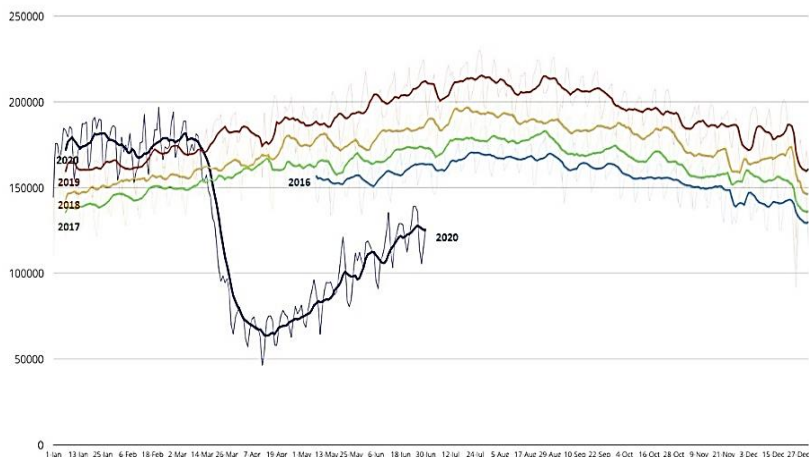
Si se toma como ejemplo el puerto de Algeciras, el más importante de España y entre los cinco del mundo con mayor número de conexiones internacionales, los datos oficiales del primer semestre de 2020 por comparación con los del mismo periodo de 2019 resultan bastante expresivos. Con un total de 1,6 millones de contenedores registrados, el tráfico se redujo un 3,3% en los de procedencia internacional, llegando al 7,3% entre los destinados a la exportación, con un descenso del 26,4% en el número de buques que entraron en el puerto. Pero, en cuanto al tráfico de pasajeros, los 991.382 en estos meses de 2020 supusieron una caída del 54,7%, mostrando así que la pandemia afectó, sobre todo, al movimiento de personas, algo muy evidente en el tráfico aéreo.

Tal como se analizó en el capítulo anterior, el movimiento de personas por vía aérea fue el vector esencial de transmisión de la epidemia a escala internacional, sobre todo en sus primeras fases. Por esa misma razón, ha resultado especialmente afectado por las restricciones, algo que queda en evidencia al considerar la evolución de vuelos y pasajeros transportados en el primer semestre, junto con algún breve apunte sobre la actividad de los aeropuertos, las dificultades que atraviesan numerosas aerolíneas y la negativa evolución de la industria aeronáutica ante la caída de la demanda.

En un informe sobre el impacto de la COVID-19 en la aviación comercial, elaborado por la consultora Oliver Hyman y publicado el 14 de mayo, se afirmaba que “el transporte aéreo de pasajeros se ha detenido casi por completo debido a la necesidad de distanciamiento social y las

restricciones a los viajes internacionales para contener su rápida propagación”. Como resultado, “las compañías aéreas de todo el mundo enfrentan presiones financieras extremas” (Marcontell *et al.*, 2020: 2). Los aeropuertos vacíos o cerrados se convirtieron así en una de las imágenes icónicas de este tiempo, como contrapunto al frenesí y el movimiento constante que les convirtió en símbolo de la aceleración característica del mundo globalizado. Los datos sobre evolución diaria del número de vuelos en el mundo desde el 1 de mayo de 2016 al 30 de junio de 2020 que ofrece la web de *Flightradar 24* resultan muy expresivos de la ruptura que supuso la pandemia, en especial las curvas de ajuste que identifican la evolución semanal durante estos años (Figura 2.2).

Figura 2.2. Evolución diaria y semanal del número de vuelos en el mundo, 2016-2020.



Fuente: Flightradar 24.

Frente a una tendencia consolidada al aumento interanual constante, con máximos en los meses de verano del hemisferio norte, desde comienzos de 2020 las cifras se mantuvieron estables hasta el 12 de marzo, que registró 179.920 vuelos (176.583 de promedio diario en la semana anterior). A partir de esa fecha, la difusión internacional del contagio y la suspensión generalizada de vuelos durante el siguiente mes, provocaron que el 12 de abril se alcanzase la cifra más baja, con 46.294 (65.837 de promedio diario en la semana previa), lo que equivale a una

reducción del 74,3%. El progresivo levantamiento de restricciones, ante la presión de muchos actores económicos y financieros para limitar los daños del colapso, recuperó la tendencia al aumento hasta el 30 de junio -última fecha considerada-, en que se contabilizaron 125.957 vuelos (125.065 en la semana anterior). Supone multiplicar por 2,7 las cifras de mediados de abril, pero aún se encuentra muy por debajo de las registradas en esa fecha los años anteriores, además de mantener la incertidumbre sobre posibles rebrotes que vuelvan a cuestionar esa recuperación.

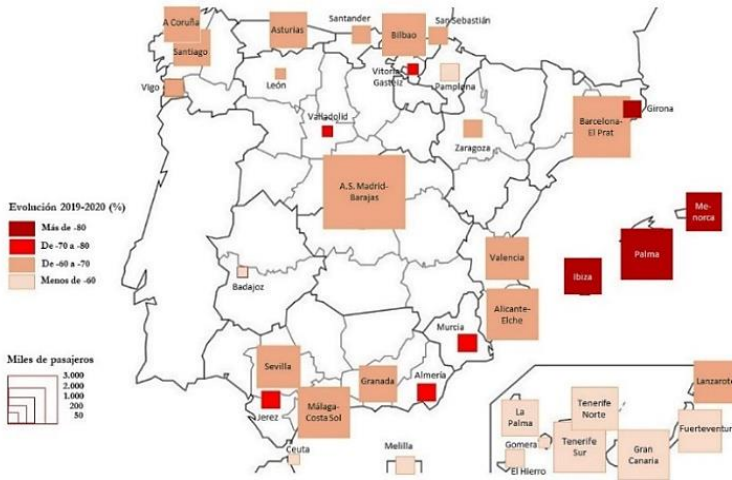
Por lo que se refiere a los aeropuertos, según el Consejo Internacional de Aeropuertos, “sin duda son críticos en el ecosistema del transporte aéreo, que es una pieza clave para las economías locales, regionales y nacionales, así como para las comunidades a las que sirven” (ACI, 2020). Para esta organización, que agrupa a 668 operadores que gestionan un total de 1.979 aeropuertos en 176 países, la previsión para 2020 supone unas pérdidas de 4.600 millones de pasajeros (-50,4%) y de unos ingresos cifrados en -97.000 millones de dólares (-56,7%), con la consiguiente crisis del cluster de actividades localizado en ellos (ACI, 2020b).

Por su parte, la red de aeropuertos españoles gestionada por AENA refleja también una crisis cuya rapidez y dimensión no tiene precedentes. Según los datos de esta asociación, de enero a junio recibieron un total de 43.478.075 pasajeros, lo que supone un descenso medio del 66% sobre el mismo periodo de 2019 (Figura 2.3). Tan sólo doce aeropuertos superaron el millón de pasajeros, concentrando el 90% del volumen total registrado, frente a la escasa actividad del resto, con los de Madrid (11,4 millones) y Barcelona (8,3) muy por delante de los aeropuertos correspondientes a áreas turísticas, situados a continuación: Gran Canaria (3,0), Málaga (2,8), Palma de Mallorca (2,4), Tenerife Sur (2,4) y Alicante (2,1).

Los mayores retrocesos, superiores al -80%, correspondieron a los aeropuertos de las islas Baleares y Girona, donde el inicio de la temporada turística en primavera se vio gravemente afectado, quedando a continuación otros de segundo nivel (Murcia, Almería, Jerez, Vitoria-Gasteiz, Valladolid). Por el contrario, fueron inferiores al -60% en los de las islas Canarias, más transitados en los meses de invierno (enero-febrero) y que, en algunas de sus islas más pequeñas, superaron antes la

situación de confinamiento. La mayoría de grandes aeropuertos conoció un retroceso próximo al valor promedio.

Figura 2.3. Tráfico de pasajeros en los principales aeropuertos españoles: primer semestre de 2020 y evolución 2019-2020.



Fuente: AENA y elaboración propia.

En consecuencia, la pandemia redujo de forma drástica la flota de aviones comerciales en servicio, obligando a estacionar a dos terceras partes de las aeronaves en funcionamiento durante el mes de abril, que fue el de paralización más acusada. Las pérdidas económicas por la falta de clientes, frente a la persistencia de elevados costes fijos, puso en riesgo de quiebra a numerosas aerolíneas, promoviendo el rescate con dinero público de algunas compañías de bandera como Lufthansa, Air France-KLM, Norwegian, Finnair, SAS o Alitalia y la propuesta en otras como Avianca, Air Europa o Latam.

Acorde con esta tendencia, en abril las dos mayores empresas aeronáuticas del mundo, Boeing y Airbus, anunciaron descensos de su producción estimados en un 30-50% según tipo de avión ante la caída de la demanda, lo que provocó de inmediato ajustes laborales en muchas de sus instalaciones, así como en las factorías de sus principales proveedores. En el caso del fabricante europeo, su previsión fue reducir 15.000 empleos antes del verano de 2021, de los que 900 corresponden a sus centros en España, al tiempo que su principal suministradora -la

empresa Aernnova, con sede en el País Vasco- anunció una pérdida de otros 950, de los que 650 en territorio español.

Pero si el freno a la movilidad ha tenido inmediata repercusión en las cadenas de producción y suministro de la industria, así como sobre los principales operadores del transporte, sus efectos han resultado aún más evidentes en el caso de los desplazamientos de personas, cualquiera que sea el motivo que los impulsa.

2.4. La brusca reducción del turismo internacional: el discurso de la amenaza.

Pocas cosas se han difundido con mayor rapidez en estos meses que la sensación de amenaza, vivida con especial intensidad en aquellas sociedades poco habituadas a sentirla y trasladada a múltiples discursos y acciones en los últimos tiempos. En el caso de la movilidad de la población, más allá de los efectos visibles de la epidemia, el temor al contagio ha tenido un efecto aún más intenso en la drástica reducción del número de movimientos, tanto por negocios, razones culturales o de ocio, como forzados por causas económicas o políticas.

En el caso del turismo internacional, se aprecian mensajes cruzados sobre las amenazas que, en momentos como el actual, puede conllevar ese tipo de desplazamientos. Por una parte, muchos países intentan protegerse del contagio de origen externo mediante el levantamiento de barreras a la entrada de turistas, con diferentes acciones destinadas a lograrlo. Por otro lado, son también numerosos los gobiernos que desaconsejan a sus ciudadanos el viaje hacia otros destinos, para evitar el peligro de importación del virus. El resultado ha sido la ruptura de una tendencia que parecía imparable a comienzos de este mismo año.

En efecto, las cifras del turismo internacional no dejaron de crecer en las últimas décadas, salvo por el breve paréntesis que provocó la crisis de 2008. Según la Organización Mundial del Turismo (UNWTO), el número de turistas que atravesaron las fronteras interestatales en 1950 apenas superó los 25 millones y esa cifra ya se multiplicó por diez en 1980. Desde entonces, como uno de los componentes del proceso de globalización, su crecimiento puede calificarse de espectacular, alcanzando los 682 millones el año 2000 y 917 en 2008, retroceder ligeramente a 883 en 2009 y alcanzar los 1.461 millones en 2019 (Tabla

2.2). En paralelo se modificó el mapa de destinos, pues si en 1950 y 1980 dos tercios de esos turistas se dirigieron a algún país europeo, en 2019 esa proporción se sitúa en el 50% del total, ante la progresiva emergencia de los destinos en Asia y el Pacífico (24,9%) y la persistente importancia de los dirigidos al continente americano.

Tabla 2.2. Evolución del turismo internacional, 1980-2019.

Región	Millones de turistas				% total mundial
	1980	2000	2009	2019(*)	
África	7,2	27,9	45,9	71,2	4,87
Oriente Medio	7,1	24,4	52,8	63,9	4,37
Asia y Pacífico	23,0	110,6	181,1	363,6	24,89
América	62,3	128,2	141,7	220,1	15,06
Europa	178,5	391,0	461,7	742,3	50,81
Total Mundo	278,1	682,1	883,2	1.461,0	100

(*) Cifras provisionales

Fuente: UNWTO. World Tourism Barometer, 2020.

Según el Consejo Mundial de Viajes y Turismo (WTTC), las actividades ligadas al turismo representaban algo más del 10% del PIB mundial (8,9 billones de dólares), con una proporción equivalente del empleo total (330 millones de trabajadores), de los que un 70% se repartieron entre los países de Europa, América del Norte y Asia Oriental, que fueron también los más azotados por la pandemia en sus primeros meses. Por su parte, España mantenía su segundo puesto mundial como receptor de visitantes extranjeros por detrás de Francia, con un total de 83,7 millones en 2019, un volumen de empleo directo estimado en 2,6 millones -aunque sometido a fuertes oscilaciones estacionales- y una aportación al PIB por encima del 12% (148.000 millones de euros), con una creciente especialización en este tipo de funciones dentro del ámbito internacional.

Ese incremento casi continuo tuvo como soporte tanto factores de demanda como de oferta. A la expansión de las clases medias y el aumento de sus ingresos, especialmente visible en las economías emergentes, se sumó el abaratamiento relativo de los transportes, con el auge de las aerolíneas de bajo coste como principal exponente, junto a las estrategias de los grandes operadores para ofrecer paquetes turísticos integrados y llevar a cabo agresivas campañas de publicidad.

El proceso tuvo un evidente efecto multiplicador sobre numerosas actividades directamente implicadas, desde agencias de viajes y operadores turísticos, a hoteles y alojamientos, empresas de transporte, bares y restaurantes, comercios mayoristas y minoristas, servicios ligados al ocio y al consumo, actividades culturales, etc. En contrapartida, también provocó una sobresaturación de determinados destinos (Dodds y Butler eds., 2019), un creciente deterioro ambiental y paisajístico asociado en bastantes casos a una urbanización y un desarrollo inmobiliario intensivos, además de contribuir a la gentrificación de ciertos espacios urbanos, tanto en las grandes metrópolis como en las ciudades patrimoniales. Tal como afirman Blanco y Blázquez (2020), “el turismo, desarrollado de manera adecuada como actividad económica complementaria, puede contribuir al mantenimiento de estructuras socioterritoriales equilibradas”, pero “hasta el principio de esta crisis, la producción de espacios de explotación turística intensiva derivó en situaciones de saturación (*overtourism*), por la extensión de la frontera para la acumulación de capital”.

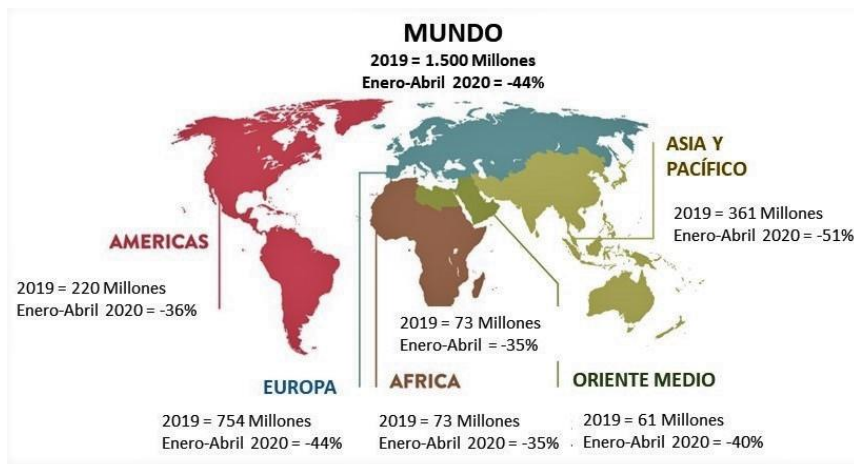
Parafraseando aquí una conocida canción de Carlos Puebla, en este contexto *llegó la pandemia y mandó parar*. El turismo se transformó en un destacado vector de propagación y, al tiempo, en un sector especialmente afectado, primero por las medidas tomadas para frenarlo, después por la aparición de rebrotes que limitaban su recuperación y, a más largo plazo, por la sensación de riesgo ahora asociada a los viajes, más aún a larga distancia y hacia territorios considerados poco seguros, o que pueden imponer a sus visitantes medidas de confinamiento en forma de cuarentena. El hecho de que los principales países de origen o destino de los turistas se cuenten -no por casualidad- entre los más golpeados por la enfermedad, no hizo sino agravar la situación, especialmente en aquellos destinos tradicionalmente masificados.

Por esas razones, su contribución a la actual crisis económica resulta muy evidente y eso alimenta un debate sobre su presente y su futuro que no puede/debe ser soslayado. Si bien el turismo global ya padeció otras conmociones en su pasado reciente, siempre mostró su capacidad de resistencia y rápida recuperación, pero en la actualidad esa resiliencia vuelve a ser cuestionada (Gösling, Scott y Hall, 2020). Así, por ejemplo, sobre un total de 217 destinos turísticos considerados los más importantes del mundo, a finales de enero la Organización Mundial del

Turismo comprobó que en 11 de ellos ya había restricciones para viajeros procedentes de China; cuando el 11 de marzo la OMS calificó oficialmente la COVID-19 como pandemia, esas restricciones afectaban ya a 85 destinos; a finales de abril se habían generalizado al 100% de los casos (UNWTO, 2020 y 2020b).

Esta situación inédita justificó que, en un informe del Consejo Mundial del Viaje y el Turismo (WTTC) publicado ese mes sobre los impactos previsibles de esas restricciones, la organización estimase para 2020 una reducción de 850 a 1.100 millones en las llegadas de turistas internacionales, equivalente a unas pérdidas de 2,69 billones de dólares en ingresos y la destrucción de unos 100 millones de empleos. Más allá de simples previsiones, sometidas a constante revisión, los datos del *World Tourism Barometer* para el primer cuatrimestre del año -el de mayor impacto hasta el momento- evidenciaron la profunda crisis del sector (Figura 2.4).

Figura 2.4. Evolución del flujo turístico por regiones del mundo: enero-abril 2020.



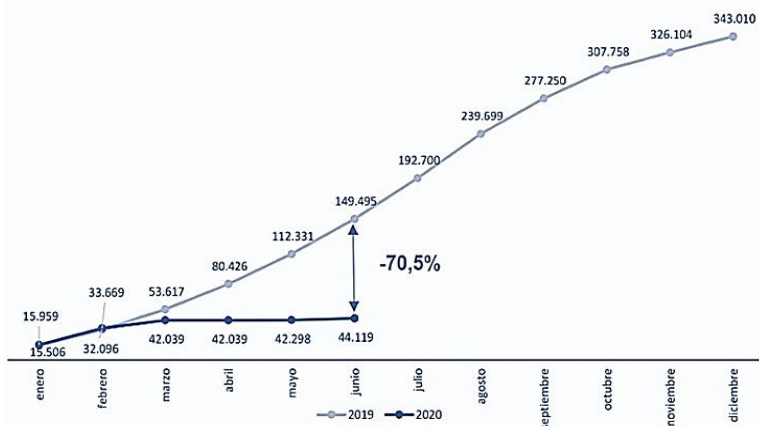
Fuente: UNWTO. World Tourism Barometer, 2020.

Sobre la cifra de 1.461 millones de turistas internacionales registrados en 2019, entre enero y abril se produjo un retroceso del 44% respecto al mismo periodo del año anterior, que fue más intenso en Asia y Pacífico (-51%) y en Europa (-45%) que en el resto, en paralelo al desplazamiento

de las ondas de difusión de la pandemia, a la espera de que el progresivo levantamiento de las restricciones a la movilidad pueda permitir cierta recuperación en el resto del año, algo por lo que los principales operadores del sector presionaron a los gobiernos.

Por su parte, en el caso español, durante el primer semestre de 2020 el número de viajeros en establecimientos hoteleros se redujo a 15,7 millones, un 68,5% menos que en el mismo periodo de 2019 y hasta el 73,3% en el caso de los visitantes extranjeros. Mayor fue aún la caída de las pernoctaciones en esos meses, limitadas a 44,1 millones frente a 149,5 un año antes (-70,5%), con una brecha que se fue ahondando desde marzo y en los meses siguientes, pues la recuperación fue moderada (Figura 2.5).

Figura 2.5. Miles de pernoctaciones en establecimientos hoteleros de España: enero 2019 a junio 2020

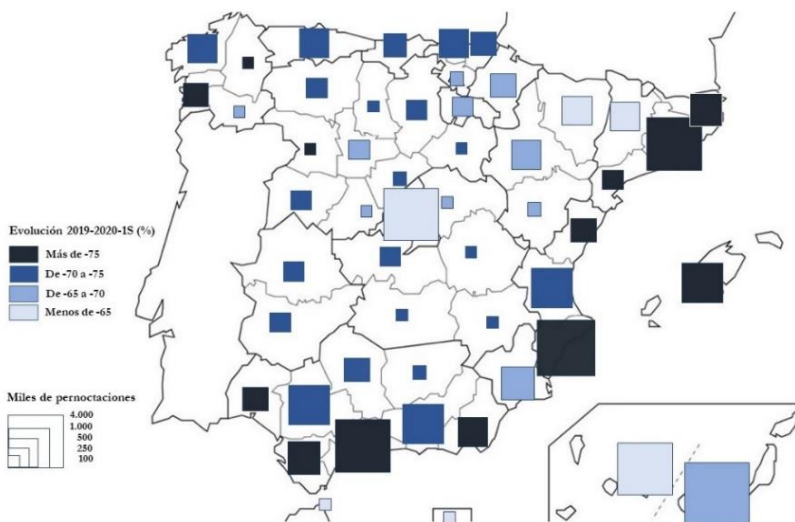


Fuente: INE. *Encuesta de Ocupación Hotelera*.

Cuando se territorializa esa información, se comprueba que en todas las provincias el retroceso superó el -50%, pero alcanzó el -96,1% en Baleares, mientras en otros destinos de la costa mediterránea como Tarragona, Girona, Almería o Castellón también estuvo por encima del -80%, al igual que en el litoral atlántico andaluz. La práctica ausencia de turistas internacionales desde marzo se compensó de forma limitada con los llegados en los dos primeros meses, por lo que su participación en el número de pernoctaciones se redujo un 5% respecto al año anterior (del

65,3% al 60,5%). Eso también explica que las dos provincias canarias se situaron entre las de caídas más moderadas (-66,0%), junto con Madrid (-61,5%), las ciudades autónomas y los destinos invernales de los Pirineos, con Huesca y Lleida por debajo del -55% (Figura 2.6).

Figura 2.6. Volumen y evolución provincial de pernoctaciones hoteleras, 2019-2020 (primer semestre).



Fuente: INE. *Encuesta de Ocupación Hotelera*.

Así pues, estos meses han puesto en evidencia que estos flujos masivos de población, convertidos en motor esencial para las economías de numerosos países, regiones y ciudades, son también un factor de riesgo cuando se superan ciertos umbrales y se apuesta por un *monocultivo* excesivo de un sector muy dependiente de factores externos cambiantes y de difícil control (de conflictos bélicos a catástrofes naturales, atentados terroristas, paridades monetarias, competencia de nuevos destinos y, ahora también, pandemias). Esto conlleva, además, un consumo masivo de recursos materiales, ambientales y paisajísticos, junto a la expulsión de residentes de determinados barrios centrales en proceso de gentrificación que debieran ser considerados en un balance global de beneficios y costes (Sorando y Ardura, 2016; Lew *et al.*, 2020).

Por otra parte, se comprueba también que la máquina del crecimiento económico en el capitalismo global necesita un movimiento constante de personas, capitales y mercancías, pues -como recuerda el texto inicial del capítulo- cualquier reducción de su velocidad puede provocar su caída (Latouche y Harpagès, 2011). Además del miedo personal al contagio, “la necesidad de un planeta habitable seguramente proporciona otra importante razón para repensar qué volumen de movimiento es sostenible” (Fletcher *et al.*, 2020). El problema no se vincula tanto al turismo en sí, como a sobreexplotación e hiperespecialización de determinados territorios, en un modelo que basa el éxito en el constante aumento del número de turistas recibidos, inmuebles construidos, consumo realizado, etc., bajo el falso supuesto de que *más* equivale siempre a *mejor*. Pero para que este momento sea de verdad un punto de inflexión, se necesitaría someter a un debate público y en profundidad los impactos de ese turismo masivo y sus alternativas (Hiernaux-Nicolas, 2020).

En momentos así, suele resultar útil mirar atrás para considerar las barreras que obstaculizaron hasta el momento una renovación en profundidad del sector, pese a las voces que la reclamaban desde hace tiempo. Porque con cada nueva crisis se vuelve a plantear el supuesto agotamiento del modelo turístico masificado de sol y playa, así como del turismo urbano descontrolado, lo que suele acompañarse de llamadas a la innovación y al desarrollo de redes de colaboración entre los diferentes actores implicados para construir sistemas productivos o *clusters* locales y regionales con ofertas renovadas y más diversificadas, empleo de más calidad, etc. Pero en esos momentos, las limitaciones impuestas por la situación de crisis y la prioridad concedida a lograr una recuperación rápida suelen imponerse y, una vez iniciada la reactivación, los grandes operadores que dominan el sector -desde operadores turísticos y cadenas hoteleras, a promotores inmobiliarios y plataformas de alquiler turístico- se apresuran a regresar a esa *normalidad* que les resultaba tan rentable, por lo que la mayoría de propuestas de cambio tienen dificultad para hacerse oír y, aún más, para materializarse.

De nuevo la pandemia saca a la luz la opinión de quienes consideran que el turismo tendrá que evolucionar forzosamente hacia una mayor sostenibilidad y hacia mayor peso relativo de los flujos de proximidad para recuperarse (Blanco Herranz, 2020), acelerando transformaciones

que ya se anunciaban. Pero, como afirma Bianchi (2020), “a pesar de diferentes señales de progreso, un cambio de paradigma sistémico hacia formas de turismo más sostenibles y equitativas sigue siendo inconsistente” y, además, “resulta obstaculizado por la búsqueda incesante del crecimiento y el papel integral del turismo en la continua expansión del capitalismo”.

Por tanto, la orientación que se adopte en cada lugar a favor de alguno de los modelos turísticos en disputa no se producirá de modo espontáneo e inevitable, sino como resultado de una pugna entre visiones, valores e intereses diferentes sobre hacia dónde orientar el turismo post-pandemia, decidiendo en consecuencia si somos capaces como sociedad de sacar alguna lección de lo ocurrido con esta crisis, como no lo fuimos con la inmobiliaria de hace poco más de una década. La opción seguirá estando entre ceder a las presiones de una parte mayoritaria del *lobby* corporativo, cuyas demandas vuelven a ser -una vez más- la reducción de cargas fiscales, así como de las normativas urbanísticas y ambientales limitadoras de la actividad, junto a una mayor flexibilidad de las relaciones laborales, frente a decisiones políticas que apuesten por *domesticar el turismo*, dando mayor importancia a “la proximidad, el control local y la economía complementaria” (Blanco y Blázquez, 2020).

2.5. Migrantes y pandemia: una relación olvidada.

En un país con una destacada presencia del turismo en su estructura económica y en el empleo total, es comprensible la especial atención que se presta a su actual crisis. Pero conviene recordar que el freno a la movilidad no sólo afectó a los viajes por motivo de ocio, negocio o estudios, sino que también ha tenido un notable impacto sobre aquellos desplazamientos -temporales o definitivos- por razones económicas, o como resultado de guerras, desastres ambientales, o persecuciones que conculcan los derechos humanos. Sin ignorar que, como señala Koslowski (2011: XII), “dado que la migración internacional contemporánea comienza a veces como viajes de turismo, negocios, educación o trabajo temporal, la de *movilidad global* es una categoría más inclusiva para comprender las dinámicas de la migración internacional”, pero aquí se optó por mantener las diferencias entre uno y otro tipo de desplazamientos.

El primer aspecto a destacar es que, pese al tradicional relato sobre su supuesta amenaza, que la extrema derecha y la derecha extrema utilizan a menudo, la pandemia no ha tenido como vectores significativos de contagio a los migrantes económicos y los refugiados (Banulescu-Bogdan *et al.*, 2020). Por el contrario, esta situación sí ha empeorado en bastantes casos sus condiciones de vida desde varios puntos de vista.

Tal como plantea Guadagno (2020), los inmigrantes asentados en países de destino de Europa o América del Norte, que estuvieron entre los más afectados en los primeros meses, se encuentran a menudo entre los grupos más vulnerables por sus deficientes condiciones de residencia y trabajo. Al mismo tiempo, los que aspiraban a entrar en esos países se han enfrentado al freno a su movilidad que supone el cierre de fronteras o las mayores dificultades administrativas para legalizar su estancia. A esas dos situaciones debe añadirse la de aquellos refugiados y demandantes de asilo, que deben permanecer en campos o asentamientos irregulares poco adecuados para cumplir las exigencias sanitarias e higiénicas impuestas por la pandemia. De la primera situación se tratará en el próximo capítulo, por lo que ahora se hará tan sólo una breve referencia a las otras dos.

Uno de los primeros efectos de la crisis sanitaria fue el aumento de los obstáculos a la entrada de extranjeros en numerosos países, con el cierre de fronteras decretado en más de 130 de ellos. Según la Organización Internacional de las Migraciones, entre el 11 de marzo -fecha de declaración oficial de la pandemia por la OMS- y el 8 de junio, se estima en 65.092 el número de personas que vieron detenido su desplazamiento, de los que 45.233 (70%) lo debieron a ese cierre de fronteras, mientras el resto se relacionó con el endurecimiento de los trámites administrativos o los controles médicos. En casos como el de la Unión Europea, la aplicación de políticas diferentes por parte de cada Estado para el control de esos flujos de llegada hizo aún más compleja la situación (Guerra, 2020) y facilitó un desplazamiento de las rutas migratorias más frecuentadas y, por ello, vigiladas. Por su parte, en el caso español es previsible que la *Estadística de Migraciones* del INE correspondiente al primer semestre de 2020 suponga una fuerte inversión de las tendencias alcistas de los últimos años, con 234.070 llegadas en ese periodo de 2017, que fueron 286.230 en 2018 y alcanzaron las 348.589 en el primer semestre de 2019.

Como consecuencia del confinamiento en los países de destino y de esas barreras de entrada, las remesas enviadas por los inmigrantes a sus países de origen se han visto muy mermadas. En un informe publicado el 22 de abril, el Banco Mundial estimó una caída del 20% para el año 2020, la más abrupta de las últimas décadas, con impactos muy negativos allí donde esos recursos permiten a sus familias superar situaciones de pobreza, comprar una vivienda, abrir nuevos negocios o aumentar el consumo, contribuyendo así a aumentar el PIB en una proporción superior a la representada por la inversión extranjera directa en el caso de los países de bajos ingresos.

Según muestra la Tabla 2.3., los más de cien mil millones de dólares que pueden perderse afectan a todos los países de renta media o baja, pero superan el 20% de pérdidas respecto al año anterior en Europa Oriental y Asia Central, África Subsahariana y Sur de Asia (KNOMAD, 2020).

Tabla 2.3. Evolución de las remesas internacionales, 2009-2020.

Países de renta media o baja	Miles de millones de dólares			Evolución 2019-20 (%)
	2009	2019	2020 (*)	
América Latina y Caribe	55	96	77	-19,3
Asia Pacífico	80	147	128	-13,0
Europa Este/Asia Central	36	65	47	-27,5
Oriente Medio/N. África	33	59	47	-19,6
Asia meridional	75	140	109	-22,1
África Subsahariana	29	48	37	-23,1
Total Mundo	307	554	445	-19,7

(*) estimación

Fuente: KNOMAD-Banco Mundial, 2020.

Situación especial es la que afecta a más de 26 millones de refugiados -además de 71 millones de desplazados internos- que vivían ya confinados antes de la pandemia, pero han visto a menudo agravada su situación por diversas razones, a menudo ignoradas cuando cada sociedad fija su atención en los problemas internos asociados a esta crisis. Como recuerda Katz (2020: 5), “el contagio provino de los viajeros y no de los refugiados”, pero eso no ha impedido que se incluyan entre los damnificados por el proceso.

Por un lado, en los campos de refugiados y en enclaves como el de la franja de Gaza son frecuentes las situaciones de hacinamiento, que no permiten mantener con facilidad las distancias de seguridad y la reducción de contactos recomendadas. El acceso al agua potable y las condiciones higiénicas tampoco suelen ser las deseables, al igual que una atención sanitaria ofrecida a menudo por ONGs, que añade a sus deficiencias habituales las específicas que se producen en el caso de contraer la enfermedad. Por último, en el caso de aquellas personas que pueden salir de los campos a trabajar, a menudo lo hacen en la economía informal y en la calle, lo que aumenta su exposición al contagio.

En resumen, en un engranaje que funcionaba a toda velocidad, la aparición del nuevo virus provocó un bloqueo que afectó de inmediato la movilidad e impactó de forma directa sobre aquellas actividades más dependientes de ella. Pero las secuelas de esa situación y el temor a un recrudecimiento de la enfermedad acabaron filtrándose al conjunto de la economía, el empleo y las condiciones de vida de buena parte de la población en sociedades muy diversas, provocando una nueva crisis, aún más generalizada e intensa que la que estalló en la primera década del siglo, aunque por causas muy diferentes. Pese a esas diferencias, de nuevo en esta ocasión la gravedad de la crisis parece resultar muy desigual según territorios, en función de su trayectoria previa, sus recursos y su capacidad de resistencia.

El siguiente capítulo abandona, pues, la mirada selectiva sobre ciertos sectores para considerar algunos de los principales componentes de la actual crisis sistémica y su particular geografía, aunque un diagnóstico más profundo exigirá aún tiempo, mejor información y mayor reflexión, un reto colectivo para quienes trabajamos en ciencias sociales al que las páginas que siguen intentan, sobre todo, animar.

CAPÍTULO 3

PANDEMIA, CRISIS SISTÉMICA Y NUEVAS DESIGUALDADES

“Las familias pobres se encontraban así en una situación muy penosa, mientras que las ricas no carecían casi de nada. Pese a que la peste, por la imparcialidad eficaz con que cumplía su ministerio, hubiera debido reforzar el sentido de igualdad entre nuestros conciudadanos, por el juego normal de los egoísmos hacía, por el contrario, más agudo en el corazón de los hombres el sentimiento de la injusticia. Quedaba, desde luego, la igualdad irreprochable de la muerte, pero esa nadie la quería”.

Albert Camus. *La peste*, 1947.

En estos últimos meses se han vuelto a multiplicar en nuestras sociedades las referencias a que de nuevo enfrentamos una situación de crisis, un concepto que alude tanto al deterioro de la economía y de la calidad de vida para una parte significativa de la población, con el consiguiente aumento del malestar social, como al cuestionamiento radical de un modelo de crecimiento y acumulación que muestra de forma descarnada sus debilidades. A partir de una crisis sanitaria, que puso en cuestión la preparación de muchos sistemas públicos de salud, se ha producido una crisis económica de grandes proporciones, que comenzó en los sectores más afectados por el freno a la movilidad para difundirse con rapidez al conjunto de la producción, el consumo, el intercambio y la financiación. A través, sobre todo, de su impacto sobre el empleo, esta difusión en cascada derivó en una crisis social con implicaciones políticas, que eleva con rapidez las cifras de población en riesgo de pobreza y exclusión, así como unas desigualdades entre grupos sociales y entre territorios asociada a su distinta vulnerabilidad frente a

una crisis que, por sus múltiples dimensiones, puede calificarse de Žsistémica.

La *Gran Recesión* que estalló en 2008 ya puso de manifiesto los límites estructurales del régimen de acumulación financiarizado y el modo de regulación neoliberal, dos componentes esenciales del capitalismo global de las últimas décadas (Méndez, 2018). Pese a ello, las respuestas predominantes se basaron en aplicar una sobredosis de financiarización y neoliberalismo, con las políticas expansivas de los principales bancos centrales para inyectar liquidez al sistema financiero mediante una masiva aportación de dinero ficticio a coste cero, junto a las políticas de austeridad fiscal y recortes sociales como principales exponentes.

Sin duda la pandemia es algo cuyo origen nada tiene que ver con el funcionamiento del sistema económico, las relaciones sociales o la situación geopolítica, pero su rápida expansión se ha visto facilitada por las debilidades previas de unas economías y unas sociedades que el virus ha mostrado con crudeza. Se ha escrito que “el orden mundial previo a la pandemia no era normal, sino letal” (Markus, 2020: 133), o que “el sistema económico global era un enfermo al que cualquier virus podía matar” (Álvarez Barba, 2020) y esa relación entre el pasado reciente y el presente merece una primera reflexión.

Al mismo tiempo, los diagnósticos sobre su significado se han multiplicado, desde aquellos que valoran esta crisis como un accidente -espectacular pero pasajero- que no pone en cuestión la solidez del sistema, hasta los que consideran que “perturba cada vez más el funcionamiento del mercado mundial” (Žižek, 2020: 27) y supone la implosión del modelo de capitalismo global. Al señalar que “la pandemia es la tumba de la globalización neoliberal” (Zibechi, 2020: 115), o hablar de la “muerte del neoliberalismo doctrinal” (López y Rodríguez, 2020) pero, por el momento, las evidencias van por detrás de las opiniones. Esa mirada crítica se amplía entre quienes, a la insostenibilidad económica, añaden la ambiental y la social, al afirmar con cierto tono organicista que “la Tierra ha alcanzado un grado de irritación extremo y el cuerpo colectivo de la sociedad padece desde hace tiempo un estado de estrés intolerable” (Berardi, 2020: 37).

Por último, esta nueva crisis tiene una traducción muy desigual entre territorios, cualquiera que sea la escala espacial de análisis que se aplique,

y una mirada superficial ya detecta que eso no guarda sólo relación con la gravedad del contagio, sino con un sustrato económico, social, político e institucional que en unos lugares acentuó su capacidad destructiva, mientras en otros encontró mayores defensas que limitaron sus impactos.

Con la misma provisionalidad ya señalada para anteriores capítulos, en este se comenzará recordando las debilidades del sistema económico previas a la pandemia, sus principales impactos sobre la economía global, así como sus consecuencias más acusadas sobre el empleo y el bienestar social. Se da también prioridad a las ideas generales que ayuden a comprender a comprender los procesos, al menos como hipótesis, sobre el análisis de una información aún escasa, dispersa y más basada en proyecciones de dudosa fiabilidad que en datos contrastados con la realidad, que tan sólo permitirá apuntar algunas tendencias generales y ciertos ejemplos a diferentes escalas.

Pero, tal como escribió José Saramago en su novela *La caverna*, “sabríamos mucho más de las complejidades de la vida si nos aplicásemos a estudiar con ahínco sus contradicciones”. Por ello, pese al notable déficit de información socioeconómica con una desagregación espacial suficiente, que se agrava para análisis de coyuntura como el que puede hacerse en este momento, la necesidad de conocer mejor la diversa vulnerabilidad de los territorios frente a esta nueva crisis, que refleja las contradicciones en los modelos de desarrollo aplicados, ha orientado una primera aproximación empírica a esta importante cuestión para el caso español. La combinación de diferentes indicadores, que buscan mostrar el impacto sociolaboral de esta crisis, permite calcular un índice de vulnerabilidad provincial que, pese a su limitación a lo ocurrido en el primer semestre de 2020 y sus amplias posibilidades de mejora futuras, sí muestra la utilidad e interés de incorporar una reflexión geográfica al diagnóstico de aquello que vivimos y transforma nuestras vidas, necesaria también para elaborar propuestas de futuro mejor fundamentadas.

3.1. Fragilidad y crisis del capitalismo global: nuevas evidencias.

La situación económica internacional previa a la aparición del nuevo coronavirus distaba mucho de ser positiva y los avisos de que la economía global avanzaba hacia una nueva crisis fueron numerosos. El progresivo estancamiento de las tasas anuales de crecimiento del PIB en

buena parte de los países, como medida habitual de la salud económica para el pensamiento ortodoxo, junto a una creciente sensación de incertidumbre en los mercados, fueron su principal reflejo, Como escribió Ontiveros (2019: 13), “la inseguridad global está ocupando un espacio cada día mayor en la vida de la gente. Influye en la actividad económica al sembrar la incertidumbre sobre las condiciones que determinan nuestro bienestar”.

Transcurrida poco más de una década desde el estallido de la anterior crisis y, tras una frágil y breve recuperación, el nuevo oscurecimiento del horizonte económico obedecía a diversas razones, que dieron origen a debates ajenos a los objetivos de este libro. Por esa razón, tan sólo se sintetizarán algunas de las ideas principales que ayudan a entender el impacto posterior de la nueva crisis.

Por una parte, desde el pensamiento crítico de base marxista era ya habitual la interpretación del proceso como reflejo de la decadencia de un sistema-mundo capitalista enfrentado a una progresiva reducción de las tasas de acumulación de capital y un crecimiento anémico del PIB por causas estructurales ligadas a la sobreproducción impulsada por la creciente competencia y la incapacidad del consumo para absorberla, junto al sobreendeudamiento de familias, empresas y Estados para alimentar la expansión a base de crédito (Arrighi, 2001; Brenner, 2009; Lapavitsas, 2016; Harvey, 2020...).

Pero, al aproximar la lente al análisis de lo ocurrido de forma específica durante la última década, diferentes autores ya alertaron del progresivo deterioro del sistema, que anunciaba la llegada de una crisis por causas como las siguientes:

- la inadecuada resolución de la crisis anterior, basada en una política monetaria expansiva de los principales bancos centrales, que aumentaron la oferta de dinero ficticio y permitieron así unos tipos de interés anormalmente bajos, manteniendo al sistema con *respiración asistida* (Arias y Riechmann, 2020) pero con un escaso reflejo sobre la inversión productiva de las empresas, frente a la aparición de nuevas *burbujas* de precios, tanto en activos financieros como inmobiliarios
- una paralela acumulación de deuda, tanto privada como pública, que alcanzó límites desconocidos hasta el momento, estimados en 253

billones de dólares en 2019, equivalentes al 322% del PIB total obtenido en el mundo ese año, consolidando así otro de los pilares característicos de una economía altamente financiarizada

- la agudización de la guerra comercial promovida por la administración Trump entre Estados Unidos y China para frenar su creciente primacía en sectores clave (telefonía móvil, tecnología 5G, automóvil...), pero también con la Unión Europea y otros países, mediante la reactivación de cierto proteccionismo arancelario que ya provocó una reducción del comercio internacional (-0,4%) en 2019 e incrementó las tensiones geopolíticas
- la persistencia del riesgo asociado a un sistema financiero que tan sólo incrementó ligeramente su regulación en el caso de la banca convencional (*Acuerdos de Basilea III*), pero mantuvo casi intactos los mercados de alto riesgo y las finanzas *offshore*, con los pujantes paraísos fiscales como mejor exponente de lo que Husson (2009) calificó como *capitalismo tóxico*
- la creciente evidencia de los límites ambientales del planeta, con el cambio climático como amenaza tangible, y la escasa voluntad de algunos grandes actores empresariales y políticos para afrontar una inevitable transición energética y el avance hacia economías menos depredadoras de recursos
- una desigualdad cada vez mayor como seña de identidad de este periodo de *capitalismo rentista* (Piketty, 2015), que a la injusticia social añade la ineficiencia económica a medio plazo, al frenar un crecimiento ordenado y más equitativo, al tiempo que la constante extensión del *precariado* (Standing, 2013) deteriora la productividad y la cohesión social
- la persistencia del neoliberalismo como fundamento ideológico de la ortodoxia económica y los intereses de los poderosos, pese a los elevados costes y el descrédito provocados por la responsabilidad que la desregulación de los mercados (de capital, trabajo, vivienda, suelo...) tuvo en la anterior crisis, junto al posterior impacto de los recortes presupuestarios amparados en el eufemismo de la *austeridad* y la privatización de servicios esenciales como la sanidad o la asistencia social, que resultaron trágicos en la actual.

Se produjo, pues, en estos años una multiplicación de desequilibrios subyacentes, bajo la aparente recuperación del crecimiento y los beneficios empresariales. En consecuencia, tal como ha señalado Juan Torres, el coronavirus se convirtió en un peligro para la situación económica “no sólo por lo que supone en sí mismo, sino porque aumenta mucho la degradación del sistema en su conjunto” (Torres, 2020: 19) y acentúa sus fallos latentes. Por eso, según opinaba en los inicios del proceso, “el virus es la pequeña mariposa de la teoría del caos: el suave movimiento que producen sus alas en una esquina del planeta, se está empezando a traducir en una tempestad a miles de kilómetros” (*Ibidem*: 22). Desde esta perspectiva, puede entenderse que la COVID-19 supuso la espoleta que hizo detonar una crisis que ya se apuntaba, aunque nadie podía prever la forma y dimensión que ha adquirido al pincharse la *burbuja de la aceleración* (Berardi, 2020: 41).

Esta crisis ha sido calificada por la actual directora del Fondo Monetario Internacional como especialmente compleja e incierta -por la interrelación entre problemas sanitarios y económicos- además de verdaderamente global, pues el virus se ha difundido a la casi totalidad de países y el temor a todos (Georgieva, 2020). Pero su verdadero impacto sólo podrá valorarse pasado un tiempo, cuando a los efectos a corto plazo que ya son visibles en estos meses -particularmente en sectores como los analizados en el capítulo anterior- se sumen aquellos otros de largo plazo y más persistentes (CEPAL, 2020). Por el momento son más abundantes las proyecciones que numerosos organismos nacionales e internacionales vienen haciendo y que suscitan cierta prevención ante sus periódicas modificaciones para intentar adecuarse a la rápida evolución de una realidad demasiado incierta. Por esa razón, aquí se plantearán tan sólo algunas tendencias generales que parecen consolidarse en el plano internacional, junto a una breve aproximación a la situación de España, que de nuevo se muestra como uno de los países europeos más débiles ante los efectos socioeconómicos de la enfermedad.

El punto de partida es constatar que esta crisis afecta, sobre todo, a todo el *círculo primario* de acumulación de capital, es decir, a la producción de bienes y servicios, la circulación, el intercambio, el consumo y la financiación, sumando lo que en términos económicos suele calificarse como un *shock de oferta* a otro, aún más acusado y persistente, *shock de*

demanda. Su intensidad final dependerá, sin duda, de la propia evolución y duración de la pandemia, así como de las condiciones internas de cada país o región y las políticas aplicadas en cada lugar, mostrando de nuevo la desigual respuesta de los territorios ante procesos en principio comunes. El reflejo de esta crisis, por tanto, se muestra progresivo en el tiempo y selectivo en el espacio, algo a veces ignorado por interpretaciones demasiado planas de una realidad poliédrica.

En todo caso, “la principal lección de la crisis financiera de 2007-2008 es que las grandes conmociones pueden tener consecuencias persistentes” (Estrada, 2020) y que un buen diagnóstico es necesario para aplicar luego una terapia adecuada. Como primera aproximación a ese diagnóstico, pueden resumirse algunas de esas grandes cifras a las que, a menudo, se presta escasa atención porque apenas se las dota de significado concreto para nuestra vida, pero que dibujan el escenario en que se desenvuelve la evolución de nuestro entorno más próximo y tangible.

En relación con la producción, resulta evidente que la reducción de la actividad, los cierres temporales o definitivos de empresas o de determinados establecimientos de las mismas, los ajustes de plantillas laborales, o el cese de actividad de muchos trabajadores autónomos se iniciaron con el confinamiento, se extendieron a la par que el virus y se han prolongado ante la recuperación lenta y sólo parcial de la demanda, sometida además a la constante amenaza de rebrotes infecciosos. Su reflejo inmediato ha sido la reducción del PIB mundial, cuyas previsiones han tendido a empeorar con cada nueva proyección.

Ya en abril, el Fondo Monetario Internacional pronosticó un cambio de tendencia en la economía internacional respecto a los últimos años, con una caída estimada del -3,0% (cuando en su informe de junio de 2019 preveía un crecimiento del 3,6%), que llegaba al -5,9% en Estados Unidos y al -7,5% en la Eurozona, siendo especialmente acusado en países como Italia (-9,1%) y España (-8,0%), que en esos momentos lideraban las cifras de contagios confirmados. No obstante, los valores negativos previstos eran también acusados en otras regiones como América Latina (-5,2%) y en países exportadores de materias primas y energía como Rusia (-5,5%) o Brasil (-5,3%), frente a un moderado crecimiento positivo en China (+1,2%), que ponía fin a un largo periodo de expansión acelerada (Gopinath, 2020). Tan sólo tres meses después, el informe del

Banco Mundial empeoraba aún más ese oscuro escenario, pero manteniendo las notables diferencias regionales ya apuntadas (Tabla 3.1).

Tabla 3.1. Evolución prevista del PIB mundial en 2020: tasas anuales (%).

Regiones	2019	2020
<i>Economías avanzadas</i>	1,6	-7,0
• Estados Unidos	2,3	-6,1
• Eurozona	1,2	-9,1
• Japón	0,7	-6,1
<i>Econ. emergentes/en desarrollo</i>	3,5	-2,5
• Asia Pacífico	5,9	0,5
• China	6,1	1,0
• Europa Este/Asia Central	2,2	-4,7
• América Latina	0,8	-7,2
• Oriente Medio/África N.	-0,2	-4,2
• Asia Meridional	4,7	-2,7
• África Subsahariana	2,2	-2,8
Total Mundial	2,4	-5,2

Fuente: Banco Mundial. *Global Economic Prospects*, junio 2020.

La economía mundial se enfrenta así a una recesión que amenaza con ser la más profunda desde el final de la Segunda Guerra Mundial, con una contracción prevista del PIB que ya se sitúa en el -5,2% (y hasta del -6,2% si se considera el PIB por habitante), frente al crecimiento del 2,4% en el año 2019. Eso triplica la intensidad de la recesión padecida en 2009 y muestra una mayor extensión territorial, pues afecta al 90% de los países del mundo. Esa pérdida de riqueza en 2020 equivale a borrar del mapa toda la producción generada en el continente africano, o la correspondiente a Brasil, Argentina, México y Chile, para comprender mejor unas pérdidas que multiplican por 3,5 veces el PIB de España.

Esa caída de la producción se estimaba en junio que sería máxima en los países de la Eurozona (-9,1%), muy afectados por el fuerte declive del turismo, la desarticulación de las cadenas de producción y suministro y la debilidad general de la demanda de servicios por la intensidad del contagio en sus mayores países. También era muy elevada en América Latina (-7,2%) por lo anterior sumado al descenso de precio en sus exportaciones de petróleo, productos minerales, agrarios y forestales. No

obstante, el agravamiento de la situación sanitaria posterior a ese mes, tanto en países latinoamericanos como en India, Rusia o Sudáfrica, entre otros, puede haber modificado la situación entonces prevista.

Esa recesión generalizada tiene un impacto evidente sobre el comercio internacional, que suele reaccionar con rapidez e intensidad ante las fases expansivas y recesivas de los ciclos económicos. La detención del crecimiento en 2019 se estima ahora que evolucionará hacia una reducción del -13,4% en 2020, cuestionando así -al menos de forma temporal- uno de los pilares del proceso de globalización. No obstante, según el informe anual de la Organización Mundial del Comercio (WTO), esa situación se repartirá de forma muy desigual entre regiones y países del mundo, con esas mismas asimetrías geográficas que suelen acompañar toda ruptura histórica. Así, por ejemplo, mientras las exportaciones de China aún se prevé que aumenten un modesto 2% por su parcial recuperación a partir del mes de abril, las de la Unión Europea pueden caer hasta un -11%, las de Japón un -16% y las de Estados Unidos un -29%. En el caso latinoamericano, las previsiones señalan retrocesos generalizados, de sólo el -6% en el caso de Chile (por el papel estabilizador de las exportaciones agroalimentarias frente a las de minerales), el -8% en Brasil, el -19% en Argentina y hasta el -41% en México, con el abaratamiento del petróleo y las dificultades a que se enfrentan buena parte de las industrias maquiladoras (WTO, 2020).

Los flujos comerciales transfronterizos han guardado de modo tradicional una estrecha relación con los de capital, bajo la forma de inversión extranjera directa. Pero el dinero y sus poseedores son proclives al miedo que desata una situación de elevada incertidumbre como la causada por la pandemia. En consecuencia, la Organización de Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo calcula un descenso del -40% en esas inversiones transfronterizas, desde los 1,54 billones de dólares en 2019 hasta una cifra situada en el entorno del billón este año (UNCTAD, 2020).

La aversión al riesgo ralentiza o detiene proyectos de inversión en infraestructuras, apertura de nuevos centros de trabajo y adquisición de empresas, tierras o inmuebles en otros países, que ya cayeron un -50% en el primer cuatrimestre de 2020 respecto al mismo periodo del año anterior y, por esa razón, regiones especialmente atractoras de este tipo de inversiones transnacionales como América Latina y Asia son las que

muestran ahora peores perspectivas (Tabla 3.2.), También se supera el retroceso medio en Europa, aunque aquí las inversiones inmobiliarias y en todo tipo de servicios ligados al turismo ganan peso relativo. Baste señalar que entre los nuevos proyectos de inversión transfronteriza, la UNCTAD registra los máximos retrocesos en actividades como hostelería y restauración (-94%), minería y extracción de petróleo (-74%), transporte y logística (-63%), o industria del automóvil (-50%). Por el contrario, el efecto sobre los trasvases de capital entre establecimientos de empresas multinacionales localizadas en diferentes países, para lograr su *optimización fiscal* mediante la compraventa interna de bienes y servicios a precios de transferencia ficticios y concentrar así sus beneficios en territorios de baja tributación, parece irrelevante. Se mantiene así una elusión fiscal legalizada -frente a la evasión fiscal, considerada ilegal- que sólo mediante políticas internacionales coordinadas, que busquen con seriedad evitar estas prácticas de competencia desleal entre países, podrá superarse, al margen de los efectos provocados por la pandemia.

Tabla 3.2. Flujos regionales de inversión extranjera directa previstos en 2020 (miles millones de dólares).

Regiones	2019	2020	Evolución (%)
Europa	429	240-300	-30 a -45
América del Norte	297	190-240	-20 a -35
América Latina	164	70-100	-40 a -55
Asia	474	260-330	-30 a -45
África	45	25-35	-25 a -40
Mundo	1.540	920-1.080	-30 a -40

Fuente: UNCTAD. *World Investment Report 2020*.

En este contexto general, España volvió a situarse entre los países europeos más afectados, ante la confluencia de diversos factores que acentuaron la recesión. En primer lugar, la situación sanitaria, pues en marzo-abril se convirtió en uno de los países con mayor número de contagios (totales y con relación a la población) y fallecidos, mientras a partir de julio también padeció una elevada cifra de rebrotes de la enfermedad. En segundo lugar, su elevada exposición como destino turístico de primer nivel, una economía cada vez más dominada por servicios orientados al consumo muy afectados por el descenso de la demanda interna y externa, junto a una integración en cadenas de valor

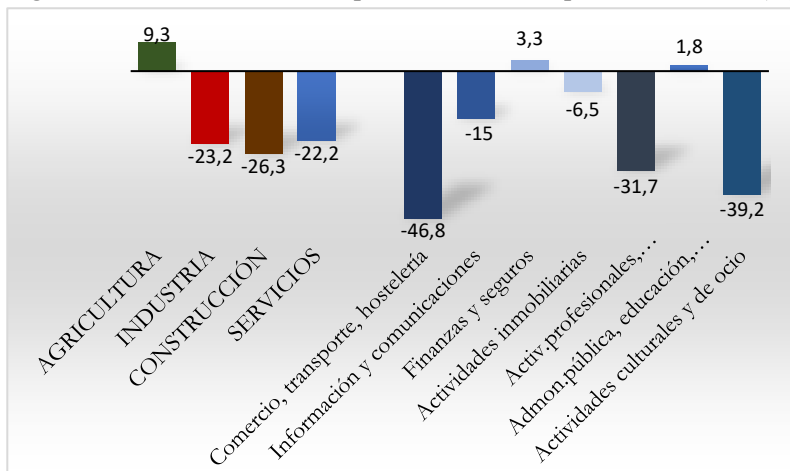
también en recomposición. Por último, un elevado número de microempresas y trabajadores autónomos con escasa capacidad de resistencia ante la caída brusca de ingresos. En consecuencia, ya en abril el Banco de España planteó unos escenarios de evolución económica para 2020 con caídas que se estimaban entre -6,8% y -12,4% según la duración de las medidas restrictivas a la movilidad y el grado de reactivación del turismo en la segunda mitad del año, con el -9,5% como escenario intermedio (Banco de España, 2020).

Aún son pocos los datos disponibles, pero las series trimestrales de la *Contabilidad Nacional de España* elaborada por el INE establecen un retroceso del -22,4% en los dos primeros trimestres respecto al PIB estimado al finalizar 2019 y del -21,1% sobre la cifra existente un año antes, algo desconocido desde hace bastantes décadas y que se espera reducir con una deseada recuperación en la segunda mitad del año. Frente a cierto incremento de la producción agraria, estimulada por la demanda interna, tanto la industria, como la construcción y los servicios registraron pérdidas en este último año bastante próximas (Figura 3.1). La novedad radica en que los servicios, que en crisis anteriores habían tenido un mejor comportamiento, cuentan ahora con algunas actividades situadas en el epicentro de la actual, con el comercio, transporte y hostelería (-46,8%) y las actividades culturales y de ocio (-39,2%) muy por encima del resto, aunque acompañadas por las actividades profesionales, científicas y técnicas (-31,7%), con una elevada proporción de titulados superiores, lo que amplía el espectro de la recesión.

La traslación de esta situación al plano comercial ha sido inmediata. Entre enero y mayo, los datos del Instituto de Comercio Exterior (ICEX) reflejan valores negativos del -17,1% en las exportaciones españolas y del -18,5% en las importaciones. La reducción de ventas al exterior afectó de forma significativa a los automóviles (-33,8%) y a los componentes y piezas para la automoción (-36,1%), al desarticularse en parte las cadenas de valor en que se integran las firmas multinacionales instaladas en el país y caer la demanda internacional de vehículos, por lo que las provincias más afectadas fueron aquellas con mayor presencia de las grandes plantas de ensamblaje y los proveedores de componentes (Palencia, Valladolid, Zaragoza, Araba, Barcelona, Valencia...). También fueron importantes los descensos entre provincias con importantes exportaciones del sector

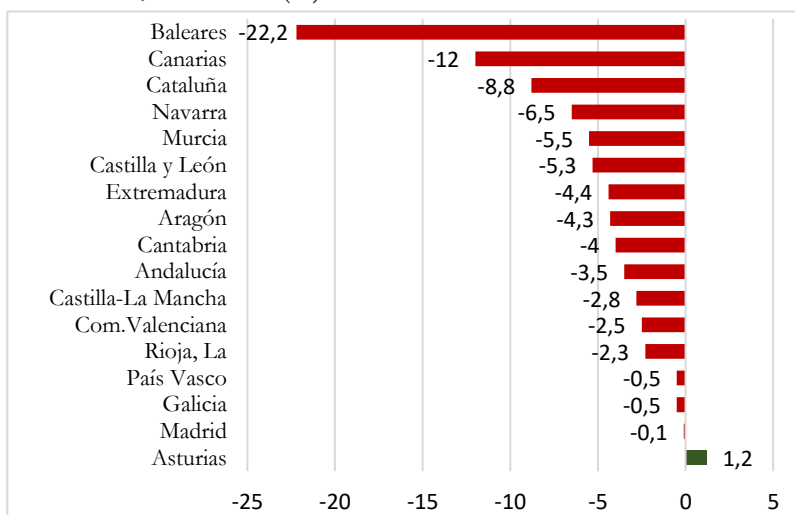
aeronáutico (Sevilla, Madrid, Araba...) y de confección-moda (A Coruña), con Airbus e Inditex como exponentes emblemáticos.

Figura 3.1. Evolución del PIB por sectores en España, 2019-2020 (%).



Fuente: INE. *Contabilidad trimestral de España*.

Figura 3.2. Evolución del índice comercial en España por Comunidades Autónomas, 2019-2020 (%).



Fuente: INE. *Índice de Comercio al por Menor*.

Por su parte, respecto al comercio interior, el índice de actividad comercial del INE registró ya una caída del -14,7% entre el mes de marzo de 2020 y el de 2019, que alcanzó el -31,5% en abril y se redujo desde entonces -en paralelo a la curva epidémica- hasta el -4,7% en junio. Una vez más, la práctica ausencia de turistas extranjeros en este último mes explica que la atonía comercial sea muy superior en los archipiélagos de Baleares (-22,2%) y Canarias (-12,0%), seguidos por Cataluña (-8,8%), que en el resto del territorio (Figura 3.2). La excesiva supeditación al gasto realizado por turistas británicos, alemanes, o de cualquier otra procedencia, puede provocar contratiempos como estos y ensombrecer el horizonte de futuro para lugares tan dependientes de su imagen de destinos seguros como son los de especialización turística.

3.2. Los mercados financieros e inmobiliarios ante una nueva crisis.

Pero no puede finalizarse una panorámica sobre los impactos económicos provocados por la pandemia sin una referencia explícita a los mercados financieros y el sector inmobiliario, principales protagonistas de la crisis anterior.

Los mercados financieros suelen calificarse como extremadamente volátiles, lo que significa que amplifican los cambios de tendencia dentro de los ciclos económicos, ya sea favoreciendo alzas especulativas en el valor de acciones de acciones, bonos o derivados en periodos de expansión, como hundimientos acelerados cuando se atisba una crisis y el dinero huye en busca de refugios más seguros (el oro, la tierra, los inmuebles, la deuda o la moneda de Estados solventes...), combinando así expectativas racionales con comportamientos dominados por la irracionalidad (Kindleberger y Aliber, 2012).

La crisis provocada por la pandemia ha tenido, en esencia, el mismo efecto que otras anteriores, pero una simple mirada a la evolución de las cotizaciones en dos índices bursátiles como el *Dow Jones* (DJIA) de la Bolsa de Nueva York y el *Ibex-35* de la Bolsa de Madrid -que pueden ejemplificar lo ocurrido en otros muchos casos- permite también constatar el alejamiento de la lógica que preside los mercados financieros de la *economía real* y la vida de la mayoría, así como también su incidencia sobre ambas (Méndez, 2018). Si se analiza la evolución en el último año,

entre agosto de 2019 y de 2020, puede observarse un aumento constante de las cotizaciones hasta el mes de febrero, sin apenas considerar la progresiva detención de la economía global ni la situación epidémica en China desde comienzos de año (Figura 3.3). Pero la llegada del coronavirus a Europa y Estados Unidos desató todas las alarmas de los inversores y en apenas un mes los valores bursátiles -y con ello la riqueza de sus propietarios- se desplomaron, un 36,8% en el caso del *Dow Jones* y un 35,4% en el del *Ibex-35*.

Figura 3.3. Evolución de índices bursátiles en 2019-2020: *Dow Jones* (Nueva York) e *Ibex-35* (Madrid).



Fuente: investing.cominsalvable.

Las políticas expansivas de los bancos centrales tras la crisis de 2008, que habían inundado de dinero a coste muy bajo estos mercados para reanimarlos, se muestran ahora como frágiles pilares de la reactivación económica en el decenio anterior a 2020 pues, como afirma Han (2020: 119), “la arriesgada política monetaria de los bancos emisores ha

generado en los últimos años un pánico reprimido que estaba aguardando al estallido. Probablemente el virus no sea más que la pequeña gota que ha colmado el vaso”.

Pese a ello, una vez más, las medidas adoptadas de nuevo por los grandes bancos centrales (Reserva Federal de Estados Unidos, Banco Central Europeo, Banco de Inglaterra, etc.), organismos como el Fondo Monetario Internacional y diferentes gobiernos repiten la estrategia monetaria como terapia de urgencia para atender al enfermo, sin afrontar verdaderas reformas estructurales en el modelo de capitalismo financiarizado, neoliberal y global, que desde hace tiempo provoca un creciente malestar (Stiglitz, 2002), pero cuenta con el soporte de poderosos intereses para mantenerlo. La nueva inyección de dinero se ha producido, sobre todo, mediante bajadas generalizadas de los tipos de interés, la compra masiva de acciones y bonos para frenar su caída y beneficiar así a sus propietarios, o la emisión y compra de deuda pública para atender las necesidades sociales urgentes, con la posible amenaza de recortes futuros de servicios para reducir el endeudamiento.

El resultado fue una recuperación rápida de los valores bursátiles, que alcanzó el 49% en el caso del *Dow Jones* entre el 23 de marzo y el 10 de agosto, por tan sólo el 13,5% en el del *Ibex-35* ante las debilidades que muestra la recuperación económica en España. Se produce así la flagrante contradicción de que, por ejemplo, en Estados Unidos desde finales de marzo y hasta finales de julio, mientras los fallecidos por coronavirus pasaban de 4.241 a 155.116 y los contagiados alcanzaban los cinco millones, al tiempo que más de 50 millones de personas solicitaban el subsidio por desempleo, con una tasa de paro que llegó al 14,7% en abril -la más alta desde la *Gran Depresión*- y aún sigue por encima del 10%, con el paralelo aumento de las situaciones de pobreza, la euforia volvía a Wall Street. En ese lugar emblemático del capitalismo financiarizado, en estos meses se han hecho grandes negocios y fondos de inversión con ingentes cantidades de recursos captados de bancos, aseguradoras, fondos de pensiones o grandes fortunas, han adquirido importantes paquetes de acciones previamente devaluadas y reforzado así su poder. Según el informe publicado a finales de abril por el Institute for Policy Studies, los 614 milmillonarios de Estados Unidos aumentaron su fortuna en 282.000 millones de dólares entre el 18 de marzo y el 10 de abril de este año, y apenas ocho de ellos lo hicieron en 28.160 millones, en buena medida

gracias a esa rápida recuperación de los valores bursátiles (Collins *et al.*, 2020). Parece evidente que entre la economía financiera y la economía moral sigue observándose demasiado a menudo un abismo que se antoja insalvable.

Por último, sin duda otra de las tendencias que mejor define la evolución del sistema capitalista en estas últimas décadas ha sido la creciente atracción del capital por los activos inmobiliarios y la urbanización del territorio, como forma de alimentar un *círculo secundario* de acumulación de capital que compensa, en parte, las debilidades del primario (Lefebvre, 1983; Harvey, 1985). La inversión inmobiliaria actúa también a veces como sector refugio para un capital nómada en busca de la seguridad asociada a un activo tangible, pero la paralización parcial de las ciudades en estos meses y la recesión posterior parecen haber detenido también -al menos de forma momentánea- la dinámica expansiva de los últimos tiempos.

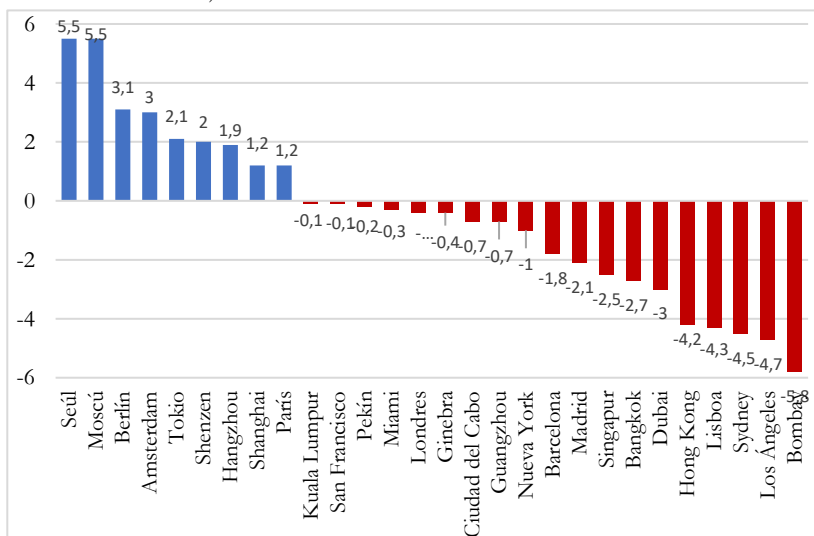
Aún son escasos los datos disponibles sobre la evolución del inmobiliario en el plano internacional, pero todos apuntan a un freno de la inversión, la promoción de nuevos proyectos y las compraventas de suelo e inmuebles, frente a una estabilización de los precios. Como señala una importante consultora internacional, “la razón por la que la crisis del coronavirus no parece haber tenido mucho impacto en los precios de la vivienda por el momento es relativamente simple: el inmobiliario no ha perdido su atractivo para los inversores en este tiempo. Una vivienda puede considerarse una inversión estable en tiempos de crisis” (Engel&Volkers, 2020). Así pues, para quienes consideran la vivienda una simple mercancía de la que obtener rentabilidad y no un derecho de ciudadanía, parece predominar hasta el momento la idea de que la tormenta pasará pronto, sobre todo en las grandes ciudades, por lo que nos enfrentaríamos más bien a una ralentización en este año que a una devaluación como la vivida hace ahora una década.

No obstante, lo ocurrido en el primer semestre del año sí ha supuesto un evidente cambio de tendencia en la espiral de crecimiento de los precios del inmobiliario residencial en estas metrópolis -que suelen ser las analizadas por los consultores internacionales, dejando en la oscuridad al resto de ciudades-, pero con notables diferencias entre ellas.

De este modo, el último informe publicado en agosto por la consultora Savills, que considera los mercados residenciales de primer nivel en 28 metrópolis del mundo, constató una caída media del -0,5% en el valor de los inmuebles entre diciembre de 2019 y junio de 2020 -la primera desde el año 2009- y del -1,1% en el caso de los alquileres (Savills, 2020).

Ese descenso fue máximo en ciudades de países muy golpeados por la pandemia y en aquellas donde los compradores internacionales y las compras corporativas tienen mayor importancia. En el caso de los precios de venta, sólo aumentaron en 9 de las 28 metrópolis, con Seúl y Moscú a notable distancia del resto, mientras Los Ángeles y Bombay ocupan el extremo opuesto (Figura 3.4). Entre las ciudades europeas analizadas, la evolución ha sido también dispar, con valores positivos en Berlín, Amsterdam y París, estabilizados en Londres y Ginebra, y negativos en Barcelona, Madrid y Lisboa.

Figura 3.4. Evolución del precio de la vivienda en metrópolis del mundo: diciembre 2019 a junio 2020.



Fuente: Savills. *Savills Prime Index: World Cities*, Agosto 2020.

De nuevo el mercado inmobiliario español parece ser uno de los más afectados, frenando la reactivación del sector iniciada en 2014 (Méndez,

2019). En el caso de la vivienda, el informe publicado en agosto por el Banco de España (2020b) constató una caída de la inversión del -7,2% en el primer trimestre del año y hasta el -31,6% en el segundo, con un retroceso de las ventas y una estabilización de los precios. Las graves incertidumbres de futuro que frenan las compras de los grandes inversores, el deterioro de la situación laboral y la reducción de ingresos para una parte de la población, que hacen lo propio con las de particulares, junto a la detención de la demanda extranjera de segundas residencias, se suman para explicarlo y justifican el mejor comportamiento relativo de la vivienda en alquiler.

Los datos oficiales de la *Estadística de Vivienda* sólo alcanzan, por el momento, hasta el primer trimestre de 2020, lo que apenas apunta lo ocurrido en los inicios de la crisis sanitaria, pero permiten ya esbozar algunas tendencias a la espera de que datos posteriores las confirmen o revisen. Así, las viviendas iniciadas en esos meses fueron sólo 17.554, lo que supone un -33,4% respecto al primer trimestre del año anterior, con máximo retroceso en la región metropolitana de Madrid (-78,8%) y descensos también superiores al -50% en otras provincias turísticas del litoral mediterráneo (Málaga, Almería), junto a Navarra y Bizkaia. Por su parte, las ventas sólo alcanzaron las 116.070 viviendas, un -59,7% menos que en el primer trimestre de 2019, con un reparto mucho más homogéneo en este caso, pues todas las provincias registraron pérdidas comprendidas entre el -50% y el -70% ante la escasez general de compradores. Por último, el valor tasado de las viviendas frenó su ritmo ascendente sólo en marzo, por lo que el retroceso del trimestre considerado en conjunto sólo fue del -0,8% respecto a diciembre, con caídas superiores al doble de esa cifra en seis provincias del litoral mediterráneo (de Tarragona y Castellón, a Alicante, Almería, Málaga y Baleares), junto a Madrid y otras de las regiones interiores menos dinámicas (Cuenca, Albacete, Huesca, Lleida), de nuevo junto a Navarra y Bizkaia.

Pero el impacto de la COVID-19 también se aprecia en otros segmentos del mercado inmobiliario, que evolucionan de forma contrastada en la actualidad ante el replanteamiento de sus estrategias por promotoras, SOCIMIs y fondos de inversión, actores hoy protagonistas en España de las dinámicas del sector (Gesvalt, 2020; CBRE, 2020).

Por un lado, el suelo y las naves logísticas aumentan su demanda tras el incremento de las compras *online* durante el confinamiento y las buenas perspectivas para el comercio electrónico, planteándose una creciente demanda para instalar centros de distribución complementarios de proximidad (*city hubs*), que faciliten el reparto interno, en áreas más próximas al centro de las ciudades que las actuales plataformas suburbanas o periurbanas. Como contrapunto, los centros y locales comerciales apuntan a una peor evolución por esas mismas razones y la moderación del consumo, algo que se acentúa en el caso de los hoteles ante las limitadas perspectivas de reactivación del turismo internacional en el corto plazo. Por último, en el caso de las oficinas también parece observarse una menor contratación, junto a la necesidad de reorganizar la oferta actual ante el crecimiento del teletrabajo, si bien los edificios de oficinas de nivel *prime*, en las áreas más valoradas de las grandes urbes, y los espacios de *coworking* para autónomos vinculados, sobre todo, con las tecnologías digitales muestran una mejor perspectiva en esta era post-COVID aún en sus inicios.

En definitiva, aunque el inmobiliario no actúa ya como punta de lanza de esta nueva crisis, esta provoca una reestructuración de la actividad, una adaptación de las estrategias de sus principales actores y cambios en el mapa de su distribución ante la desigual de los territorios, una cuestión a abordar con más precisión en el último apartado de este capítulo. Pero antes de eso no puede dejarse de lado el impacto de la pandemia sobre el empleo, que traduce al plano social la crisis que se vive en el ámbito económico y permite, por ello, *humanizar* muchas de las cifras anteriores al traducirlas en el deterioro que buena parte de la población enfrenta ahora en sus condiciones de vida.

3.3. Impactos asimétricos sobre el empleo y nuevas brechas sociales.

Resulta indudable que la pandemia está generando un impacto muy negativo sobre múltiples actividades económicas y sobre la credibilidad del propio sistema, pero las consecuencias más tangibles de esta situación para buena parte de la ciudadanía se evidencian a través del empleo. Como se afirmaba en un documento publicado por la Conferencia Económica para América Latina y el Caribe hace unos años, el mercado

laboral “proporciona la fuerza de trabajo necesaria para cualquier proceso productivo y crea los empleos que generan, para la gran mayoría de los hogares, los ingresos que representan su principal sustento y el motor para el progreso material. En segundo lugar, la manera en que se distribuye el valor agregado generado por el empleo influye en la distribución de los ingresos, por lo que representa la llave maestra para la igualdad. Finalmente, para la gran mayoría de la población el empleo sigue siendo el eje de la integración social, una fuente de sentido para la vida personal y un espacio para la participación ciudadana” (CEPAL, 2017: 9).

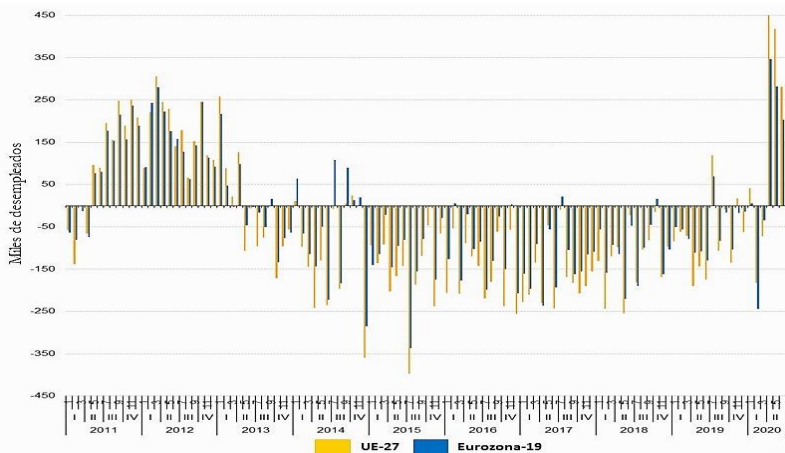
Por esa razón, la cantidad, calidad y evolución del empleo, los niveles de desempleo, las relaciones salariales, así como la seguridad y estabilidad en el puesto de trabajo son indicadores esenciales para valorar el desarrollo socioeconómico de los territorios, su inserción más o menos favorable en el sistema mundial y su sostenibilidad a medio o largo plazo. Son muchas las evidencias de que la COVID-19 ha quebrado el crecimiento económico, pero resulta esencial comprobar en qué medida afecta también a la inclusión social y para ello una aproximación a los cambios provocados en el empleo puede resultar de especial utilidad.

El cierre de los centros de trabajo provocado por el confinamiento de la población y las limitaciones para su reapertura, ante la persistencia de riesgos para la salud o la quiebra de las empresas, ha afectado durante algún periodo en estos meses al 93% de los trabajadores del mundo, según la Organización Internacional del Trabajo. Su efecto inmediato ha sido la destrucción de empleos, que en su informe del mes de marzo esta organización estimó que afectaría a unos 13 millones en 2020, una cifra que fue incrementando de forma drástica en cada nuevo informe mensual hasta los 480 millones de empleos perdidos (equivalentes a tiempo completo, de 40 horas semanales) del publicado en junio.

A diferencia de la crisis financiera de 2008, que aumentó el desempleo mundial en 22 millones, en este caso el impacto resulta mucho mayor, más rápido y afecta a todas las regiones del mundo. Más allá de las cifras concretas, variables según la intensidad del impacto en cada lugar, la evolución mensual del número de desempleados en la Unión Europea durante la última década es buen exponente de una tendencia cíclica bastante común a todas las economías capitalistas, con un aumento en los inicios del periodo por las secuelas de la crisis financiera, una

reducción posterior que tendió a atenuarse en 2018-2019 por la ralentización de la economía mundial, y un brusco ascenso en el primer semestre de 2020 (Figura 3.5).

Figura 3.5. Evolución mensual del desempleo en la Unión Europea, 2011-2020 (junio).



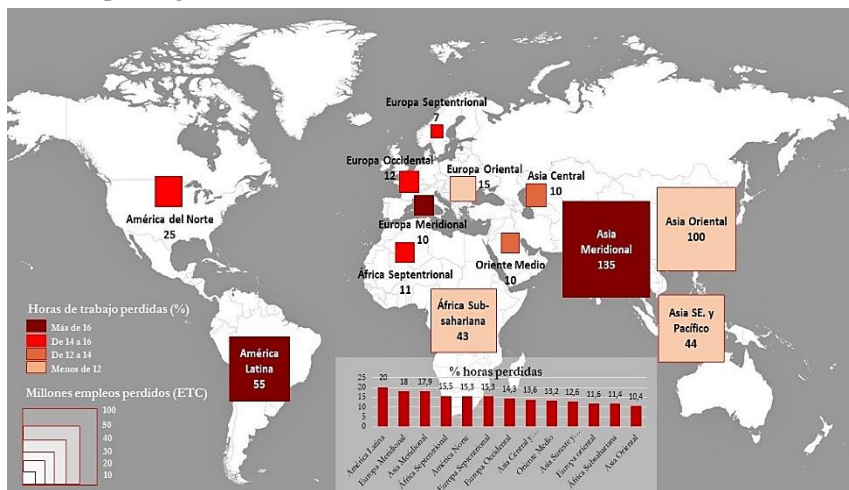
Fuente: Eurostat. *Euro area unemployment*.

Pero, con ser importante, el volumen total de desempleo o la tasa de paro no resultan un indicador muy adecuado para una comparación a escala mundial, pues la respuesta a la pandemia ha sido diferente según el marco institucional que rige el mercado de trabajo en los diferentes países, lo que cambia el significado de esas cifras. En buena parte de lo que las estadísticas internacionales llaman mundo *en desarrollo*, la inexistencia de subsidios al desempleo provocó que muchas personas que perdieron su trabajo pasasen a estar inactivas en las estadísticas oficiales, o aumentasen la ya elevada cifra de empleo informal y de subempleo. En otros países, en cambio, las políticas de protección posibilitaron el cese temporal de actividad de las empresas, pero manteniendo los contratos y pagando buena parte de los salarios con dinero público, lo que también moderó el incremento de las cifras oficiales de desempleados. Sólo en aquellos otros países -con Estados Unidos como principal exponente- donde no se dieron esas condiciones, los cierres empresariales se tradujeron de inmediato en una fuerte elevación de las tasas de paro.

Por esa razón, las estimaciones de la OIT fijan más su atención en las horas de trabajo perdidas, calculando luego su traducción en empleos a tiempo completo (en semanas de 40 y de 48 horas), lo que puede permitir una comparación interregional más aproximada. Con estos criterios, en el primer trimestre del año se perdieron en el mundo un 5,4% de las horas de trabajo, equivalentes a 185 millones de empleos a tiempo completo, pero en el segundo trimestre esos valores casi se triplicaron, con el 14,0% de horas perdidas, equivalentes a 480 millones de empleos, unas cifras desconocidas desde que existen estadísticas (OIT, 2020).

Pero esos simples números no tienen el mismo significado en todos los territorios, pues la gravedad que reviste la pérdida de horas de trabajo es máxima en aquellos lugares en que predomina el empleo informal, donde la mayoría de trabajadores vive al día, sin ningún tipo de cobertura ni alternativa de ingresos si se abandona la actividad. Por esa razón, el impacto cualitativo del coronavirus ha acentuado el desastre social a medida que afectaba con especial intensidad a los países latinoamericanos, del sur de Asia y, ahora también, del continente africano, donde la proporción de horas perdidas y el volumen total de afectados respectivamente es mayor (Figura 3.6).

Figura 3.6. Horas de trabajo y empleos perdidos en el primer semestre de 2020 por regiones.



Fuente: OIT. *Observatorio de la OIT* y elaboración propia.

La traducción directa de ese deterioro en las condiciones laborales ha sido un paralelo aumento de la pobreza, al menos de la estimada en términos monetarios, pues sobre la evolución de lo que el Programa de Naciones Unidas Para el Desarrollo (PNUD) llama pobreza multidimensional, que combina diez indicadores, no existe por el momento información disponible.

Ya a principios de abril, el Instituto Mundial de Investigaciones en Economía del Desarrollo y la Universidad de Naciones Unidas realizaron una estimación con diversos escenarios posibles para 2020. Limitándonos aquí a considerar el escenario intermedio, con una caída del PIB *per capita* en el mundo del -10%, consideraron que la pobreza extrema (menos de 1,9 dólares al día) alcanzaría a 899 millones de personas, el 12,2% de la población mundial, con un aumento de 172 millones sobre el año anterior (+23,6%). Al ampliar el objetivo hasta incluir la pobreza moderada (menos de 5,5 dólares al día), el número se elevaba a 3.443 millones (46,8% de la población), con un aumento de 250 millones respecto a 2019 (+7,8%), de los que 95,7 correspondían a Asia Oriental, por encima de Asia Meridional (73,6), África Subsahariana (24,8) y América Latina (23,5), que le seguían en importancia (Sumner *et al.*, 2020).

La negativa evolución de los contagios justifica que una estimación bastante más optimista publicada por el Banco Mundial tuviera que modificarse en muy poco tiempo, pues si en abril limitaba el aumento de la pobreza extrema a unos 30 millones de personas, en junio la elevó a 71 millones y hasta 177 si se amplía el objetivo para incluir hasta la pobreza moderada (Gerszon *et al.*, 2020). Más allá, pues, de estimaciones no coincidentes y cambiantes, lo que resulta innegable es el aumento de la inseguridad en el empleo, con sus secuelas de precariedad y pobreza, aunque esa tendencia general está sometida a fuertes contrastes sociales y espaciales.

En estos meses se ha repetido la idea de que el virus no distingue entre clases sociales o grupos profesionales, pero las consecuencias socioeconómicas de la enfermedad que provoca sí son muy diferentes y el empleo es, sin duda, un excelente banco de pruebas a cualquier escala que se analice. De este modo, “las repercusiones económicas y sociales se filtran a través de las discriminaciones *de costumbre*, que en todas partes quedan en evidencia” (Harvey, 2020: 92), razón por la que este autor

habla de “una pandemia de clase, género y raza” (*Ibidem*: 93). Tal como tituló Fernández Enguita (2020) uno de sus textos, “una pandemia imprevisible ha traído la brecha previsible”.

La destrucción de empleos muestra un primer contraste según actividades, afectando en mayor medida a aquellas más vinculadas -de forma directa o indirecta- con la movilidad humana y a numerosos servicios dependientes del nivel de consumo de la población, que son intensivas en el uso de mano de obra. Pero tan importantes como esas asimetrías son las que afectan a los denominados *grupos de riesgo*, identificados habitualmente con las mujeres, los jóvenes (en especial los de escasa formación) y los inmigrantes, a los que en buena parte del mundo se añaden los trabajadores de la economía informal. Cuarenta años de neoliberalismo rampante han fragilizado las condiciones laborales en muchas sociedades, con especial incidencia en estos grupos de población, y la crisis provocada por la pandemia parece reforzar ahora algunas de las debilidades ya visibles con anterioridad.

En el caso de las mujeres, esta nueva crisis incide de forma negativa en su situación laboral y amenaza con ampliar en bastantes casos la brecha de género existente en muchas sociedades (OIT, 2020). Por un lado, la proporción de mujeres es elevada en algunos de los sectores que han destruido empleo con mayor rapidez como la hostelería y la restauración, el comercio minorista, los servicios personales y de cuidados, o la cultura y el ocio, además de los servicios administrativos, que representan un 40% del empleo femenino en el mundo por tan sólo un 36% en el caso de los hombres. Por otro, su presencia relativa es aún mayor en el servicio doméstico, también muy afectado por el confinamiento, que se enfrenta al riesgo de perder más del 70% de todos sus empleos. Finalmente, las mujeres también suponen un 70-80% de los trabajadores del sector sanitario -sobre todo enfermeras y auxiliares- y de asistencia social, que han estado en primera línea para contener el contagio y expuestos a mayores riesgos, sin olvidar que muchas mujeres atienden en mayor medida que los hombres las tareas de cuidados no remunerados en el hogar y han debido incrementarlas tras el cierre de los centros educativos y el confinamiento domiciliario. Por todas esas situaciones, la OIT concluye que “podrían provocar un retroceso con respecto a los avances en materia de igualdad de género logrados hasta ahora en el mercado laboral y exacerbar la disparidad” (OIT, 2020: 12).

La presencia de la mujer también es elevada entre los trabajadores informales que integran la llamada *economía sumergida*, que en la mayoría de países del Sur Global ocupa entre la mitad y las tres cuartas partes de la fuerza de trabajo total. En estos casos, a su mayor exposición al contagio se añade la dificultad para abandonar el trabajo por sus limitados ahorros para soportar largos periodos de inactividad y la absoluta falta de prestaciones sociales. En consecuencia, la vida cotidiana de los trabajadores informales y de otros que viven en condiciones precarias no puede detenerse para sobrevivir. Eso convierte a muchas periferias de las grandes megalópolis del mundo en lugares donde la crisis social urbana preexistente acentúa sus contradicciones (Carlos *et al.*, 2020). Por ello, la presión para recuperar la actividad por razones de supervivencia se acentúa en paralelo al riesgo y ese parece ser un factor fundamental del rápido aumento de contagios y fallecidos en países de América Latina, Asia Meridional y África.

Un tercer grupo a mencionar son los jóvenes, a los que la OIT aplicó el calificativo de *generación del confinamiento* (OIT, 2020b), pues a la interrupción parcial de sus programas educativos para quienes estudian se suma su mayor precariedad laboral, que en las últimas décadas ha escalado posiciones para afectar también a ocupaciones cualificadas, y ahora facilita la desaparición de esos empleos. A eso se añade el aumento de las habituales dificultades de inserción laboral en un contexto recesivo como el actual para quienes buscan su primer empleo. Además, en 2019 casi un 77% de los jóvenes del mundo con menos de 25 años trabajaba en el sector informal (menos del 60% entre los que superaban esa edad) y eso añade las dificultades ya señaladas. El resultado estimado en mayo por una encuesta de esa organización, que obtuvo 13.938 respuestas durante el mes anterior, fue que uno de cada seis perdió su empleo en los primeros meses de la pandemia, engrosando así la cifra de 267 millones sin actividad formativa ni ocupación contabilizados en 2019.

Es habitual que en todos estos grupos laborales de riesgo aumente la proporción de población inmigrante respecto a la que tienen en otros segmentos del mercado laboral. Por esa razón, está más expuesta a enfrentarse al desempleo por la abundancia de contratos temporales y empleo informal, así como por su destacada presencia en sectores como la hostelería y la restauración, el pequeño comercio o el servicio doméstico. Como contrapartida, es también habitual su participación en

otras actividades ahora consideradas esenciales, sometidas a cierta sobreexposición al contagio, como los trabajos temporales en la agricultura, la construcción, la mensajería, los servicios de limpieza o los cuidados a personas dependientes. De ahí que los barrios de las grandes urbes donde su presencia es mayor se cuenten, a menudo, entre los más vulnerables a la COVID-19, tanto en términos sanitarios como socioeconómicos.

Tal como ya ocurrió con la *Gran Recesión*, España vuelve a ocupar de nuevo una posición destacada entre los países más afectados, no sólo por la pandemia, sino también por su derivada en el empeoramiento de las condiciones laborales para buena parte de su población y el consiguiente malestar social. Las debilidades de la estructura económica, junto a las características del marco institucional que regula su mercado laboral, tras sucesivas reformas de inspiración neoliberal que culminaron con la aprobada en 2012, provocan que las crisis se salden con un inmediato y profundo deterioro del mercado de trabajo.

Ya en los meses en que el confinamiento alcanzó su máximo nivel, un estudio publicado por FEDEA realizó una estimación de especial interés por combinar dos tipos de criterios. Por un lado, estimó que el impacto directo causado por la declaración del estado de alarma el 14 de marzo afectaba a 3,3-3,6 millones de trabajadores (hasta 9,2-9,3 millones en las dos semanas de confinamiento total en abril), a los que habría que sumar 1,7 millones de contrataciones que no se produjeron en ese inicio de la temporada turística y 1,3 millones de despidos que se pospusieron, lo que planteaba la necesidad de un ingreso mínimo vital que paliase la situación (Felgueroso *et al.*, 2020). En paralelo, otras informaciones destacaron el aumento de la precariedad, reflejada en un descenso de la duración de los contratos firmados que en abril se redujo hasta los 45 días de promedio (Ramírez, 2020).

Los datos oficiales correspondientes a la primera mitad del año permiten diagnósticos actualizados sobre el impacto laboral efectivo de la pandemia, que aquí se limitarán a la evolución del empleo y el desempleo, tanto en el caso de las diferentes actividades como de los grupos de riesgo, así como en la evolución de la contratación, abordando su reflejo territorial en el siguiente apartado.

Pese a la recuperación iniciada en mayo, los ocupados según la *Encuesta de Población Activa* al finalizar junio eran 1,36 millones menos que al comenzar el año (-6,8%) y, entre los grandes grupos de actividades, el retroceso fue máximo en hostelería (-19,3%), personal de servicio doméstico (-16,8%), actividades artísticas, culturales y de entretenimiento (-16,3%), construcción (-8,9%), junto con transporte y almacenamiento (-8,8%). Si se desagrega esa información entre el centenar de ramas de actividad identificables a dos dígitos de la CNAE, la reducción fue máxima en actividades tan heterogéneas como las empresas de trabajo temporal (-34,9%), el sector audiovisual (-29,1%), las actividades de creación, artísticas y de espectáculos (-22,6%), el transporte aéreo (-22,1%), la gestión de residuos (-21,8%), las industrias del cuero y calzado (-21,1%), las actividades deportivas y de entretenimiento (-20,7%), o los restaurantes, bares y cafeterías (-20,2%). Como contrapunto, los servicios de información y comunicaciones aumentaron ligeramente su ocupación (-2,8%), mientras las actividades sanitarias, inmobiliarias y financieras, junto a las profesionales, científicas y técnicas, se mantuvieron estables.

Pero si el virus afecta con mayor intensidad a quienes muestran una situación inmunitaria más deteriorada, los impactos sociolaborales de la pandemia también atacan de forma más aguda a los más débiles y las Tablas 3.3 y 3.4. apuntan de forma nítida en esa dirección. Dada la estacionalidad de las cifras a lo largo del año, ambas comparan la situación al finalizar el mes de junio de 2020 con la del final de 2019, pero también con la de junio de ese año para mejorar así el diagnóstico.

Según la *Encuesta de Población Activa*, el desempleo aumentó un 5,5% en los primeros seis meses del año hasta alcanzar los 3,37 millones, siendo mayor ese incremento en el caso de los hombres (10,7%) que en el de las mujeres (0,9%), pues para ellas la recesión supuso en mayor medida el abandono del mercado laboral. La tendencia ascendente también fue acusada en los jóvenes con menos de 25 años (10,2%), mientras el nivel educativo ofrece resultados paradójicos, porque el paro aumentó con especial intensidad en los titulados universitarios (14,9% y hasta el 23,2% respecto a un año antes), mientras entre quienes tienen educación primaria o inferior el desempleo se redujo (-10,5%), pues es en este grupo donde se concentran los trabajadores afectados por expedientes de regulación temporal de empleo (ERTE). En consecuencia, las tasas de paro volvieron a ascender en todos los grupos

de población hasta el 15,3% de promedio, pero el 16,7% en las mujeres, el 39,6% en los jóvenes y el 24,9% entre los trabajadores inmigrantes.

Tabla 3.3. Evolución laboral en España tras la pandemia.

Ocupados EPA	Miles			Evolución (%)	
	Jun-2019	Dic-2019	Jun-2020	Jun/jun	Dic/jun
Total	19.840,9	19.966,9	18.607,2	-6,1	-6,8
Hombres	10.750,2	10,808,6	10.133,4	-5,7	-6,2
Mujeres	9.054,7	9.158,3	8.473,8	-6,4	-7,5
Desempleados EPA					
Total	3.230,6	3.191,9	3.368,0	+4,2	+5,5
Hombres	1.534,1	1.506,1	1.667,1	+8,7	+10,7
Mujeres	1.696,5	1.685,8	1.700,9	+0,3	+0,9
Menos 25 años	506,7	462,8	510,2	+0,7	+10,2
Educ.primaria	399,4	380,9	340,7	-14,7	-10,5
Educ.superior	774,5	830,6	954,5	+23,2	+14,9
Tasas de paro EPA					
Total	14,02	13,78	15,33	+9,3	+11,2
Hombre	12,49	12,23	14,13	+13,1	+15,5
Mujeres	15,78	15,55	16,72	+6,0	+7,5
Menos 25 años	33,14	30,51	39,61	+19,5	+29,8
Españoles	13,09	12,83	13,86	+5,9	+8,0
Extranjeros	20,26	19,98	24,92	+23,0	+24,7

Fuente: INE. *Encuesta de Población Activa*.

Tabla 3.4. Evolución del paro registrado y la contratación.

Ocupados	Volumen total			Evolución (%)	
	Jun-2019	Dic-2019	Jun-2020	Jun/jun	Dic/jun
Total	3.015.686	3.163.605	3.862.883	+28,1	+22,1
Hombres	1.218.056	1.328.396	1.646.965	+35,2	+24,0
Mujeres	1.797.630	1.835.209	2.215.918	+23,3	+20,7
Menos 25 años	224.289	246.706	343.158	+53,0	+39,1
Contratos firmados					
Total	2.009.247	1.740.438	1.159.711	-42,3	-33,4
Hombres	1.098.477	955.592	681.508	-38,0	-28,7
Mujeres	910.770	784.846	478.203	-47,5	-39,1
Indefinidos	174.159	139.077	114.393	-34,3	-17,7
Temporales	1.834.868	1.601.361	1.045.318	-43,0	-34,7
% temporales	91,3	92,0	90,1		

Fuente: SEPE. *Movimiento Laboral Registrado*.

Por su parte, según la Sociedad Pública de Empleo Estatal (SEPE), el paro registrado en las oficinas de empleo Llegó a los 3,86 millones al finalizar junio, casi 700.000 personas más que al comenzar el año, lo que equivale al 22,1% de crecimiento y hasta el 28,1% desde junio de 2019, repitiéndose los mismos comportamientos ya comentados para los grupos de riesgo. Esa retracción de la demanda de mano de obra tuvo también su reflejo en los contratos firmados, que en junio de 2020 fueron un 33,4% inferiores a los de diciembre y un 42,3% respecto al mismo mes del año anterior, llegando al 47,5% en el caso de las mujeres. Lo que no ha cambiado de forma apreciable es la precariedad, afianzada tras las sucesivas reformas laborales, pues nueve de cada diez contratos eran temporales antes del estallido de la pandemia y lo siguen siendo después.

Pero si el desempleo ha sido la forma tradicional de ajuste a las crisis económicas, resulta insuficiente ahora para entender el impacto del coronavirus sobre el mercado laboral. La voluntad del gobierno para amortiguar el impacto social de la pandemia se tradujo en la utilización masiva de una figura legal poco utilizada hasta ahora como son los expedientes de regulación temporal de empleo (ERTE), que permiten mantener los contratos y las prestaciones sociales mediante la aportación de dinero público para atender en parte al pago de los salarios (80% en empresas con menos de 50 trabajadores y 60% en el resto) en periodos de inactividad de la empresa por causa de fuerza mayor. Los trabajadores no se incluyen, por tanto, en las cifras de desempleados o demandantes de empleo y siguen afiliados a la Seguridad Social, aunque en suspensión de actividad, lo que ha exigido una reinterpretación de las estadísticas, objeto de diversos análisis (De la Fuente, 2020; Felgueroso y De la Fuente, 2020).

El éxito de la medida fue inmediato y en los meses de confinamiento los expedientes tramitados se acumularon, con 2,30 millones de trabajadores incorporados a principios de abril, que llegaron a 3,38 millones apenas un mes más tarde, para reducirse desde entonces a medida que se reactivaba la economía y ser ya 1,83 millones en junio. Si a los 3,86 millones de paro registrado se suma esa cifra, el resultado es que 5,69 millones de trabajadores se encontraban en esa fecha a la espera de encontrar un empleo o recuperar su actividad, casi una cuarta parte de la población activa. Las cifras de junio permiten también comprobar que los ERTE han permitido salvar, sobre todo, pequeños negocios

relacionados en su mayoría con los servicios al consumo interno, pues uno de cada cinco trabajadores incorporados corresponde a establecimientos de comidas y bebidas, mientras uno de cada diez trabajaba en servicios de alojamiento (hostelería) o en comercio minorista, que con el comercio mayorista y el sector educativo concentran más de la mitad del total, muy por delante de los correspondientes a empresas industriales, de construcción o transportes (Figura 3.7).

Figura 3.7. Trabajadores en ERTE según actividades (junio 2020).

	Total	% total
Servicios de comidas y bebidas	365.368	20,0
Servicios de alojamiento	198.322	10,8
Comercio al por menor	167.091	9,1
Comercio al por mayor e intermediarios del comercio	129.374	7,1
Educación	82.077	4,5
Actividades deportivas, recreativas y de entretenimiento	69.726	3,8
Venta y reparación de vehículos de motor y motocicletas	52.595	2,9
Transporte terrestre y por tubería	50.547	2,8
Otros servicios personales	39.335	2,1
Actividades sanitarias	33.873	1,9
Actividades de construcción especializada	33.334	1,8
Servicios a edificios y actividades de jardinería	32.331	1,8
Actividades de agencias de viajes, operadores turísticos	32.157	1,8
Almacenamiento y actividades anexas al transporte	30.457	1,7
Actividades administrativas de oficina	29.319	1,6
Industria de la alimentación	24.537	1,3
Transporte aéreo	23.817	1,3
Fabricación de productos metálicos	23.252	1,3
Fabricación de vehículos de motor	21.564	1,2
Actividades jurídicas y de contabilidad	19.481	1,1
Publicidad y estudios de mercado	19.147	1,0

Fuente: Sempere, P., 2020, con datos de Seguridad Social, 2020.

Un último impacto laboral de la pandemia que merece comentarse antes de abordar la territorialización de estas tendencias es, sin duda, la reactivación del teletrabajo.

3.4. Una nota sobre la reactivación del teletrabajo.

En un manual de geografía económica publicado a finales del siglo pasado (Méndez, 1997: 202-205), ya se abordó el debate planteado en esos años sobre la realidad y las potencialidades del teletrabajo. Se recogía así el optimismo de quienes consideraban que “los futuros trabajadores trabajarán en equipos geográficamente dispersos, enlazados por redes”, por lo que “no tendrán la perentoria necesidad de desplazarse hasta los

tradicionales lugares de trabajo para realizar su labor, ya que podrán hacerlo desde su propia casa o desde centros de negocio próximos a su domicilio”, destacando “el aumento de productividad, flexibilidad de las horas de trabajo y reducción de costes de viaje e impactos ambientales” (Ancochea, 1996: 11). Pero también la mirada más escéptica de quien consideraba que “seguramente ha habido más informes, artículos o comunicaciones sobre las videoconferencias que equipos de videoconferencias propiamente dichos y no parece demasiado arriesgado afirmar lo mismo sobre el teletrabajo” (Claisse y Rowe, 1996: 6).

Se planteaban así las reticencias empresariales por cuestionar la capacidad de control, el sentido de identidad corporativa o la propia estructura jerárquica, junto a las resistencias de una parte de los trabajadores y sindicatos por la posible intromisión del trabajo en el hogar, la necesidad de espacio adecuado e infraestructura tecnológica muchas veces a cargo de los empleados, el aislamiento o la individualización de las relaciones laborales frente a la negociación colectiva, plenamente vigentes un cuarto de siglo después.

Lo cierto es que, en ese tiempo, la progresión del teletrabajo ha resultado lenta y desigual. Como simple aproximación, según Eurostat en 2019 la proporción de personas que trabajan en casa dentro de la Unión Europea era del 14,3% (11,2% en 2010), con máximos en Países Bajos (39,9%), Luxemburgo (31,3%), Bélgica (24,9%) o Francia (22,9%), frente a valores inferiores al 4% en Bulgaria, Rumanía, Hungría o Chipre, quedando España (8,3%) en una posición intermedia.

Por el contrario, al generalizarse las restricciones a la movilidad, el teletrabajo se convirtió en la alternativa para mantener una parte de la actividad, de forma destacada en el sector educativo, pero también en bastantes empresas y administraciones públicas en numerosos países. En el caso español, según la encuesta sobre indicadores de confianza empresarial publicada por el INE, el porcentaje de establecimientos que utilizan -con desigual intensidad- el teletrabajo pasó del 14,8% antes del estado de alarma al 48,8% después. Eso ha animado la realización de informes (Brindusa *et al.*, 2020; Rodríguez, 2020) que, junto con algunos estudios previos, permiten sintetizar algunas reflexiones y datos bastante significativos, aunque aún falta información precisa y con desagregación espacial sobre el impacto efectivo de la pandemia.

La traslación a los datos de la EPA correspondiente a 2019 confirman, en buena medida, esos resultados (Tabla 3.5). Sobre un total de 1,64 millones de trabajadores que lo utilizan de forma mayoritaria (más del 50% de los días) u ocasional y representan el 8,4% de los ocupados, su importancia resulta máxima entre directivos y gerentes, profesionales, técnicos superiores y científicos, todos por encima del 20%, mientras en muchas otras ocupaciones su presencia es casi testimonial, no alcanzando el 4% en la mitad de ellas.

Tabla 3.5. Uso del teletrabajo según ocupaciones en España.

Ocupaciones	Uso ocasional	Uso mayoritario	Teletrabajo total	Teletrabajo/ ocupados (%)
Directores y gerentes	86.551	100.555	187.106	24,84
Profesionales, técnicos, científicos	275.717	494.249	769.966	22,09
Técnicos y profesionales de apoyo	120.116	151.065	271.181	12,94
Administrativos y empleos de oficina	33.608	30.385	63.993	3,12
Servicios restauración y personales	67.452	69.307	136.759	3,05
Trabajadores cualificados sect. agrario	30.228	23.234	53.462	11,83
Artesanos y obreros cualificados	57.886	60.195	118.081	5,43
Operadores instalaciones y maquinaria	10.540	9.166	19.706	1,36
Ocupaciones elementales sin cualificar	6.245	11.951	18.196	0,72
Militares	328	1.674	2.002	1,82
TOTAL	688.671	951.783	1.640.454	8,38

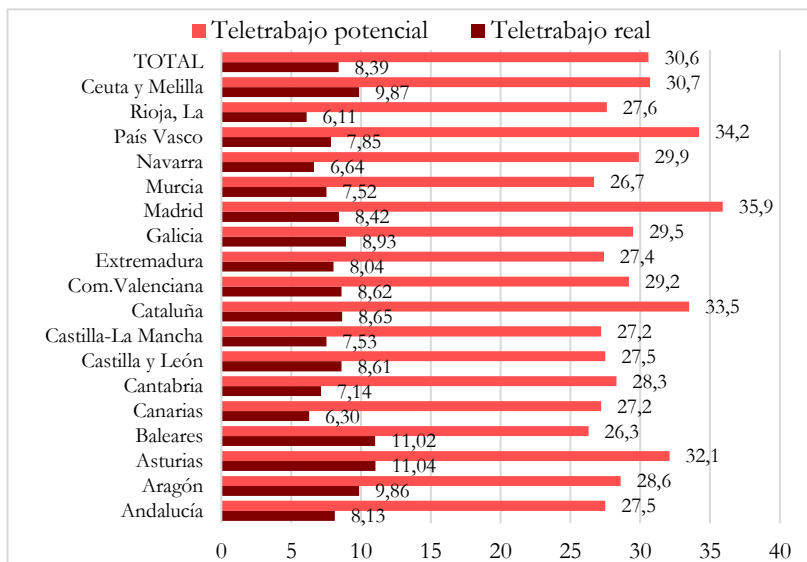
Fuente: INE. *Encuesta de Población Activa*, 2019.

Sin contar por el momento con información estadística consistente para precisar el reparto por ocupaciones del reciente auge del teletrabajo, estos datos nos recuerdan su carácter selectivo y, por tanto, el probable ahondamiento de las diferencias preexistentes en cuanto a condiciones de trabajo, puesto que la EPA también confirma su mayor importancia relativa entre los trabajadores con contrato indefinido, titulación universitaria y retribuciones superiores al promedio, lo que les ha permitido mantener su empleo e ingresos, atenuando así el impacto de la pandemia.

El potencial del teletrabajo como respuesta al nuevo contexto también muestra contrastes regionales significativos, tanto si se considera

su uso potencial en función de la estructura por ocupaciones de cada comunidad autónoma (Brindusa *et al.*, 2020) como su uso real según la EPA (Figura 3.9). Además de confirmar que la necesidad de teletrabajar forzada por el confinamiento contaba con un amplio margen de mejora en todos los territorios, su uso potencial era mayor en aquellos donde se localizan los principales centros económicos y muestran las mayores tasas de urbanización, con Madrid (35,9%), País Vasco (34,2%) y Cataluña (33,5%) a la cabeza. En cambio, los datos de la EPA señalan que su máxima penetración relativa correspondía a territorios tan heterogéneos como Asturias y Baleares (11,0% de los ocupados).

Figura 3.9. Uso real y potencial del teletrabajo según Comunidades Autónomas.



Fuente: Brindusa *et al.*, 2020, e INE. *Encuesta de Población Activa*.

Lo que sí pone al menos en evidencia esa aparente incoherencia es la necesidad de incorporar estudios geográficos más profundos y con información para unidades territoriales mucho menores si se busca un buen diagnóstico de las transformaciones laborales derivadas de la pandemia, que están provocando mutaciones en nuestra realidad presente e incertidumbres para el futuro de las áreas urbanas y rurales. A esa aproximación territorial se dedica el último apartado del capítulo.

3.5. La desigual vulnerabilidad de los territorios frente al impacto sociolaboral de la pandemia en España.

En un país como España, que se sitúa entre los afectados de forma más grave, tanto por los contagios de la primera oleada como por los rebrotes posteriores y por las negativas consecuencias socioeconómicas de la crisis que le siguió, todos sus territorios se han visto afectados y, por tanto, todos sus mercados regionales y locales de trabajo padecen sus efectos. Pero lo anterior no impide observar que, si la vulnerabilidad frente a la enfermedad ya se mostró bastante desigual -tal como se comentó en el capítulo inicial- lo mismo puede decirse respecto a sus impactos sociolaborales, que no son un simple calco de los anteriores, sino que muestran identidad propia y, en consecuencia, un mapa muy distinto.

Ante todo, cabe recordar que se califica como vulnerable aquel territorio -desde una región a una comarca, una ciudad o un barrio- con alta probabilidad de verse afectado en forma especialmente negativa por algún evento o amenaza de origen externo, que puede ser de naturaleza diversa, desde una catástrofe natural a una crisis económica, un conflicto bélico o una epidemia (Méndez *et al.*, 2015). El concepto de vulnerabilidad se entiende como relativo, pues todos los territorios pueden ser vulnerables en un determinado momento, pero con una intensidad y duración mayor en unos casos que en otros, que puede explicarse acudiendo a dos tipos de factores complementarios, lo que permite hablar de una *vulnerabilidad construida*.

En primer lugar, una mayor exposición al riesgo, que en el caso de esta crisis económica desencadenada por el coronavirus puede vincularse con una excesiva especialización en actividades muy afectadas por restricciones a la movilidad y con una dependencia externa también excesiva, visible en una demanda de sus productos o servicios demasiado concentrada, o una escasa capacidad para influir sobre decisiones empresariales ajenas al propio territorio, que es visto como un simple punto en un mapa del que extraer una determinada rentabilidad. En segundo lugar, una elevada fragilidad o sensibilidad que puede relacionarse con su estructura laboral (abundancia de empleos precarios, escasa cualificación, perfil ocupacional con mucho trabajo manual poco sustituible por teletrabajo...) y empresarial (excesivo peso relativo de

PYMEs y microempresas con escasos recursos financieros para resistir, elevado endeudamiento, escasa competitividad...).

En consecuencia, la mayor capacidad de resistencia territorial podrá relacionarse con una economía y una base laboral diversificadas, con destacada presencia de actividades intensivas en la incorporación de conocimiento -lo que no equivale necesariamente a sectores de alta tecnología- y un perfil ocupacional más cualificado, empleos estables, así como empresas con acceso a financiación y que han realizado un esfuerzo de innovación que les permite competir en diferentes mercados. Pero a todo esto es fundamental añadir el efecto de la acción pública y su capacidad de gestión de la crisis, tanto con políticas de apoyo fiscal y financiero a las empresas para reactivar la economía, como con políticas de empleo para atenuar el golpe (expedientes de regulación temporal para mantener los contratos y salarios en periodos de cese de actividad, subsidios al desempleo...) y proteger a los más afectados (ingreso mínimo vital o renta básica, moratoria de desahucios...). También será importante la presencia de redes de colaboración, ya sean público-privadas o lideradas por iniciativas ciudadanas, con una doble función tanto asistencial y de apoyo mutuo, como de promoción de iniciativas capaces de aportar alternativas socialmente innovadoras a las surgidas del mercado o del Estado (Méndez, 2015; Sánchez Hernández coord., 2019).

En función, pues, de la diferente vulnerabilidad mostrada por los territorios, cada crisis conlleva cambios y nuevas desigualdades socio-espaciales, que a veces refuerzan las ya existentes, pero a menudo introducen también novedades y permiten delimitar áreas en declive frente a otras emergentes o, al menos, más resistentes. Por eso, más allá de dibujar los mapas de la crisis, como simple recurso estético o gráfico que acompaña en ocasiones los textos sobre la misma, la perspectiva geográfica intenta encontrar regularidades espaciales significativas, capaces de aportar no sólo una más completa descripción de la realidad, sino también algunas claves específicas para comprender mejor las causas y las consecuencias del proceso que vivimos como individuos y como sociedades. Con las limitaciones de información existente por el momento para ofrecer una desagregación espacial suficiente y la conciencia de que sólo se analiza el primer semestre de la pandemia, ya es posible realizar una primera aproximación al mapa de sus impactos sociolaborales en España.

Para ello se consideró la evolución de media docena de indicadores en el periodo comprendido entre junio de 2019 y junio de 2020, para así evitar el sesgo que provoca la importante estacionalidad del empleo en determinados territorios. Las variables consideradas para cuantificar esa evolución y las fuentes de información fueron las siguientes:

<ul style="list-style-type: none"> • Tasas de actividad • Afiliados a la Seguridad Social • Paro registrado • Trabajadores acogidos a ERTE • Contratos firmados • Contratos temporales en total 	<p>INE. <i>Encuesta de Población Activa</i> Seg.Social. <i>Estadística de Afiliación</i> SEPE. <i>Movimiento Laboral Registrado</i> Mín. Inclusión, Seg.Social y Migraciones SEPE. <i>Movimiento Laboral Registrado</i> SEPE. <i>Movimiento Laboral Registrado</i></p>
---	---

Se trata de indicadores relacionados en todos los casos con la dinámica del mercado de trabajo, por lo que cabe esperar coincidencias e, incluso, cierto riesgo de redundancia. Pero cada uno de esos indicadores aborda la situación laboral desde una perspectiva específica, por lo que en realidad deben entenderse como complementarios.

Así, el retroceso de las tasas de actividad puede medir la importancia de la población que suele identificarse con el eufemismo de *desanimada*, pues abandona el mercado laboral ante la especial dificultad de encontrar empleo en un contexto de crisis, algo que suele afectar más a la mujer y que ahora se ha visto reforzado en un contexto de confinamiento y cierre de centros escolares. La afiliación identifica la población con empleo formal, ya sea como empresario, asalariado o autónomo, tanto si mantiene su actividad como si la cesó de forma temporal. El aumento del paro registrado en las oficinas de empleo ha sido el modo de ajuste más habitual a las situaciones de crisis y también el impacto con mayores costes sociales, sobre todo si es de larga duración y cuando se ha agotado o no se tiene derecho a prestaciones sociales. Los trabajadores acogidos a un ERTE suponen una novedad, como respuesta política para mitigar el aumento del desempleo mediante subsidio público y de forma temporal, por lo que no puede compararse con cifras anteriores a 2020 y aquí se considera su proporción respecto a la afiliación en el momento de máximo volumen (inicios de mayo). Los contratos firmados pueden aproximar el nivel de reactivación económica a partir de ese mes y, por

último, la tasa de temporalidad en esa contratación es una medida de la calidad del empleo y su estabilidad o deterioro por efecto de la pandemia.

La realización de estudios territoriales debe enfrentarse, a menudo, con la escasez de información detallada para unidades espaciales significativas y con capacidad de mostrar tendencias y problemas en lugares concretos. La frecuente utilización de encuestas, con un tamaño muestral insuficiente para que los resultados sean consistentes en territorios de pequeña dimensión, junto a la escasa sensibilidad de algunos responsables hacia todo aquello que no sean las grandes cifras, se suman para alimentar esa escasez. La inmediatez de los acontecimientos aquí analizados añade una dificultad adicional, pues muchas de las estadísticas tienen periodicidad anual y las correspondientes a 2020 aún tardarán en estar disponibles. En consecuencia, el establecimiento de un índice sintético de vulnerabilidad sociolaboral se ha podido elaborar tan sólo para las cincuenta provincias y dos ciudades autónomas en que se subdivide el territorio español en términos administrativos, mucho más valiosas a estos efectos que las diecisiete comunidades autónomas utilizadas en la mayoría de estadísticas oficiales, demasiado heterogéneas entre sí e internamente. Quedan pendientes, pues, investigaciones más detalladas sobre unidades territoriales de rango inferior y, en especial, sobre ciudades y aglomeraciones metropolitanas que, una vez más, son las principales protagonistas de esta crisis y de las múltiples formas desposesión que conlleva.

La sencilla metodología aplicada para el cálculo de los índices de vulnerabilidad provinciales ha seguido tres pasos sucesivos. En primer lugar, se calculó la evolución interanual de cinco de los indicadores utilizados, junto a la proporción de trabajadores en ERTE sobre la afiliación total de la provincia. En segundo lugar, se procedió a una normalización de esas cifras mediante su sustitución por variables estandarizadas; para ello se calculó el conocido como *índice z*, definido como el número de desviaciones estándar (σ) en que el valor de una variable (x) se aleja del promedio de la serie (X), por lo que se calcula restando a cada uno de los valores provinciales el valor promedio y dividiendo esa cifra por la desviación estándar, según la fórmula:

$$Z = x - X / \sigma$$

Tabla 3.5. Evolución provincial del mercado laboral español en la crisis: variables estandarizadas.

Provincias	Tasa de actividad Índice Z	Nº de afiliados Índice Z	Paro registrado Índice Z	ERTE/A filiados Índice Z	Contratos firmados Índice Z	Tasa temporalidad Índice Z	Índice vulnerabilidad
Balears, Illes	1,52	5,06	5,60	2,72	2,85	-1,89	2,64
St Cruz/Tenerife	2,28	0,73	0,08	3,11	1,58	-0,81	1,16
Palmas, Las	0,84	0,97	0,18	3,26	1,87	-0,96	1,03
Girona	-0,10	1,79	1,41	0,96	-0,01	0,61	0,78
Alicante	0,85	0,96	0,40	1,02	0,49	-0,25	0,58
Tarragona	-0,22	1,68	1,08	0,24	0,11	0,30	0,53
Araba	0,80	-0,03	0,25	0,46	0,78	0,54	0,47
Castellón	1,70	0,29	0,07	-0,09	0,55	-0,31	0,37
Cádiz	1,05	0,38	-0,13	0,53	-0,67	0,57	0,29
Guadalajara	1,75	-0,26	0,18	-0,36	-0,70	0,98	0,27
Barcelona	-0,05	0,08	0,47	1,09	1,00	-1,09	0,25
Navarra	0,31	-0,34	0,43	0,33	0,24	0,32	0,22
León	1,61	-0,16	-0,72	-0,45	0,55	0,41	0,21
Gipuzkoa	-0,58	-0,34	0,63	0,02	0,66	0,85	0,21
Rioja, La	0,22	-0,09	0,01	0,20	0,51	0,33	0,20
Málaga	0,07	-1,91	0,79	1,29	0,69	0,11	0,17
Valladolid	0,72	-0,58	-0,29	0,87	0,10	0,18	0,17
Bizkaia	-0,02	-0,44	-0,04	-0,17	0,41	1,03	0,13
Jaén	1,34	-0,04	0,20	-1,06	-0,75	1,08	0,13
Sevilla	1,24	-0,41	-0,15	-0,14	-0,59	0,71	0,11
Burgos	-1,23	0,33	0,55	0,14	0,72	0,14	0,11
Cantabria	0,08	0,15	0,04	0,09	0,33	-0,09	0,10
Huelva	1,72	-0,14	0,32	-1,41	-1,36	1,43	0,09
Segovia	0,15	-0,27	0,40	-0,51	1,44	-0,86	0,06
Salamanca	0,35	0,07	-0,26	-0,25	1,35	-1,06	0,03
Valencia	-0,29	-0,61	0,04	0,49	0,46	-0,04	0,01
Soria	-0,81	-0,06	1,10	-0,25	0,77	-0,79	-0,01
Ceuta	-0,28	2,13	-1,49	-0,71	0,04	0,21	-0,02
Zaragoza	-0,68	-0,40	0,04	0,06	-0,18	1,00	-0,03
Coruña, A	-0,03	-0,30	-0,45	0,02	0,74	-0,24	-0,04
Córdoba	0,03	0,19	-0,04	-0,56	-0,93	1,02	-0,05
Pontevedra	-0,48	-0,47	-0,72	0,30	0,16	0,80	-0,07
Zamora	1,20	-0,15	-0,72	-1,23	0,32	0,13	-0,08

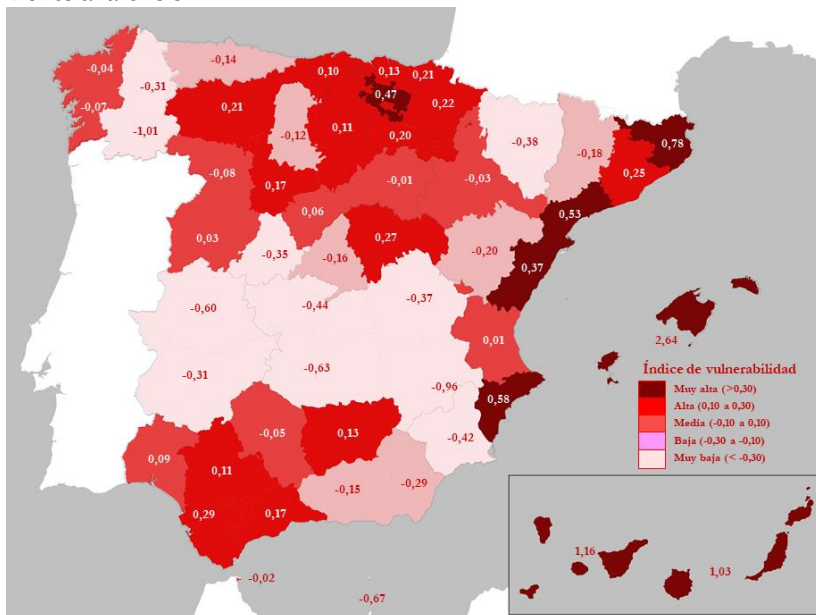
Provincias	Tasa de actividad Índice Z	Nº de afiliados Índice Z	Paro registrado Índice Z	ERTE/ Afiliados Índice Z	Contratos firmados Índice Z	Tasa temporalidad Índice Z	Índice vulnerabilidad
Palencia	-2,23	0,16	0,18	0,25	0,33	0,58	-0,12
Asturias	-0,79	-0,17	-0,53	0,07	0,63	-0,06	-0,14
Granada	-1,42	0,07	0,27	-0,14	-0,43	0,73	-0,15
Madrid	-0,47	-0,31	-0,19	0,39	0,96	-1,35	-0,16
Lleida	-0,04	-0,47	0,30	-0,49	-2,02	1,62	-0,18
Teruel	-0,69	-0,82	0,22	-1,17	1,02	0,23	-0,20
Almería	0,74	-0,28	0,14	-1,04	-0,84	-0,46	-0,29
Lugo	-1,04	-0,42	-0,37	-0,69	0,67	-0,03	-0,31
Badajoz	0,52	0,05	-0,78	-1,37	-1,40	1,10	-0,31
Ávila	-1,83	0,03	-0,43	-0,71	1,20	-0,35	-0,35
Cuenca	0,38	-1,19	-0,89	-1,11	-1,23	1,85	-0,37
Huesca	-1,04	-0,59	0,32	-1,03	-0,58	0,62	-0,38
Murcia	-0,49	-0,46	-0,31	-0,60	-1,60	0,96	-0,42
Toledo	-0,30	-1,26	-0,84	-0,34	-0,01	0,09	-0,44
Cáceres	-1,28	0,25	-0,50	-1,36	-1,83	1,11	-0,60
Ciudad Real	-0,92	-0,61	-1,13	-0,73	-1,09	0,69	-0,63
Melilla	-1,31	-0,46	-1,70	-0,38	-0,78	0,62	-0,67
Albacete	-0,30	-1,27	-1,13	-0,22	-1,67	-1,14	-0,96
Ourense	-1,19	-0,75	-0,95	0,28	-0,22	-3,61	-1,07

Fuente: INE, SEPE, Seguridad Social y elaboración propia.

Una vez establecido el índice z para cada uno de los indicadores, se calculó el índice sintético de vulnerabilidad para cada provincia sumando esos índices parciales y dividiendo por el número de indicadores, con los resultados que muestra la Tabla 3.5. En este caso, los valores positivos reflejan una vulnerabilidad más alta que el promedio, tanto mayor cuanto más elevado es el índice, mientras los valores negativos significan una vulnerabilidad menor. Las regularidades espaciales que subyacen a esos resultados numéricos quedan bien reflejadas en el mapa de la Figura 3.10., que agrupó a las cincuenta provincias en cinco conjuntos básicos.

Limitando ahora el comentario de esos resultados -que deberán ser objeto de una publicación específica y más detallada- a los objetivos de un libro con pretensiones generalistas como este, pueden destacarse unas cuantas evidencias que confirman la importancia del estudio territorial para interpretar las diferentes consecuencias de la crisis sanitaria sobre la crisis sociolaboral en unos y otros lugares:

Figura 3.10. Vulnerabilidad sociolaboral de las provincias españolas frente a la crisis.



Fuente: INE, SEPE, Seguridad Social y elaboración propia.

- Pese a tratarse de indicadores relativos en todos los casos al mercado de trabajo, la distribución provincial de cada uno de ellos presenta rasgos específicos que avalan la complementariedad entre unos y otros, lo que permite obtener un resultado más complejo y completo que cuando se consideran sólo algunos de ellos sin tener en cuenta los restantes.
- El impacto laboral de la crisis desatada por la pandemia está siendo muy desigual, con notables contrastes interprovinciales que permitieron a Jorrín y Escudero (2020) hablar con fundamento de una *España a dos velocidades*, si bien esa dualidad básica ofrece matices intermedios que permiten esbozar una tipología de territorios según su evolución en estos pocos meses.
- La mayor vulnerabilidad -con valores positivos del índice superiores a 0,30- corresponden con diferencia a las tres provincias insulares

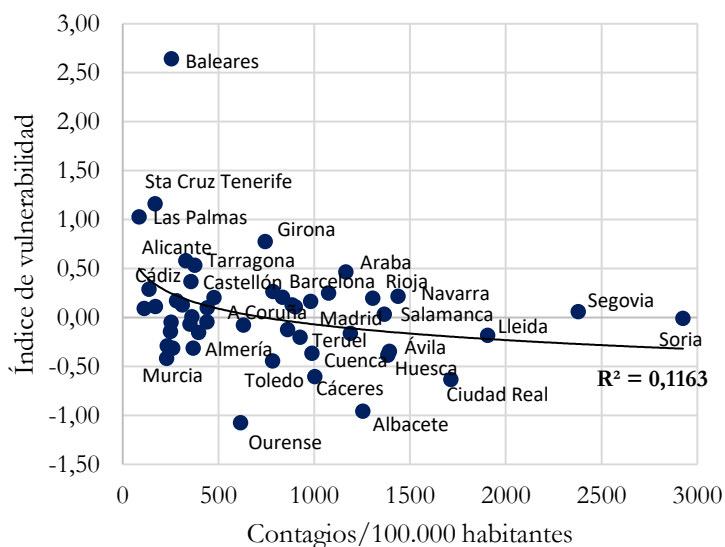
(Baleares, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas), seguidas por otras cuatro del litoral mediterráneo peninsular (de norte a sur, Girona, Tarragona, Castellón y Alicante), lo que confirma la estrecha relación con una fuerte especialización en actividades que forman parte del *cluster* turístico (hostelería, restauración, transporte, agencias de viajes, locales de ocio, comercio minorista, inmobiliario...), que ha sustituido y hecho desaparecer progresivamente la presencia de otras actividades (agrarias, pesqueras, industriales...) que hasta hace tres décadas permitían una mayor diversificación de su base económica y laboral. La única excepción a este perfil es la provincia vasca de Araba, muy afectada por las dificultades actuales de dos sectores industriales muy ligados a cadenas de valor globales como son el aeronáutico y el de componentes del automóvil.

- En esta crisis, otras provincias mediterráneas más meridionales como Murcia, Almería o Granada, que en la anterior se vieron tan impactadas como las anteriores por el hundimiento del sector inmobiliario asociado a su funcionalidad turística (urbanizaciones masivas de segundas residencias), se encuentran ahora entre las de baja o muy baja vulnerabilidad porque la persistencia de una agricultura intensiva y una industria agroalimentaria consideradas dentro de las actividades esenciales, moderó de forma evidente el impacto laboral de la pandemia. Algo similar ha ocurrido en las diez provincias interiores -gallegas, castellanas y extremeñas, sobre todo- que presentan también una muy baja vulnerabilidad, junto con la ciudad autónoma de Melilla.
- Por su parte, las provincias donde se localizan las mayores áreas urbanas del país han tenido un comportamiento heterogéneo, que puede relacionarse también con su particular estructura productiva. Las que cuentan con una mayor presencia de industrias integradas en cadenas de valor globales, junto con ciudades turísticas de primer nivel (provincias de Bizkaia, Gipuzkoa o Sevilla) se sitúan entre las de alta vulnerabilidad, junto con Barcelona, que a lo anterior añade el *efecto Mediterráneo* asociado a sus espacios litorales. En otros casos, en cambio, ese impacto negativo es menos acusado, lo que las sitúa como provincias de vulnerabilidad media (Valencia, Zaragoza), e incluso de baja vulnerabilidad relativa (Madrid). En esta última, la destacada presencia de actividades financieras, servicios a las

empresas y empleos vinculados con las administraciones públicas, menos afectados en términos laborales, junto a una estructura ocupacional con mayor presencia de profesionales cualificados que han podido utilizar el teletrabajo como alternativa, amortigua la onda de choque provocada por la pandemia que, no obstante, sí afectó de forma intensa a otra parte significativa de sus residentes.

Finalmente, estos resultados reafirman la influencia prioritaria de la base productiva preexistente en cada territorio y de las decisiones de política económica tomadas en el pasado reciente. En bastantes casos, se dio prioridad al crecimiento a corto plazo, basado en explotar de forma intensiva los recursos naturales y humanos disponibles, a costa de fragilizar a regiones, comarcas o ciudades frente a posibles cambios en el entorno como los que conlleva toda crisis. En cambio, el diagrama de dispersión que correlaciona el índice de vulnerabilidad provincial con la incidencia de la enfermedad, medida a través de los contagios confirmados por cada cien mil habitantes, muestra que la asociación espacial entre ambas variables es casi nula (Figura 3.11).

Figura 3.11. Relación entre contagios confirmados por cada 100.000 habitantes e índice de vulnerabilidad sociolaboral.



Fuente: Ministerio de Sanidad, INE, SEPE, Seguridad Social y elaboración propia.

En casos extremos como los de Baleares, Santa Cruz de Tenerife o Las Palmas, su peor evolución económica y laboral poco tiene que ver con unas tasas de contagio que se sitúan entre las más bajas de España. En el extremo contrario, la mayor incidencia relativa de la COVID-19 en el periodo analizado se ha producido en algunas provincias interiores, a menudo poco pobladas y con una pirámide demográfica envejecida, cuya vulnerabilidad laboral resulta bastante heterogénea.

En resumen, la pandemia ha provocado un impacto muy desigual según territorios y ese era ya un hecho conocido. Pero pueden diferenciarse dos tipos de vulnerabilidades con significados distintos y una distribución nada coincidente, pues la relacionada con la salud de la población y con su situación socioeconómica siguen lógicas propias y diferenciadas. Si el desigual impacto sanitario condujo a establecer un desconfinamiento por etapas, con ritmos diferentes según territorios, el desigual impacto sociolaboral -reflejo de una base económica construida por una suma de decisiones anteriores y dependiente, por tanto, de su trayectoria histórica reciente- debería conducir a medidas específicas que complementen las políticas generalistas con otras localizadas. Pero esas acciones deberían avanzar también hacia un replanteamiento serio del modelo de crecimiento económico existente en cada territorio. Sobre estas y otras cuestiones, que forman parte de la geografía política, pretende tratar el último capítulo del libro.

CAPÍTULO 4

RECONSTRUIR EL MUNDO TRAS LA PANDEMIA: CUESTIONES DE GEOGRAFÍA POLÍTICA

“Podemos pensar en la ciencia social emancipadora como la teoría de un viaje desde el presente a un posible futuro. El diagnóstico y la crítica de la sociedad nos dicen por qué queremos dejar atrás el mundo en que vivimos; la teoría de las alternativas nos dice hacia dónde queremos ir; y la teoría de la transformación nos dice cómo llegamos de aquí allí, esto es, cómo hacer factibles alternativas viables”.

Erik Olin Wright. *Envisioning Real Utopias*, 2010.

(Traducción: *Construyendo utopías reales*, 2014)

En los anteriores capítulos del libro se ha planteado la existencia actual de tres tipos de crisis encadenadas, cuyo origen se encuentra en la pandemia provocada por la difusión del SARS-CoV-2, que amenazan nuestro presente y oscurecen las perspectivas de futuro o, al menos, aumentan las incertidumbres. Una crisis sanitaria que aún está lejos de remitir en el mundo y sometida al riesgo de nuevos brotes en aquellos países que ya padecieron una primera oleada; una crisis económica de intensidad y velocidad desconocidas desde hace mucho, que incluso cuestiona el modelo de globalización vigente; y una crisis social, que tiene como vector principal -aunque no exclusivo- los graves problemas suscitados en el mercado laboral y la indefensión de los grupos más vulnerables de no existir políticas eficaces para atenuar sus efectos. Todas ellas tienen un reflejo muy desigual desde el punto de vista geográfico, pues impactan sobre territorios con historias, recursos materiales,

instituciones, relaciones sociales y gobiernos que pueden dar respuestas diferenciadas ante procesos que, en su origen, son comunes.

Pero a esas tres crisis hay que añadir, además, una crisis política con manifestaciones también múltiples, entre las que pueden mencionarse varias de especial interés. En el plano geopolítico y geoestratégico, la pandemia refuerza la rivalidad ya visible con anterioridad entre China y Estados Unidos, pero parece desequilibrar las relaciones de poder en favor de la potencia emergente. Por el contrario, la posición de la Unión Europea dentro de esa nueva Tríada está en cuestión, tanto por las fragilidades mostradas ante el shock sanitario como por las dificultades para encontrar políticas acordadas de salida de la crisis, pese al tratamiento monetario de urgencia aprobado por el Banco Central Europeo y, más tarde, por el Consejo Europeo para evitar que los efectos del Brexit y la desunión ahonden el euroescepticismo y refuercen las derivas nacionalistas.

Por su parte, en el interior de muchos países se recrudece el debate sobre la necesaria recuperación de funciones por parte del Estado ante los efectos provocados por la gobernanza neoliberal en el aumento de la desigualdad, la fragilización de las sociedades ante las crisis, ya sean de origen financiero o pandémico, o la evidente incapacidad del mercado para dar respuesta a situaciones de urgencia como la actual. Por último, las diferentes opciones políticas proponen y promueven caminos también diversos para lograr una recuperación, que en unos casos entienden como regreso al pasado, manteniendo intocadas las estructuras y relaciones vigentes, mientras en otros se plantean alternativas transformadoras.

En todos los casos, cabe pensar que la COVID-19 no supone un replanteamiento radical de la situación en todos esos ámbitos, pero sí acelera ciertas tendencias previas, hace aflorar movimientos de fondo que ahora se hacen evidentes, o vuelve a dar voz a los defensores de posiciones dispares, que van del ecologismo al keynesianismo o el post-capitalismo, y sus propuestas para transformar el *statu quo* y el pensamiento hegemónico desde hace décadas.

Más allá de medidas concretas que añadir a las muchas que hoy se ponen en marcha y que sólo pueden valorarse con rigor por su capacidad de adecuación a contextos territoriales determinados, una perspectiva

geográfica acorde con esa *ciencia social emancipadora* defendida por Wright en el texto introductorio del capítulo no puede quedar al margen de esos debates. Abordar ahora algunas reflexiones generales y evidencias sobre todas estas cuestiones para incorporarlas al argumento que dio origen -y pretendió dar sentido- a este libro, permitirá completar los objetivos inicialmente previstos y abrir camino a otras voces, de otros profesionales, que completen, mejoren o discutan lo aquí planteado.

4.1. La pandemia como catalizadora de la transición geopolítica: la paradoja de China.

En una obra que es todo un clásico en la historia de las relaciones internacionales y que aborda el auge y la posterior caída de las grandes potencias a lo largo de cinco siglos, Paul Kennedy explicaba que “las fuerzas relativas de las naciones líderes en el escenario mundial nunca permanecen constantes, sobre todo a causa del índice irregular de crecimiento en las distintas sociedades y de los avances tecnológicos y organizativos que proporcionan mayores ventajas a una sociedad que a otra... Precisamente porque la posición de poder de las naciones líderes ha ido acompañada de cerca por su posición económica relativa durante los últimos cinco siglos, parece útil preguntarse cuáles podrían ser las implicaciones de las actuales tendencias en relación al equilibrio de poder” (Kennedy, 1988: 14 y 24).

Las transformaciones del mapa geopolítico suponen procesos que, por lo general, son de larga duración y van madurando de forma lenta en el tiempo, lo que resulta evidente respecto a la estructura del sistema mundial, las relaciones de poder entre Estados y la identificación de grandes potencias (Méndez, 2011). En ese sentido, resulta precipitado realizar un buen diagnóstico sobre el impacto que la pandemia puede llegar a tener en la transformación del orden mundial y diferenciar así acontecimientos coyunturales de cambios estructurales significativos y de largo alcance, aunque ya existen algunos esfuerzos valiosos en ese sentido (Boniface, 2020). Pero si un catalizador se define como aquella sustancia que acelera o retarda una reacción química sin participar en ella, puede entenderse que la COVID-19 actúa ahora como acelerador de procesos que ya estaban en marcha desde tiempo atrás, pero que ahora cobran una nueva dimensión.

En una panorámica geopolítica global y desde una perspectiva *estadocéntrica*, que deja ahora de lado las estrategias de otros actores también importantes de las relaciones internacionales en un sistema mundial complejo, tres pueden ser al menos las tendencias a destacar:

- Se refuerza la competencia creciente entre Estados Unidos y China como potencias hoy hegemónicas, avanzando hacia lo que podría entenderse como una nueva bipolaridad, con la Unión Europea enfrentada a una posición cada vez más subsidiaria en ese escenario y con un cuestionamiento aún mayor de la supuesta superioridad occidental, invisibilizada en una respuesta a la epidemia que fue bastante más eficaz no sólo en China, sino en otros países como Japón, Corea del Sur, Taiwan, Singapur y algunos otros del sudeste asiático.
- El multilateralismo acentúa su crisis, con la política aislacionista o unilateral, según los casos, del actual gobierno estadounidense que, tras abandonar el Acuerdo Trans-Pacífico de Cooperación Económica (TPP), los Acuerdos de París sobre cambio climático, el Pacto Mundial de Naciones Unidas sobre Migración y Refugiados, el Consejo de Derechos Humanos de la ONU, el Acuerdo Antinuclear con Irán, o el apoyo económico a la UNESCO y la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados Palestinos (UNRWA), ahora hace lo mismo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), con la pobre excusa de ser pro-china, congelando así una importante contribución económica que fue respondida de inmediato por una aportación suplementaria de 30.000 millones de dólares del gobierno chino.
- Se refuerzan aún más las fronteras exteriores de muchos Estados y los controles a la entrada de extranjeros con el argumento de la seguridad sanitaria, en un vano intento para protegerse de la inmigración irregular cuando es conocido que los principales transmisores del virus a otros países fueron esos viajeros casi siempre bien recibidos que llegaron a través de los aeropuertos por turismo o negocios. La novedosa paradoja es que ahora son también algunos de esos Estados emisores de emigrantes hacia los países prósperos los que han restringido la entrada a los ciudadanos del *primer mundo* para protegerse.

En resumen, tal como recuerda Cyrille Bret, “las guerras mundiales, los cracs bursátiles, las catástrofes naturales y las revoluciones tienen en común con las pandemias que pueden alterar las relaciones de poder internacionales”. Si “las grandes crisis constituyen puntos de inflexión geopolíticos, pues imprimen un ritmo más sostenido a evoluciones iniciadas o en marcha” (Bret, 2020), lo ocurrido en los seis primeros meses de 2020 parece corresponder plenamente a este tipo de situación y la rivalidad entre grandes potencias es un primer aspecto a considerar.

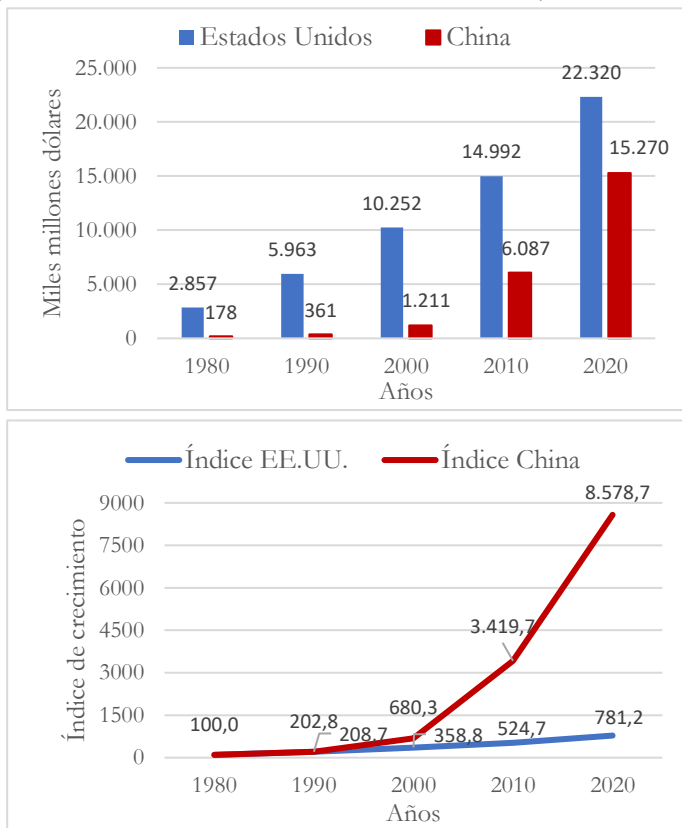
Tal como ha recordado Robert Kaplan (2013: 24), en su obra *Democratic Ideals and Reality*, publicada en 1919, Halford Mackinder -un referente casi inevitable en los estudios geopolíticos- ya planteó en esa fecha que “China, como la mayor nación continental de Eurasia, con litoral en ambos trópicos y situada en la zona templada, ocupa la posición más ventajosa del mundo”, augurando su posible posición de liderazgo en un futuro mundo multipolar, junto con Estados Unidos y el Reino Unido. La perspicacia del geógrafo británico en dibujar un mapa del mundo con grandes potencias en competencia, contrapuesta a su visión demasiado optimista sobre el futuro del imperio británico, vuelve en cierto modo a resurgir ahora, cuando pocos dudan de la progresiva confirmación de un mundo en apariencia multipolar, en el que está sometida a debate la primacía de Estados Unidos en relación, sobre todo, con China. La pandemia no cambia esa situación, pero añade algunas novedades que pueden afectar al equilibrio de fuerzas, por lo que un comentario sobre el gigante chino parece un punto de partida indispensable para contraponer su evolución reciente con la de las potencias occidentales a las que reta.

La posición de China en el escenario internacional no ha dejado de reforzarse y sin duda el crecimiento económico es un factor esencial de esa emergencia y de la creciente pugna con Estados Unidos, que ve amenazada su primacía incontestada durante buena parte del siglo XX en ese ámbito. Pueden recordarse algunos simples datos que ayudan a poner en perspectiva algunas de las tensiones actuales.

Tras el cambio de rumbo promovido por Deng Xiaoping durante su presidencia (1978-1989) y la evolución hacia lo que suele denominarse como *capitalismo de Estado*, que combina rasgos del capitalismo neoliberal con una presencia mucho mayor de lo público, junto a una dirección fuertemente centralizada y autoritaria, la expansión de su economía ha

sido prácticamente constante, con tasas de crecimiento muy superiores al resto del mundo. De este modo, por ejemplo, si en 1990 el PIB de Estados Unidos equivalía a 16,5 veces el de China, en 2000 esa desproporción se había reducido a 8,5 veces, una década después a 2,5 veces y en 2020 es de tan sólo 1,5 veces, con la previsión de equilibrarse en poco más de una década (Figura 4.1).

Figura 4.1. Evolución del PIB en Estados Unidos y China, 1980-2020.



Fuente: FMI. World Economic Outlook, abril 2020.

Tomando el PIB de 1980 en valores corrientes como índice 100, el de Estados Unidos alcanzó un valor de 781, pero el de China superó el valor 8.578, cerrando así con rapidez la brecha que les separaba.

Tal como se analizó en el segundo capítulo, en la justificación de ese incremento de potencial hay que situar la conversión de China en primera potencia industrial y exportadora, lo que se traduce en un creciente déficit comercial estadounidense en sus relaciones bilaterales. El saldo favorable a China entre exportaciones e importaciones era de 10.431 millones de dólares en 1990, pasó a 83.833 en el año 2000 y alcanzaba ya los 345.617 millones en 2019, con un buen número de multinacionales de origen y capital mayoritariamente estadounidense deslocalizadas en China y exportando a su propio país. El enorme flujo de capital que circula en dirección a China para pagar esas mercancías se compensa en parte por la compra masiva de bonos del tesoro de Estados Unidos por bancos chinos, que se convierten así en sus principales acreedores, lo que supone una forma de interdependencia asimétrica que se refuerza con el tiempo.

Esa referencia exige recordar que China se ha convertido también en potencia bancaria del mundo, superando ya la anterior primacía de los bancos estadounidenses, japoneses y europeos. Según el informe anual *Global 2000*, publicado por la revista *Forbes*, sobre las dos mil mayores empresas del mundo, a la cabeza de las que cuentan con un mayor volumen de activos (financieros, empresariales, inmobiliarios...) se encuentran bancos y algunas aseguradoras. Los tres mayores -con el *Industrial & Commercial Bank of China* a la cabeza- son chinos y suman en conjunto unos activos por valor de 11,84 billones de dólares, equivalentes al 70% del PIB de toda la Unión Europea en 2019 y 9,5 veces el de España. Por su parte, entre las 31 sociedades cuyos activos superan el billón de dólares, diez son chinas, por cinco estadounidenses, cuatro japonesas, seis de la Unión Europea, tres británicas, dos canadienses y una suiza (Tabla 4.1.).

Pero la influencia china no es sólo económica, sino que en estos años también ha incrementado lo que Nye (2003) calificó como *soft power* o poder blando, es decir, las relaciones de colaboración con numerosos países -con una presencia creciente en África y América Latina, además del sudeste de Asia- y su participación activa en organismos internacionales, con un liderazgo tangible en algunos como la FAO, la ONUDI o la OMS. Si el inicio de la pandemia pudo dar la impresión de que frenaría esa imparable expansión, la evolución posterior mostró lo precipitado y equivocado de tal diagnóstico, confirmando de paso -como recuerda Manero (2020) citando a Waetcher- que “China es de ahora en

adelante el país que condiciona a los otros” (Waetcher, 2020). En ese sentido, lo ocurrido en estos meses tiene mucho de paradójico.

Tabla 4.1. Principales empresas del mundo por volumen de activos, 2020.

Sociedad	País	Valor de activos (mil mills.dólares)
ICBC	China	4.322,5
China Construction Bank	China	3.822,0
Agricultural Bank of China	China	3.697,5
Fannie Mae	EE.UU.	3.503,3
HSBC Holdings	Reino Unido	2.917,8
Mitsubishi UFJ Financial	Japón	2.893,0
Japan Post Holdings	Japón	2.680,2
BNP Paribas	Francia	2.429,9
Freddie Mac	EE.UU.	2.203,6
Citigroup	EE.UU.	2.219,8
Crédit Agricole	Francia	1.984,2
Wells Fargo	EE.UU.	1.981,3
Sumitomo Mitsui Financial	Japón	1.954,8
Mizuho Financial	Japón	1.874,9
Barclays	Reino Unido	1.790,9
Santander	España	1.709,2
Postal Savings Bank of China	China	1.522,4
Société Générale	Francia	1.522,5
Bank of Communications	China	1.422,1
Ping An Insurance Group	China	1.218,6
Allianz	Alemania	1.183,5
Royal Bank of Canada	Canadá	1.116,3
Lloyds Banking Group	Reino Unido	1.104,7
TD Bank Group	Canadá	1.102,0
UBS	Suiza	1.098,1
China Merchant Bank	China	1.094,9
Goldman Sachs	EE.UU.	1.090,0
CITIC	China	1.063,9
Industrial Bank of China	China	1.045,0
Shanghai Pidong Development	China	1.029,3
ING Group	Países Bajos	1.001,0

Fuente: Forbes. *Global 2000*, 13 mayo 2020.

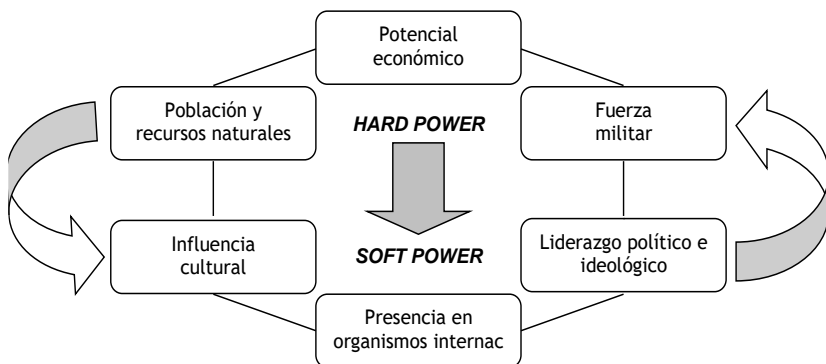
En los primeros momentos, proliferaron en Occidente las críticas al gobierno chino por la falta de medidas sanitarias en los mercados tradicionales y la persistencia en ellos de animales vivos, potenciales

transmisores del virus, que ponían en evidencia el dualismo existente entre sus brillantes metrópolis de la costa del Pacífico y una *China profunda* y poco conocida en las regiones interiores. También por la ocultación inicial de la enfermedad y las limitaciones a la transparencia informativa e, incluso, por el autoritarismo mostrado al confinar a millones de personas y prohibir desplazamientos a partir del 23 de enero, sin contar con las teorías conspiranoicas -tan gratas al presidente de Estados Unidos- que situaban el origen del virus en un laboratorio de Wuhan. Cierta sensación de superioridad occidental y supuesta constatación de la fragilidad del sistema chino se combinaron en un diagnóstico que, en muy poco tiempo, dio un giro de 180 grados.

Si bien persisten ciertas dudas sobre la utilización de las estadísticas epidemiológicas como arma de propaganda, ante la drástica y sorprendente desaparición de contagiados y fallecidos desde mediados de abril, lo cierto es que el país recuperó pronto la actividad, se convirtió en principal suministrador de material sanitario al resto del mundo -sumando envíos gubernamentales y de algunas grandes empresas como Huawei o Alibaba- e, incluso, se permitió una ofensiva diplomática calificada por algunos como *diplomacia de las mascarillas*, que incluyó el envío de material y/o personal sanitario a numerosos países, incluidos los hospitales de Nueva York.

Por tanto, pese a ser el país donde se originó el problema, además de origen de otros brotes epidémicos recientes, China parece reforzar tras la pandemia algunos de los componentes que definen tanto el *soft power* como el *hard power* de los Estados en el escenario mundial, reflejado en la Figura 4.2. Por un lado, se refuerza la imagen de eficacia de su sistema y el liderazgo de su gobierno para hacer frente a una emergencia, frente a Estados Unidos y otros muchos países, en especial del Sur Global (Zibechi, 2020). Incluso un crítico como Han (2020: 110) considera que “China podrá vender ahora su modelo de Estado policial y digital como un modelo de éxito frente a la pandemia”. También aumenta su presencia en organizaciones y acuerdos internacionales, con el golpe de efecto que supuso contraprogramar la congelación de la aportación estadounidense a la Organización Mundial de la Salud para convertirse ahora en el principal donante -junto con la Fundación Bill & Melinda Gates- a esa organización, apoyado en un discurso sobre la necesidad de mayor cooperación internacional en materia sanitaria.

Figura 4.2. Principales fuentes del poder estatal.



Fuente: elaboración propia.

Al mismo tiempo, al finalizar 2020 China representará más del 17% del PIB mundial que ya representó en 2019, ante la temprana recuperación de sus actividades. Además, el cierre temporal de fábricas, puertos y aeropuertos en este país evidenció la fuerte dependencia actual de las restantes economías respecto a esas cadenas de suministros y su posición dominante. Si antes de la pandemia, y en plena guerra comercial, el 20 de enero los presidentes Trump y Xi Jinping firmaron un acuerdo por el que, para equilibrar en mayor medida la balanza comercial, China se comprometía a importar mercancías de Estados Unidos por valor de, al menos, 200.000 millones de dólares, en su mayor parte correspondían a productos agrarios como contrapartida a las exportaciones chinas de productos industriales, lo que recordaba el clásico esquema de relaciones centro-periferia, pero en un sentido inverso al del pasado reciente.

Las acusaciones mutuas sobre el origen de la enfermedad o, ahora, la *guerra de las vacunas*, suponen, pues, un señuelo que oculta una pugna política y económica creciente, propia de periodos de transición, entre una potencia emergente y otra declinante que, sin recurrir a la fuerza militar por el momento, parece que marcará el futuro inmediato (Allison, 2017; Merino y Narodowski coords., 2019) y el coronavirus parece haberse convertido en una pieza más a manejar en el tablero geopolítico.

4.2. Estados Unidos y la Unión Europea frente al espejo del declive.

El contrapunto necesario para situar la evolución de China lo ofrecen Estados Unidos y la Unión Europea, centros de poder indiscutidos durante la llamada *era atlántica* y que enfrentan, desde hace tiempo, dificultades crecientes para mantener su posición, que la crisis sanitaria acentúa, aunque con diferencias significativas entre uno y otro caso.

Tal como escribió George Packer en el prólogo de su libro sobre el declive de Estados Unidos, “como ocurre siempre que se producen grandes cambios, la estructura empezó a resquebrajarse innumerables veces, de formas diversas... Los estadounidenses nacidos a partir de 1960 han vivido la mayor parte de su vida adulta en el vértigo de ese proceso de desmoronamiento histórico. Han sido testigos de cómo instituciones existentes desde antes de su nacimiento se venían abajo como árboles talados a lo largo y ancho del paisaje. Vino a llenar ese vacío el poder de base en la vida de los estadounidenses: el dinero organizado” (Packer, 2015: 11).

Esa opinión marcadamente crítica contrasta con la mucho más favorable de la mayoría de estudiosos de las relaciones internacionales, que durante décadas destacaron su ascenso a superpotencia en el mundo bipolar posterior a la segunda guerra mundial y el reforzamiento de esa hegemonía tras la implosión de la Unión Soviética en 1991, lo que permitió a Védrine (2000) calificarla, incluso, como *hiperpotencia*. El liderazgo estadounidense en el diseño del modelo de capitalismo global hoy vigente, con el dólar como principal moneda internacional de referencia, máximo exponente de una economía altamente financiarizada y endeudada, junto con unas reglas del juego guiadas por principios neoliberales y la consiguiente profundización de las desigualdades sociales y territoriales, aseguraba un liderazgo económico y político consolidado -que se apoyaba también en su control de los principales organismos internacionales-, pese a la progresiva pérdida de su posición como primera potencia industrial y su creciente déficit exterior. A eso añadía -y continúa haciéndolo en la actualidad- una notable supremacía militar, basada en un gasto anual que en 2019 alcanzó los 732.000 millones de dólares, un 38% de los 1,9 billones gastados en el mundo y casi tres veces el de China, según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI).

No puede olvidarse tampoco su dominio en el plano tecnológico, con epicentro en Silicon Valley y las grandes empresas identificadas como GAFAM (Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft) como principales representantes, todas con un valor de sus acciones en bolsa sólo comparable al de Aramco, la petrolera saudí (Forbes, 2020). Por último, el crecimiento de inmensas fortunas, obtenidas más en la especulación financiera que en la *economía real* y la constante expansión de los inversores institucionales -en especial grandes fondos de inversión y de pensiones con sede en Nueva York-, capaces de captar anualmente grandes volúmenes de capital para dirigirlos a los mercados bursátiles, la compra o participación accionarial en el capital de empresas de múltiples sectores y territorios, o la inversión inmobiliaria en grandes metrópolis y áreas turísticas, reforzó un capitalismo rentista con identidad estadounidense que pareció compensar la pérdida de capacidad productiva y mantener así su liderazgo. Pero, tal como señala el citado Packer (2015: 456), “también se podría estudiar ese tiempo como una sucesión de burbujas: la de los bonos, la tecnológica, la de la Bolsa, la de los mercados emergentes, la inmobiliaria... Una tras otra reventaron, lo que demuestra que se trataba de soluciones temporales para problemas a largo plazo, quizá una manera de ocultar esos problemas, distracciones. Tanta burbuja y tanta gente persiguiendo riquezas efímeras dejaban claro que había algo fundamentalmente erróneo en cómo funcionaban las cosas”.

Puede interpretarse que la pandemia saca a la luz los frágiles cimientos sociales e institucionales de un sistema que se ha mostrado incapaz de atender a sus ciudadanos, con una sanidad pública insuficientemente dotada y un gobierno federal errático, que abandonó en buena medida sus responsabilidades, asumidas en todo caso por los gobiernos de los estados. De este modo, si el liderazgo de Estados Unidos era ya cuestionado en algunos ámbitos, lo que resulta incuestionable es su liderazgo en la mala gestión de la pandemia, con seis millones de contagios confirmados y cerca de 200.000 fallecidos al finalizar el mes de agosto, bastante por delante aún de Brasil (cuatro millones y 125.000 respectivamente) que, empujado por la también lamentable gestión del gobierno Bolsonaro, alcanza un triste segundo puesto.

Así pues, lo que aquí se entiende como el declive de la gran potencia que representa Estados Unidos resulta de la combinación de tendencias

de largo plazo, ya visibles en indicadores como los comentados y en la pobre respuesta ante un problema global tan grave como la pandemia. En esta situación, el actual gobierno parece querer *hacer grande de nuevo* a Estados Unidos mediante un creciente aislacionismo y arrebatos de acciones unilaterales, al margen de acuerdos previos con sus aliados tradicionales.

En definitiva, la rivalidad entre Estados Unidos y China se sitúa en el marco habitual de relaciones de poder, pero al margen de la oposición ideológica que marcó el periodo de la *guerra fría* porque, como afirma Boniface (2020), “China es hoy más china que comunista” y sus dirigentes “atienden más a la tasa de crecimiento y la evolución de la bolsa que al estudio del marxismo-leninismo o la lectura del *pequeño libro rojo* (de Mao)”. La pandemia supone un paso más en ese cambio que se viene produciendo en la balanza del poder entre ambos, en una tensión que seguirá marcando el futuro inmediato pues, como se afirma en un reciente artículo, la posibilidad de un nuevo presidente en la Casa Blanca a partir de noviembre puede suponer más un cambio en las formas y un regreso al multilateralismo que en el fondo de esa rivalidad (The Economist Intelligence Unit, 2020).

Pero focalizar esa progresiva transformación del mapa geopolítico sólo en la competencia con China resulta algo reduccionista, pues en este tiempo de pandemia Estados Unidos también ha visto cuestionado su poder energético por *los amigos del Golfo*. Entre 2010 y 2020, el recurso a sistemas de extracción no convencionales como el fracking -que aprovecha los yacimientos de esquistos bituminosos- permitió al país triplicar con creces su capacidad de producción (de 4 a 13 millones de barriles diarios), gracias a la existencia de unos altos precios del petróleo en los mercados internacionales, que permitían compensar los también elevados costes de extracción.

El progresivo estancamiento de la economía mundial en 2019 inició una moderación en esos precios, que dio paso a su hundimiento a partir de marzo, cuando la COVID-19 detuvo la actividad y redujo a niveles muy bajos el uso de todo tipo de medios de transporte. En ese contexto, cuando algunos países exportadores pedían reducir la producción para atenuar el desplome de precios, Arabia Saudí la aumentó y el precio se situó en 20-30 dólares por barril (varios días incluso por debajo de 20 dólares), frente a 63 a comienzos de año.

La justificación fue su competencia con Rusia pero, de hecho, el principal perjudicado fue el petróleo estadounidense, incapaz de competir en precio con el saudí, que tiene costes de extracción muy inferiores, lo que provocó la quiebra de más de 200 empresas petroleras estadounidenses en el primer trimestre de 2020. El hecho de que las *amistades peligrosas* le pierdan el respeto a la primera potencia es buen indicador de que el supuesto mundo unipolar que siguió a la desaparición de la URSS fue apenas un espejismo breve. Lo que en este mundo post-pandemia está en cuestión es si resulta más adecuado interpretar que entramos en una nueva bipolaridad chino-estadounidense, o bien estamos en un periodo multipolar, de potencias regionales que compiten y colaboran. Revisar el modo en que la Unión Europea -una de esas grandes potencias en casi todos los textos geopolíticos- se ha enfrentado a la pandemia puede aportar alguna luz a ese debate y, sin duda, ha tenido importantes consecuencias para los ciudadanos europeos.

La conciencia sobre la progresiva pérdida de protagonismo de la Unión Europea en el escenario geopolítico, casi en paralelo y como contrapartida a su ampliación, cuenta con numerosas publicaciones como para aportar aquí ideas originales en ese sentido. Las múltiples crisis de una Unión a menudo poco unida, en especial cuando se trata de adoptar decisiones estratégicas, junto a una debilidad política que es el contrapunto a su potencial económico, son muy anteriores a las específicas circunstancias del momento presente (Castells edit., 2018)

Pero la crisis inesperada que provocó el coronavirus ha vuelto a plantear un reto existencial cuando apenas había concluido el proceso de ruptura del Reino Unido (*Brexit*), poniendo a los gobernantes y las sociedades de Europa ante el dilema de aceptar un declive casi definitivo como actor geopolítico con presencia global, o bien recuperar la capacidad de reacción y el liderazgo que alguna vez se pensó que tendría en el mundo posterior al periodo de bipolaridad que finalizó de forma oficial con la disolución de la URSS. Se han utilizado diversos adjetivos para calificar esa respuesta, hablando de una Europa *vacilante* (Boniface, 2020), o *indolente* (Romero, 2020) y ambos recogen bien una situación que aquí se calificará como ambivalente pues, entre lo ocurrido en estos últimos meses, la selección que se haga de los aspectos considerados más relevantes puede conducir a conclusiones bastante diferentes.

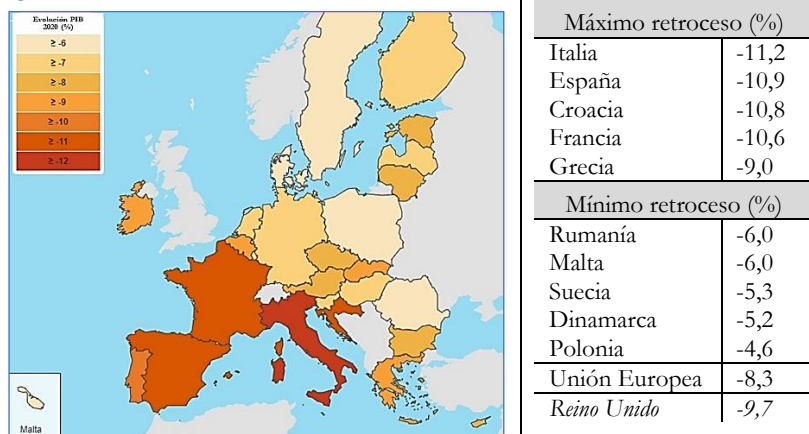
En primer lugar, la capacidad de resistencia frente a la crisis sanitaria puede considerarse mediocre y su gestión volvió a evidenciar falta de coordinación -cuando no insolidaridad- entre los supuestos socios. Al finalizar el mes de agosto, la Unión Europea contabilizaba cerca de dos millones de casos confirmados y 140.000 fallecidos, lo que ya sólo representa el 8% y el 17% respectivamente del total mundial, muy por detrás, por ejemplo, de Estados Unidos y Canadá (25% y 18%), o de América Latina (29% y 38%). Pero entre marzo y principios de mayo, los países europeos -comenzando por Italia y España- sí estuvieron en el epicentro de la pandemia y la reacción en ese momento fue tardía y lastrada por diversas deficiencias.

Si bien es cierto que la Comisión Europea no tiene competencias en materia sanitaria y las medidas adoptadas frente al contagio fueron responsabilidad de los diferentes Estados, incluidos los diversos grados y modos de confinamiento de su población, eso no impedía cierto grado de coordinación y colaboración. Ambas estuvieron ausentes en decisiones como la de Alemania y Francia de prohibir la venta de material sanitario fabricado en su territorio a sus vecinos, o la de cierre de fronteras y abandono del espacio Schengen por parte de algunos gobiernos sin contar con el resto, que la posterior apertura de corredores de transporte para la llegada de suministros médicos no logró paliar. Como afirma Boniface (2020), “la crisis del COVID-19 ha mostrado los límites del término *unión*”, comenzando por la falta de ayuda a Italia -el primer país en sufrir los embates de la enfermedad-, sin llegar a activar el mecanismo de protección civil para el abastecimiento de equipos y material sanitario.

En segundo lugar, y de forma destacada, hay que mencionar las acciones emprendidas para hacer frente a una crisis económica que, en esta ocasión, afectó a todos los países miembros, si bien con intensidades que, de nuevo, son bastante diferentes, tanto por la incidencia de la pandemia en cada caso como, sobre todo, por su base económica e institucional previa. Según el *European Economic Forecast* correspondiente al verano de 2020, publicado por la Comisión Europea en julio, todos los países registraron retrocesos del PIB en el primer semestre que, en tasas interanuales, fueron en promedio del -8,3%. Pero mientras países mediterráneos con fuerte especialización turística como Italia, España, Croacia, Grecia e, incluso, Francia registraron caídas superiores al -10%,

en otros como Dinamarca, Suecia, Malta o Rumanía no superaron el -6%, siendo mínimas en Polonia (-4,6%), tal como refleja la Figura 4.3.

Figura 4.3. Evolución interanual del PIB en la Unión Europea.



Fuente: Comisión Europea. *European Economic Forecast. Summer 2020.*

Como ha recordado Marcu (2020), la mano invisible del mercado no escapó del contagio y eso obligó de nuevo, a cada uno de los Estados europeos y a la propia UE, a acudir en su rescate, aunque en este último caso con dudas y tensiones hasta alcanzar un acuerdo. Para lograrlo se tuvo que afrontar la ya tradicional desconfianza entre los países que, de modo simplista, suelen identificarse con el norte y el sur del continente, aunque la divisoria es más compleja y guarda más relación con el respectivo impacto económico de la pandemia, el nivel previo de endeudamiento y la mayor o menor ortodoxia neoliberal de sus gobiernos.

El Banco Central Europeo no estuvo sometido a esas negociaciones intergubernamentales y ya el 12 de marzo anunció un plan de ayuda de 110.000 millones de euros, que poco después debió elevar a 750.000 millones ante la gravedad de la situación, aunque resultaba bastante inferior al otorgado por la Reserva Federal en el caso de Estados Unidos. Por su parte, la Comisión Europea comenzó su intervención permitiendo las ayudas por parte de los Estados a sus empresas en crisis, lo que suspendía de forma temporal el sacrosanto principio de competencia, al

tiempo que el Pacto de Estabilidad, que prohibía a los miembros del club superar el 3% de déficit público, para atender las necesidades urgentes.

Se fracasó, en cambio, en el intento de aprobar los llamados *coronabonos*, que suponían mutualizar la deuda de los Estados y hubieran permitido obtener préstamos en los mercados financieros con la misma tasa de interés. Era una demanda de países del sur (Italia, Francia, España, Portugal y Grecia), pero también de Irlanda, Luxemburgo, Bélgica y Eslovenia, pero rechazada por la poderosa Alemania y los calificados con el curioso eufemismo de *países frugales* (Países Bajos, Suecia, Austria, Dinamarca). Se abrió así una nueva fractura que, en cierto modo, reproducía la ya producida tras la anterior crisis y se recuperó el también viejo debate sobre la opción de una Alemania más europea o una Europa más alemana, pese a que la posición de su gobierno resulta ahora menos dogmática al haber sido golpeado también por la pandemia (más de 240.000 contagios y 9.300 fallecidos al finalizar agosto).

Ante el serio peligro de ruptura, y como nueva demostración del funcionamiento real de las instituciones europeas, el 18 de mayo Alemania y Francia comunicaban -y decidían- un plan de relanzamiento por el que la Comisión Europea se endeudaba por primera vez de forma importante, con cargo al presupuesto comunitario, para ayudar a los países y regiones más afectados. A continuación, la Comisión Europea presentó un plan de reconstrucción por importe de 750.000 millones de euros, de los que 500.000 millones deberían corresponder a transferencias o subvenciones a fondo perdido y 250.000 a préstamos reembolsables, que debía aprobarse en el Consejo Europeo previsto para el 19 de junio.

No es objetivo de este texto recordar las vicisitudes de un largo y a veces agrio debate que tuvo amplia cobertura en los medios de comunicación europeos, cuyos ejes de discusión principales correspondían a la condicionalidad de las ayudas a la aprobación o no de un programa de inversiones y reformas presentado por los Estados demandantes, junto al cumplimiento del Pacto de Estabilidad para permitir o no aumentar el endeudamiento público con el fin de atender las nuevas necesidades derivadas de la pandemia. Finalmente, tras varios intentos fallidos, el Consejo Europeo extraordinario del 17 al 21 de julio aprobó un plan de ayuda con una dotación de 750.000 millones de euros, de los que 390.000 correspondían finalmente a subvenciones y 360.000

a créditos, condicionado a atender necesidades urgentes y favorecer un desarrollo de la economía *verde* y la digitalización.

Se trata de una cifra bastante inferior a las solicitadas en su día por el Parlamento Europeo y países como España, pero supone que por vez primera la Unión Europea se endeuda de forma compartida. Como ha apuntado Bret (2020), “en unas pocas semanas, la Unión se reveló como keynesiana”, aceptando la necesidad de una intervención pública para reactivar la economía y combatir el desempleo cuando los mercados desnudan sus insuficiencias. Se salva así una situación que parecía conducir al enfermo a una situación terminal y puede, por ello, concluirse que “son decisiones acertadas porque revelan que la voluntad de acuerdo se ha impuesto a la desconfianza, pero están muy lejos de la idea de Europa que nos haría más fuertes” (Romero, 2020: 30).

Sin aflojar el estrecho corsé que para las economías y las sociedades - en este caso europeas, pero no sólo- impone una economía altamente financiarizada y progresivamente desindustrializada, una regulación neoliberal que limita la acción pública a establecer las normas que permitan el libre juego de los actores económicos, y una globalización basada en una aceleración constante, resultará difícil alcanzar esa Europa social que tantas veces se reclama, pero sin considerar las bases materiales -y no sólo la falta de voluntad política- que la impiden desarrollarse. Tampoco conviene olvidar que una Unión Europea débil hace fuertes tanto a las potencias competidoras en el mapa geopolítico, como a las grandes empresas y corporaciones financieras que aumentan su capacidad negociadora con cada uno de los gobiernos por separado.

Una última derivada a comentar del impacto provocado por la pandemia en las sociedades europeas ha sido el auge de lo que Debuysere (2020) ha denominado el *coronacionalismo*, cuyo reflejo geográfico más evidente ha sido el cierre de fronteras. Según Žižek (2020: 21), “la necesidad médica fundamentada de cuarentena encontró eco en la presión ideológica para establecer fronteras claras” y controlar aún más la migración, lo que identifica como uno de los *virus ideológicos* difundidos en este periodo. Si parece evidente que en la Unión Europea “el proyecto político se diluye gradualmente, las sociedades se fracturan y los pueblos se repliegan y se rodean de muros reales y metafóricos” (Romero, 2020: 26), la propagación del miedo ha propiciado un repliegue defensivo que aumenta los obstáculos a la libre circulación de personas.

La función separadora y supuestamente protectora de las fronteras como barreras frente al otro, reconocidas internacionalmente, permanece casi inmutable a lo largo de la Historia, dispuestas a hacerse especialmente tangibles cuando se considera que las circunstancias lo exigen. Pocos dudan que, frente al virus, esas fronteras interestatales se han mostrado especialmente porosas, pero eso no impidió su reforzamiento por criterios de seguridad, con el cierre del espacio Schengen a partir del 17 de marzo como hito destacado, incluso cuando era evidente que ya existía una transmisión comunitaria interna en muchos de los países. Escrita en esos momentos en que Europa era el centro de gravedad de los contagios, una frase de Byul-Chul Han (2020: 98) refleja bien lo paradójico de la situación: “Europa ha decretado la prohibición de entrada a extranjeros; un acto totalmente absurdo en vista del hecho de que Europa es precisamente a donde nadie quiere venir”.

Ese *mapa de los territorios excluidos*, a cuyos ciudadanos se niega la entrada o se exige pasar una cuarentena, persiste hoy y es posible que se mantenga en el futuro próximo. Se confirma así de nuevo que las aduanas mantienen un valor simbólico que, a menudo, supera su eficacia real, cuando lo que Le Roy Ladurie (1973) llamó la *unificación microbiana del mundo* lleva varios siglos funcionando. Encontrar un punto de equilibrio que, sin renunciar a la protección razonable, no dé alas a la xenofobia parece un reto para el tiempo que viene.

En conclusión, si la Unión Europea pretende mantener su posición en el escenario mundial, pero también asegurar el bienestar de sus ciudadanos, debe dar una respuesta más contundente, solidaria y coordinada, tanto a la crisis sanitaria como a la socioeconómica y la política (Benedicto, 2020). De no ser así, carente de orientación estratégica para atender esas urgencias y en pleno rebrote de egoísmos nacionalistas que dificultan las decisiones comunes, parece condenada a continuar su lento declive en el mapa geopolítico, que sólo la reactivación de un proyecto europeo no limitado a una unión económica y monetaria puede lograr. En todos esos retos, la acción del Estado resulta -como siempre- decisiva e impostergable, abriendo así otro ámbito de debate hoy reactivado y con implicaciones para diferentes ciencias sociales, que exige al menos una aproximación superficial.

4.3. Entre la sobredosis de neoliberalismo y la revitalización del Estado.

El mito del libre mercado, capaz de autorregularse y contrapuesto a la intervención del Estado, nunca pasó de ser un argumento retórico y propagandístico. Incluso los defensores del ideario neoliberal más estricto siempre tuvieron clara la importancia del Estado para establecer un marco normativo favorable a la competencia y la desregulación de todo tipo de mercados, así como para defender los intereses de las empresas propias en el marco de la rivalidad internacional, o acudir en su rescate en tiempos de crisis, socializando pérdidas a costa del presupuesto público. Esa forma de gobernanza en que los actores privados ganan terreno frente a los públicos, ya sea en la gestión sanitaria y de la asistencia social, como en la de otros servicios esenciales, en el ámbito bancario o en el urbanístico, entre otros muchos, se revela ahora como origen de algunas fragilidades e incapaz de hacer frente con suficiente eficacia a la emergencia pandémica.

Las reformas neoliberales aplicadas en nuestras sociedades, aunque con intensidades y características diferentes según territorios, pues existen diversas modalidades adaptadas a su específica trayectoria y ambiente institucional (Brenner, Peck y Theodore, 2010), se enfrentan hoy de nuevo -como ya ocurrió en 2008- al descrédito. Este resulta mayor aún cuando se comprueba que algunos de sus principales adalides se encuentran entre los países más afectados por la enfermedad. Incluso, algunos autores consideran llegado el momento de rechazar de forma explícita ciertos dogmas de la *vulgata* neoliberal a la luz de los recientes acontecimientos, que Duterme (2020a) sintetiza en cinco principales:

- “No, los sectores de la salud y la seguridad social no suponen un gasto público excesivo;
- No, los servicios públicos de calidad no son la puerta abierta a una colectivización forzada de la sociedad;
- No, los acuerdos de libre cambio no son sinónimo de progreso económico y social;
- No, los déficits públicos que exceden del 3% del PIB no precipitan al país en el caos;

- No, recuperar cierta autonomía (en particular, en los ámbitos alimentario, energético y financiero) no es el primer paso hacia un nuevo conflicto mundial”.

Como punto de partida de lo que este autor identifica como una *geografía de combate* (Duterte, 2020b) se encuentra, pues, la necesidad de cuestionar en diferentes ámbitos un mantra neoliberal que ha propiciado un progresivo deterioro de servicios básicos y bienes comunes mediante recortes presupuestarios exigidos por la austeridad fiscal, o bien ha impulsado su privatización y ha permitido la deslocalización masiva de empresas guiadas tan sólo por el afán de lucro y sin ninguna responsabilidad hacia los territorios donde se localizaban y hacia sus trabajadores, incluidas las de sectores estratégicos. También ha aumentado la inseguridad en el empleo, más fácil así de destruir ante cualquier amenaza, o propiciado la progresiva desaparición de la agricultura y el comercio de proximidad -ahora valorados como esenciales- frente a los grandes grupos agroindustriales y de distribución. Por último, no ha dado solución al objetivo de lograr una ordenación territorial respetuosa con el medio ambiente ni al problema de tener una vivienda digna -donde ahora confinarse- para una parte significativa de los ciudadanos, aunque variable según sociedades.

La conversión de bienes y servicios de primera necesidad en mercancías, que alimenta diversas formas de vulnerabilidad, está también en la raíz de otros procesos bien conocidos en los estudios geográficos. Entre ellos pueden mencionarse la desregulación del mercado del suelo, la sustitución de los planes urbanísticos por simples proyectos, la especulación inmobiliaria, o el progresivo abandono de la producción de vivienda pública y la desaparición de la banca pública que pudiera financiarla. También el deterioro o la pérdida de recursos naturales y paisajísticos, la peligrosa hiperespecialización de los territorios al acentuarse la división espacial del trabajo a diferentes escalas, o la concentración de los grupos sociales desfavorecidos en determinados sectores urbanos, donde a la pobreza de la gente se suma la del lugar, generando así un ambiente propicio a diversos tipos de riesgos sanitarios.

Por esa razón, en momentos como el actual en que crece de forma exponencial la sensación de inseguridad, incluso en países con historias y estructuras económicas, políticas, sociales e institucionales diversas, “el

Estado sale abierta y masivamente al rescate del mercado y se comprueba que este ni se auto-regula, ni se auto-controla, ni produce espontáneamente lo que la sociedad necesita” (Restrepo y Hernández, 2020). Se hace así patente la demanda que, tanto numerosos ciudadanos como empresas, hacen de un Estado fuerte para que sea el principal garante de su seguridad, cumpliendo diferentes funciones que se complementan.

Una función clásica de protección frente a amenazas exteriores como ahora la COVID-19, asegurando un abastecimiento de material médico suficiente, así como el reforzamiento del sistema sanitario y asistencial público, junto al establecimiento de reglas claras para limitar, en caso de necesidad, los derechos de reunión y libre circulación con el fin de frenar los brotes y recuperar en un tiempo breve la actividad. Una función de regulación de ciertos mercados para evitar la especulación con productos esenciales, limitar las subidas del precio de alquiler de la vivienda, o sustituir los despidos laborales por normativas que sean menos lesivas para los trabajadores. Por último, una función de dinamización económica, inyectando una cascada de dinero público para reactivar la economía mediante compra de activos financieros o empresas estratégicas en quiebra, subvenciones y avales a PYMEs y autónomos, exenciones o moratorias fiscales con carácter temporal, elevando los niveles de déficit público permitidos para poder financiarlo.

De este modo, incluso en círculos tradicionalmente poco proclives al que consideraban intervencionismo estatal, parece aceptarse ahora cierta relación entre *comunidad e inmunidad* (Manrique, 2020: 153), pues frente a la pandemia sólo será posible una solución colectiva. En definitiva, la importancia de las decisiones políticas -y no sólo de la habitual confrontación partidaria y el ensordecedor ruido mediático que la acompaña- vuelve a hacerse patente ante el miedo de una parte creciente de la ciudadanía -incluidas algunas élites- a que la sociedad en que vivimos se desplome. Frente al tópico y simplista discurso neoliberal, se confirma así el Estado como solución y no como problema, aunque no conviene un optimismo exagerado pues está por ver si tan sólo de forma temporal, tal como ya ocurrió tras la anterior crisis.

Pero el incremento de este tipo de demandas no debiera conducir a sacar conclusiones precipitadas, como la de Borón (2020) cuando afirma que “ese mundo pospandémico tendrá mucho más Estado y mucho

menos mercado”, o la de Žižek en su libro *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo*, publicado con cierta urgencia cuando los acontecimientos aún estaban en sus inicios y que ha tenido notable repercusión mediática. Tras plantear que los mecanismos del mercado no pueden resolver esta crisis, afirmaba que “tendrán que considerarse a nivel global medidas que hoy en día a casi todos nos parecen *comunistas*: la coordinación de la producción y distribución tendrá que realizarse fuera de las coordenadas del mercado” (Žižek, 2020b: 19), acabando así con uno de los rasgos centrales del capitalismo. En esa línea argumental, también consideró que “está agonizando cierta forma de organización de libre mercado y desregulada, con su propensión a las crisis y a las pandemias”, contrapuesta a otra alternativa que “reconoce la interdependencia y la primacía de la acción colectiva”, para concluir que “la elección a la que nos enfrentamos es la siguiente: barbarie o algún tipo de comunismo reinventado” (*Ibidem*: 73 y 76). La indudable capacidad de este tipo de afirmaciones para atraer la atención y suscitar polémica no necesariamente exigen un refrendo en la realidad observada y lo ocurrido en los meses posteriores no parece haber seguido ese rumbo.

Del mismo modo, resulta también arriesgado -aunque pueda ser deseable- suponer que la experiencia pandémica, de forma espontánea, “frene ese gusto por los excesos consumistas temerarios e insensatos” (Harvey, 2020: 95) y el ritmo frenético de las grandes ciudades, pues parece discutible que la experiencia de nuestra mutua interdependencia pueda transformar, por sí sola, un sistema tan asentado, más aún porque subsisten fuerzas poderosas empeñadas en restaurar la vieja normalidad e, incluso, profundizar algunas tendencias sostenidas por una racionalidad neoliberal que, pese a los daños colaterales que provoca, aún goza de buena salud en los círculos cercanos al poder.

Tal como alerta Étienne Balibar, “algunos piensas que la crisis sanitaria, con sus derivadas, constituye un peligro mortal para ese *estadio supremo del capitalismo* que representaría el neoliberalismo, pero otros sostienen exactamente lo contrario” (Balibar, 2020: 2) pues, en la línea de la *doctrina del shock* de Naomi Klein (2007), recuerdan que las crisis anteriores han justificado nuevas formas de explotación y reforzado ese tipo de soluciones neoliberales. Varias tendencias visibles en la respuesta que se está configurando a la actual parecen señalar que aún no se ha superado el *pico de la pandemia neoliberal* (Caillé y Livinec, 2020), por lo que

esa amenaza sigue presente. Pueden señalarse ahora algunas de esas tendencias que mantienen una línea de continuidad con el pasado reciente:

- La crisis pandémica vuelve a interpretarse en determinados ámbitos como una nueva suma de accidentes y errores, ajenos a la lógica del propio sistema, por lo que se trataría de un simple paréntesis - doloroso pero temporal- del que habrá que salir cuanto antes, recuperando un ritmo de crecimiento de la producción y el consumo que por sí sólo deberá resolver los elevados costes sociales, sin plantearse la existencia de otras alternativas transformadoras; se trataría de relanzar la economía y el empleo a corto plazo para que la máquina de los negocios vuelva a funcionar a pleno rendimiento, aún a costa de postergar objetivos de sostenibilidad, equidad o reequilibrio territorial que estos discursos y gobiernos consideran menos urgentes.
- Los ingentes recursos monetarios puestos en circulación por los bancos centrales siguen sin destinarse directamente a los Estados mediante la compra de sus emisiones de deuda, sino a aportar liquidez a los mercados financieros y las entidades bancarias, para que sean ellas las que otorguen créditos al sector público, las empresas o las familias, convirtiéndose así en sus acreedores.
- En el caso de las compañías ahora rescatadas total o parcialmente con dinero público -como hace diez años los bancos- sigue sin considerarse su nacionalización permanente, pues se plantea su reprivatización una vez saneadas y con beneficios; en aquellos países donde la banca pública aún tiene cierta importancia, la pandemia parece demostrar ahora su valor estratégico en la reconstrucción económica (Missé, 2020), pero la primacía habitual de las entidades privadas limita sus posibles efectos dinamizadores.
- El deterioro del empleo derivado de la detención de la actividad no ha puesto en entredicho el régimen de precariedad creciente, justificado en el discurso neoliberal por una necesaria flexibilidad, ni tampoco las normativas laborales que lo favorecen, sino que el objetivo declarado es recuperar su volumen anterior, no necesariamente mejorar su calidad.

- Se reproduce también en bastantes lugares el viejo discurso -que ya se demostró falso en el pasado reciente- de que para reactivar el sector inmobiliario e, incluso, abaratar la vivienda hay que liberalizar aún más el mercado del suelo y reducir las supuestas *rigideces* del planeamiento, junto a los controles urbanísticos o ambientales que aún sobreviven al avance de la urbanización; en la misma línea, también acabar con las moratorias al aumento de la oferta turística en destinos sobresaturados, donde la presión de ciertos movimientos sociales obligó a aprobar en el pasado ciertas restricciones.
- Por último, la disparidad en el tratamiento fiscal dado al capital y al trabajo, así como los ingentes recursos que escapan al erario público a través de la elusión y la evasión fiscal, que podrían sostener una mayor cantidad y calidad de esos servicios públicos que ahora reclama la ciudadanía, parecen asuntos ajenos al debate actual, lo que evita cuestionar una estrategia de determinadas élites destinada a proteger la insolidaridad de los propietarios de ese capital.

En cualquier caso, no puede negarse que, al menos en estos primeros meses y en una parte de los países afectados, progresa “el retorno del Estado dueño de recursos y gestor de la economía” (Heisbourg, 2020: 4), como actor esencial para reactivarla mediante un aumento del gasto y la inversión públicos, mejorar la distribución del excedente y, de ese modo, moderar las desigualdades que provoca el impacto de la pandemia.

A los habituales argumentos planteados por sus seguidores tradicionales, junto a los neoconvertos al keynesianismo -entre los que parecen encontrarse algunos responsables de las instituciones europeas o del FMI-, se suma ahora la defensa de lo que Stiglitz califica de *capitalismo progresista*, que fundamenta en la búsqueda de una prosperidad compartida, así como el logro de una economía más eficiente y estable, lo que exige necesariamente recuperar esa mayor presencia del Estado promotor y regulador, tras constatar que “la liberalización y la globalización trajeron riqueza a unos pocos y estancamiento, inseguridades e inestabilidad al resto”, cuando “demasiada gente se vio tentada a pensar que lo que era rentable era necesariamente lo bueno, sin darse cuenta de que las ganancias pueden aumentar por la explotación más que por la creación de riqueza” (Stiglitz, 2020: 54 y 68).

Pero a esa defensa de una mayor presencia de lo público en el ámbito de la economía debe sumarse la del Estado social, con una doble finalidad que en momentos de crisis resulta aún más esencial. Por un lado, prestar apoyo a los sectores más vulnerables de la sociedad para que accedan a servicios básicos de salud, alimentación, escolarización o cuidados, así como a una vivienda digna o la disponibilidad de prestaciones si caen en el desempleo o de un ingreso mínimo vital que limite el riesgo de exclusión. Con la triste experiencia vivida en estos últimos meses, cobra especial trascendencia asegurar que la asistencia médica o el cuidado de los mayores y las personas dependientes se convierta en un derecho efectivo y no en un negocio más, por el que en los últimos años muestran creciente interés numerosos fondos de inversión como alternativa a la saturación de ciertos mercados inmobiliarios.

Por otro, más allá del asistencialismo, asegurar la igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos y ampliar los bienes públicos a los que tienen derecho, mediante políticas fiscales progresivas que redistribuyan los recursos y moderen así las desigualdades generadas por la lógica del mercado. En palabras de Barata (2014: 31), “el Estado social favorece que la sociedad se haga comunidad, protege y amplía la libertad de elección de los ciudadanos y protege también de los efectos agresivos del capitalismo, que consigue atenuar de forma significativa”.

Aproximar esas prestaciones a los distintos territorios y sus habitantes, con una mayor aportación de recursos allí donde el impacto de la crisis sea mayor, pero manteniendo al tiempo un principio básico de equidad territorial, exigirá mayores esfuerzos para mejorar una co-gobernanza que establezca equilibrios, siempre complejos, entre las diferentes administraciones de un Estado multinivel (Carmo *et al.*, 2014).

Finalmente, en esta era de *capitalismo precario* (Azmanova, 2020) donde la inestabilidad era ya la norma antes de que apareciese la COVID-19 y ahora tan sólo se agudiza, está en discusión si este tipo de respuestas resultarán suficientes o son precisas iniciativas más exigentes que permitan avanzar hacia ese *postcapitalismo* de perfiles aún difusos pero basado en lógicas de funcionamiento diferentes (Mason, 2016). Será para ello útil prestar mayor apoyo a la economía social y solidaria junto a prácticas económicas y sociales alternativas, capaces de aportar criterios morales en la defensa de las personas, los lugares y el planeta.

Utilizando la terminología propuesta en su día por Polanyi (1989), sólo así, complementando la redistribución realizada desde el Estado con la reciprocidad en el interior de redes horizontales de colaboración promovidas desde la sociedad civil para desarrollar actividades viables y sostenibles, socialmente responsables y generadoras de empleo, podrán satisfacerse necesidades no resueltas por el mercado (Méndez, 2015), incluidas algunas de las emergencias surgidas en estos últimos meses.

Pero lo que resulta menos cuestionable es que al asombro ante lo inesperado le siguió la conciencia de que el funcionamiento del sistema en las últimas décadas es incapaz de dar una respuesta suficiente e inclusiva frente a las crisis que se han sucedido desde que se inició el siglo. No obstante, no será el coronavirus el que transforme esa problemática situación, que sólo una ciudadanía más consciente y organizada, junto a un Estado que, en sus diferentes niveles de gobierno, recupere atribuciones que nunca debió perder, podrán enfrentar e intentar resolver, sin conformarse con un simple regreso al pasado y a una normalidad con demasiadas contradicciones.

4.4. Frente a la reincidencia, la resiliencia: apuntes para una reconstrucción.

En el ámbito socioeconómico y frente a problemas comunes, pero también específicos, a que se enfrentan los diferentes países, regiones o ciudades, no puede esperarse el descubrimiento de una vacuna que todo lo remedie, convirtiendo los males provocados por esta crisis epidémica en un mal sueño. Puede resultar una idea compartida por una amplia mayoría que lo más necesario en estos momentos es atender las demandas urgentes que, para sobrevivir, plantean las personas y los grupos sociales más vulnerables, las empresas y autónomos con menores recursos y capacidades para superar la reducción de actividad e ingresos, así como los territorios donde la mayor presión sobre su sistema sanitario, la hiperespecialización en actividades especialmente golpeadas por el freno a la movilidad, la abundancia de empleo informal y sin derecho a prestaciones asistenciales, o las deficiencias en las condiciones del hábitat, acentúan las dificultades.

Pero no sólo lo urgente es importante y en estas páginas se ha intentado explicar que determinadas formas de crecimiento que aportan

escaso desarrollo, excesivas desigualdades y deterioro de los bienes públicos, hacen más frágiles a nuestras sociedades y exigirían cambios sustanciales, sistémicos, sobre cuya orientación esa unanimidad inicial se rompe y se multiplican las alternativas.

Todo libro que analiza situaciones consideradas problemáticas dentro de un análisis crítico de la realidad no debiera finalizar sin incluir algún tipo de propuestas. Pero las múltiples temáticas abordadas en uno que, tal como se comentó en su introducción, opta decididamente por el paisajismo frente al retratismo, harían ingenuo y probablemente decepcionante cualquier discurso *programático* que pretendiese dar respuesta a todas ellas en unas pocas páginas, si bien a lo largo del texto se han esbozado ya algunas alternativas. Por otra parte, no se trata de una obra dedicada a analizar el impacto de la pandemia en España u otro ámbito territorial concreto, sino que se ha primado una perspectiva global, aunque sin renunciar a ejemplos a diferentes escalas y eso añade una dificultad pues, junto a estrategias comunes, cada territorio debe encontrar soluciones adaptadas a su propia realidad y recursos disponibles -desde capital financiero a capital natural, humano, social e intelectual- sin conformarse con imitar las que han tenido éxito en otros lugares. En consecuencia, aquí se ha optado por finalizar con algunas reflexiones generales, con el deseo de que puedan ser de cierta utilidad para quienes se enfrenten al reto de buscar respuestas más concretas.

La principal plantea la necesidad de evitar que el objetivo a alcanzar se limite a recuperar en el corto plazo los niveles de actividad económica y empleo, algo sin duda muy relevante en el momento actual, pero no menos que evitar reincidir en modelos de crecimiento que nos hacen más frágiles ante cualquier nueva amenaza. Para referirse a ese proceso, en el título del libro se prefirió utilizar el término *reconstrucción* frente al de *resiliencia*, pese a ser este último un concepto ya utilizado en anteriores publicaciones y que aún parece útil, con el fin de no desviar la atención inicial hacia las múltiples definiciones y numerosas controversias que este suscita en los últimos tiempos dentro del campo de las ciencias sociales, alejadas de nuestros objetivos. Puede, no obstante, recordarse aquí el comentario que Howard Gardner incluyó en una de sus publicaciones sobre las inteligencias múltiples, a propósito de que “da bastante que pensar el hecho de que las etiquetas puedan tener tanta influencia en el mundo académico” (Gardner, 2001: 45).

Así pues, la resiliencia de la que aquí se habla, como fundamento de un proceso de reconstrucción, puede definirse como la capacidad de adaptación positiva que muestran algunos territorios que se enfrentan a graves adversidades -como ahora una pandemia- para recuperarse y, al mismo tiempo, renovarse y así cobrar un nuevo impulso. Este se logrará a partir de una estrategia de transformación que supondrá un trabajo colectivo liderado por los actores locales (políticos, empresariales y de los movimientos y organizaciones sociales), que se verá acelerado si existe un marco normativo y unos recursos procedentes de instancias estatales o supraestatales que puedan facilitarlos. Para evitar caer en voluntarismos ingenuos, ese esfuerzo deberá tomar en consideración el pasado reciente del territorio, conocer sus debilidades y fortalezas, aprender de lo ocurrido y reconstruir a partir de unos cimientos sólidos, asentados en las capacidades realmente existentes y aquellas otras que puedan adquirirse ahora.

Se tratará, pues, de afrontar la nueva situación y adaptarse a ella, pero no de forma resignada e individualista, sino buscando alternativas basadas en una acción colectiva territorializada que permita una reconstrucción de la economía y la sociedad, acompañada de cierta capacidad de reinención que evite, en lo posible, reincidir en errores pasados. Aumentará así la capacidad de resistencia frente a futuras amenazas, lo que exigirá combinar cierto esfuerzo de innovación económica en las empresas y de innovación social en la gestión del gobierno y las iniciativas ciudadanas destinadas a mejorar las condiciones de vida. Como explican Arias y Riechmann (2020), “volver a la normalidad no puede querer decir, en ningún caso, regresar a la sociopatía neoliberal a que parecíamos condenados”.

No se tratará, por tanto, de volver al punto de partida para conseguir que siga girando la rueda de la acumulación de capital a base de deslocalizar empresas o hiperespecializar territorios y aumentar así aún más su normal dependencia externa, ya sea mediante como proveedores de recursos naturales o de servicios asociados a escasa cualificación, bajos salarios y empleos precarios. Tampoco de eliminar controles a la urbanización indiscriminada para atraer inversiones especulativas, o deteriorar servicios públicos esenciales para reducir gastos. Finalmente, todo ello se ha demostrado no sólo injusto social y espacialmente, a menudo con una elevada huella ecológica, sino también un mal negocio.

Pero, además de limitar algunas tendencias peligrosas, resulta importante avanzar ahora de forma más decidida hacia soluciones de medio y largo plazo que concreten esa necesaria renovación, como puedan ser un mayor apoyo a la investigación científica más allá de sus urgencias actuales, el apoyo a la transición energética, la economía circular o la digitalización, medidas muy valoradas por la Comisión Europea en sus actuales estrategias. No obstante, tal como ya se ha comentado, olvidar el paralelo reforzamiento de la economía de cuidados o la economía social podrá impulsar la revitalización de los negocios, pero también provocar nuevos desequilibrios.

En el mismo sentido, parece también necesario apostar por los pequeños comercios y servicios de proximidad, que se han demostrado en muchos casos esenciales para atender las necesidades de la ciudadanía en los momentos más duros del confinamiento, como lo son de forma habitual para quienes cuentan con menor movilidad y recursos, además de contribuir a mantener el pulso vital en los barrios y a hacer las calles más seguras. No obstante, superados esos momentos, son ahora numerosos los que se enfrentan al riesgo de desaparición, tanto por la caída del consumo -sobre todo en aquellos barrios donde residen los grupos sociales más vulnerables- como por la menor preparación de bastantes de ellos para la venta online y el envío a domicilio, frente a las grandes cadenas de distribución y plataformas electrónicas, que cuentan con una mejor logística.

Una importante enseñanza a extraer de esta experiencia es que resulta poco inteligente suponer que lo lejano no nos afecta, que es asunto de otros. Pero también parece irresponsable aceptar que lo más cercano no depende de nuestros comportamientos individuales, ignorantes de que vivimos juntos y que construir lugares más habitables, más seguros y mejor equipados es también una tarea colectiva.

En definitiva, es cierto que hay razones para mantener cierto escepticismo respecto a que ese vaya a ser el rumbo de los acontecimientos si no se consigue una presión social mayoritaria que lo favorezca por vías democráticas, pues “cada una de las crisis de los últimos treinta años alimentó la esperanza irracional de una toma de conciencia, un regreso a la razón, un freno... Pero no fue el caso” (Halimi, 2020). No obstante, la suma en poco más de una década de una crisis financiera e inmobiliaria, una crisis climática que avanza de forma

lenta pero firme, y ahora una crisis sanitaria, debiera, al fin, despertar en muchos la conciencia del cambio necesario.

Cuenta Eduardo Galeano (1998) haber visto escrita, en un muro de la ciudad de Bogotá, la siguiente frase: “Dejemos el pesimismo para tiempos mejores”. Ese podría ser un buen lema, a recuperar en tiempos como los actuales, para trabajar -cada cual desde sus posibilidades y capacidades- por la superación de esta pandemia, abandonar por fin el sitio a que nos tiene sometidos y construir un edificio social más sólido y unos territorios más equilibrados que permitan reducir el malestar que nos invade. Si cuando se desencadenó esta situación el lema responsable fue *quédate en casa*, parece llegado el momento de plantear *no te encierres en ella* y colabora en la búsqueda de una solución, que deberá ser compartida y para todos, si pretendemos que sea eficaz.

A MODO DE EPÍLOGO

“Digo tan sólo que hay en esta tierra plagas y víctimas y que es preciso, dentro de lo posible, resistirse a estar con la plaga”

Albert Camus. *La peste*, 1947.

En el momento de completar la escritura de este texto, cuando se inicia el mes de septiembre de este año aciago, las cifras oficiales sobre el alcance de la pandemia están ya muy alejadas de las existentes cuando se comenzó esta tarea, con más de 25 millones de casos confirmados y casi 850.000 fallecidos en el mundo según la Organización Mundial de la Salud, con una cifra diaria de nuevos contagios por encima de los 250.000, junto a más de seis mil fallecidos. A eso se añaden situaciones como la de España, que consiguió doblegar la curva del contagio durante el periodo de estricto confinamiento de la población, pero ha multiplicado los rebrotes desde entonces y se enfrenta, ahora, como muchas otras sociedades, a un futuro incierto, en especial para las víctimas de la enfermedad y quienes han padecido en primera persona sus consecuencias.

Más incierto aún porque la solución del problema sanitario, cuando se produzca, no supondrá el de las otras consecuencias derivadas que ha traído consigo la COVID-19, algunas de ellas analizadas aquí, y además habrá que comprobar si esa solución es equitativa y afecta a todos los grupos sociales y territorios, o bien genera nuevas injusticias y contradicciones. En cualquier caso, no anulará la conciencia de que este tipo de amenazas improbables no pueden ser menospreciadas como imposibles y deberían exigir ciertos cambios en el modelo de capitalismo global, hipermóvil y profundamente desigual, que no causó la enfermedad, pero sí agravó sus efectos.

Unas ciencias sociales comprometidas con su entorno, más allá de modas pasajeras que incluyen a menudo cierta presbicia o dificultad para ver de cerca, lo más próximo, tienen en esta nueva situación un reto estimulante para aportar conocimiento e ideas valiosas a una respuesta colectiva mejor formada e informada. Los profesionales de la geografía

no podemos ser ajenos a ese reto, que nos incumbe como observadores y, al tiempo, parte de la realidad que analizamos. Hace ya casi una década, refiriéndose al impacto de la anterior crisis, la geógrafa Doreen Massey escribió que “estamos en un momento que requiere una serie de tácticas de la imaginación que desplacen el sentido común existente sedimentado y que abran la posibilidad a otra manera de pensar” (Massey, 2012: 249), algo que puede hoy considerarse incluso más urgente y la actual crisis debería ser un estímulo que abra nuevas perspectivas y dominios de investigación en las diferentes ciencias sociales.

En el estudio de una geografía de la crisis provocada por la pandemia a diferentes escalas espaciales, casi todo queda por hacer y si este libro contribuye en algo a fomentar la investigación para aportar mayor consistencia a la opinión, la valoración y las propuestas capaces de orientar la acción colectiva, dará sentido al trabajo realizado. Un trabajo, sin duda introductorio, destinado a poner de manifiesto las múltiples implicaciones que para los estudios territoriales tiene el drama colectivo que enfrentamos, pero que es consciente de algunas ausencias importantes, que no siempre corresponden a olvidos.

Es lo que ocurre, por ejemplo, con la dimensión urbana de esta crisis, poco presente en estas páginas ante la dificultad de encontrar, por el momento, información suficiente y consistente para conocer y comprender mejor cómo viven los ciudadanos de las diferentes urbes y, dentro de ellas, de sus diferentes distritos, barrios o comunas, el impacto sanitario y socioeconómico de una pandemia que ha tenido en ellas su punto focal. Pero también para valorar las respuestas colectivas, con origen en la acción comunitaria, que han surgido para atender las nuevas necesidades. Existen ya, sin duda, interesantes reflexiones en este sentido, y el reciente artículo de Isabel González (2020), junto a otros aparecidos en la revista *Re-HAB* sobre las carencias urbanas que la pandemia revela en el caso de la ciudad de Madrid, es un buen ejemplo. Pero aún faltan bastantes evidencias y la escasa información que, a menudo, ofrecen las estadísticas oficiales para unidades espaciales de pequeña dimensión tampoco ayuda aún a avanzar en esa dirección.

Debe finalizarse ya este recorrido. En las últimas páginas de su reflexión sobre la enfermedad, recogida en un pequeño libro publicado en 1624 y que en España se tradujo con el título de *Meditaciones en tiempos de crisis*, del que tomamos prestada la cita inicial del presente texto, el

escritor británico John Donne escribió que “entre todos los pesares que lastran una recaída, está también éste: que la recaída ataca con mayor rapidez, mayor violencia y más irremediamente porque encuentra el campo debilitado”.

La responsabilidad de evitar que la persistencia de la COVID-19, o la aparición de nuevos rebrotes, causen daños a la salud similares o aún mayores a los ya padecidos, será achacable a las autoridades políticas y sanitarias, así como al comportamiento individual de unos ciudadanos que eviten, en lo posible, riesgos innecesarios. Pero la responsabilidad de impedir que la salida a esta nueva crisis económica, social y política recaiga en viejos comportamientos, generadores de profundas desigualdades y una elevada vulnerabilidad, particularmente sentida en algunos territorios, debe corresponder también a una ciudadanía informada y movilizada, capaz de actuar de forma coherente con la búsqueda de una normalidad que, además de nueva, sea también mejor, más equilibrada, justa y sostenible que la anterior, ayudando así a combatir la plaga, tanto la vírica como la social.

Una geografía rigurosa y, al tiempo, crítica, capaz de aportar herramientas y conocimientos útiles para esa acción colectiva, contribuirá a que sea una disciplina no sólo mejor conocida en nuestra sociedad, sino también más reconocida.

BIBLIOGRAFÍA

ACI (2020). “Predicted global impact of COVID-19 on airport industries escalates” *Airports Council International*, 5 mayo 2020 < <https://aci.aero/news/2020/05/05/predicted-global-impact-of-covid-19-on-airport-industry-escalates/>>

ACI (2020b). “Economic impact assessment of COVID-19 on the airport business”. *ACI Advisory Bulletin*, 5 mayo 2020, pp. 1-12 < <https://aci.aero/wp-content/uploads/2020/05/200505-Third-Economic-Impact-Bulletin-FINAL.pdf>>

Agamben, G. (2020). “La invención de una epidemia”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 17-19 <<http://iups.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.

Albert-Cromarías, A. y Asselinau, A. (2020). “La crise du covid-19, l'aube d'une nouvelle ère pour les territoires?”. *The Conversation*, 23 abril 2020 < <https://theconversation.com/la-crise-du-covid-19-laube-dune-nouvelle-ere-pour-les-territoires-136861>>

Álvarez Barba, Y. (2020). “Coronavirus, la coartada perfecta para esconder una enfermedad terminal”. *El Salto*, 3 marzo 2020 < <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/la-fed-bce-subte-tipos-coartada-perfecta-esconder-enfermedad-economia>>

Allison, G. (2017). *Destined for War. America and China Escapes Thucydide's Trap?*. Londres: Scribe.

Ancochea, G. (1996). “Reflexiones sobre el estado del sector de las telecomunicaciones”. *Origen/Destino*, CETC, n° 2, pp. 9-14.

APM Research Lab (2020). “The color of coronavirus: COVID-19 deaths by race and ethnicity in the U.S.”. *APM Research Lab*, 10 junio 2020 < <https://www.apmresearchlab.org/covid/deaths-by-race>>

Arias, A. y Riechmann, J. (2020). “Lo que nos aterrera a algunos del nuevo coronavirus”. *eldiario.es*, 6 abril 2020 < https://www.eldiario.es/ultima-llamada/aterra-nuevo-coronavirus_132_1001689.html>

- Arrighi, G. (2001). *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Madrid: Akal.
- Artal, R.M. (2020). *La bolsa o la vida. Crónica de un mundo con coronavirus*. Madrid: Roca Editorial.
- Aubenque, P. (1974). *El problema del ser en Aristóteles*. Madrid: Taurus.
- Azmanova, A. (2020). *Capitalism on Edge: How Fighting Precarity Can Achieve Radical Change Without Crisis or Utopia*. Nueva York: Columbia University Press.
- Baldwin, R. (2020). “El gran colapso comercial de 2020: lecciones de 2008 y 2009”. *Agenda Pública. Agenda Económica*, 16 mayo 2020 < <http://agendapublica.elpais.com/el-gran-colapso-comercial-de-2020-lecciones-de-2008-y-2009/>>
- Baldwin, R. y Freeman, R. (2020). “Supply chain contagion waves: thinking ahead on manufacturing *contagion and reinfection* from the COVID concussion”. *VOX-EU CEPR Policy Portal*, 1 abril 2020 < <https://voxeu.org/article/covid-concussion-and-supply-chain-contagion-waves>>
- Balibar, E. (2020). “Fin du capitalisme néolibéral-mi-temps de la crise”. *AOC Opinion*, 17 julio 2020, pp. 1-10 < <https://aoc.media/opinion/2020/07/16/fin-du-capitalisme-neoliberal-mi-temps-de-la-crise-3-3/>>
- Banco Mundial (2020). *Global Economic Prospects*. Washington: Banco Mundial <[C:/Users/ricar/Downloads/9781464815539%20\(1\).pdf](C:/Users/ricar/Downloads/9781464815539%20(1).pdf)>
- Banulescu-Bogdan, N.; Benton, M. y Fratzke, S. (2020). Coronavirus is spreading across borders, but it is not a migration problem. Migration Policy Institute, marzo 2020 < <https://www.migrationpolicy.org/news/coronavirus-not-a-migration-problem>>
- Barata, A. (2014). “Conceber o Estado social”. En R.M. do Carmo y A. Barata (orgs.). *Estado social de todos para todos*. Lisboa: Tinta da China, pp. 23-49.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Benedicto, M.A. (2020). “Los retos de Europa y su futuro tras la pandemia de la COVID-19”. *Instituto Español de Estudios Estratégicos, Documento de Opinión, 72/2020, 26 mayo 2020* < http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2020/DIEEEE072_2020MIGBEN_retosEU.pdf>
- Berardi, F. (2020). “Crónica de la psicodeflación”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 35-54 <<http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.
- Bianchi, R.V. (2020). “El COVID-19 y las perspectivas para una transformación radical del turismo” *Alba Sud*, 22 mayo 2020 < <http://www.albasud.org/noticia/es/1219/el-covid-19-y-las-perspectivas-para-una-transformacion-radical-del-turismo>>
- Blanco, A. y Blázquez, M. (2020). “Domesticar el turismo. La proximidad en la desescalada”. *Alba Sud*, 14 mayo 2020 < <http://www.albasud.org/noticia/1216/domesticar-el-turismo-la-proximidad-en-la-desescalada>>
- Blanco Herrans, F.J. (2020). *Antes de pulsar el botón de reinicio. Retos de la reconstrucción del turismo global tras la COVID-19*. Madrid: Amazon.
- Boira, J.V. (2020). “10 lecciones de la crisis del COVID-19 para el sistema de transporte y logística español. Un análisis de urgencia”. AGE. *Reflexiones sobre la crisis COVID-19* <<https://www.age-geografia.es/site/wp-content/uploads/2020/03/boira-v1.pdf>>
- Boniface, P. (2020). *Géopolitique du COVID-19. Ce que nous révèle la crise du coronavirus*. París: Éditions Eyrolles.
- Borón, A.A. (2020). “La pandemia y el fin de la era neoliberal”. CLACSO, *Observatorio Social del Coronavirus* < <https://www.clacso.org/la-pandemia-y-el-fin-de-la-era-neoliberal/>>
- Brenner, R. (2009). *La economía de la turbulencia global*. Madrid: Akal.
- Brenner, N.; Peck, J. y Theodore, N. (2010). “Variegated neoliberalism: geographies, modalities, pathways”. *Global Networks. A Journal of Transnational Affairs*, vol. 10, nº 2, pp. 182-222.
- Bret, C. (2020). “COVID-19. La géopolitique du monde qui vient”. *Diploweb.com. La Revue Géopolitique*, 29 abril 2020 <<https://>>

www.diploweb.com/COVID-19-Geopolitique-du-monde-qui-vient.html>

Brindusa, A.; Cozzolino, M. y Lacuesta, A. (2020). “El teletrabajo en España”. Banco de España, *Boletín Económico. Artículos Analíticos*, 2/2020, pp.1-18 <[file:///C:/Users/ricar/Downloads/be2002-art13%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/ricar/Downloads/be2002-art13%20(1).pdf)>

Brockmann, D. (2013-2014). “Pandemic geography”. *The Geographer*, Royal Scottish Geographical Society <http://rocs.hu-berlin.de/papers/brockmann_2014.pdf>

Brockmann, D. y Heibling, D. (2013). “The hidden geometry of complex network-driven contagion phenomena” *Science*, nº 342, pp. 1337-1342 <https://www.researchgate.net/publication/259322075_The_Hidden_Geometry_of_Complex_Network-Driven_Contagion_Phenomena>

Caillé, A. y Livinec, B. (2020). “Néoliberalisme, le pic épidémique est-il derrière nous?” *AOC Opinion*, 25 mayo 2020 <<https://aoc.media/opinion/2020/05/24/neoliberalisme-le-pic-epidemique-est-il-derriere-nous/>>

Cairncross, F. (1997). *The death of distance. How the communications revolution will change our lives*. Cambridge: Harvard Business School Press.

Cameron, E.E.; Nuzzo, J.B. y Bell, J.A. dirs. (2019). *Global Health Security Index*. Baltimore: Johns Hopkins Bloomberg School of Public Health.

Camus, A. (1985). *La peste*. Barcelona: Seix Barral.

Carlos, A.F.A. et al. (2020). *COVID-19 e a crise urbana*. São Paulo: GESP-Universidade de São Paulo <<http://www.livrosabertos.sibi.usp.br/portaldelivrosUSP/catalog/view/471/423/1648-1>>

Carlos, A.F.A. (2020b). “As faces da desigualdade socioespacial iluminadas pela crise da covid-19”. *Ensaio*, Instituto de Estudos Avançados da Universidade de São Paulo, 8 mayo 2020 <<http://www.iea.usp.br/publicacoes/ensaios/as-faces-da-desigualdade-social-iluminadas-pela-crise-da-covid-19>>

Carmo, A.; Ferrão, J. y Malheiros, J. (2014). “Geografias do Estado social. Reorganização territorial, habitação e urbanismo”. En R.M. do Carmo y A. Barata (orgs.). *Estado social de todos para todos*. Lisboa: Tinta da China, pp. 167-200.

Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial.

- Castells, M. *edit.* (2018). *Las crisis de Europa*. Madrid: Alianza Editorial. (2017)
- CBRE (2020). *Real Estate Market Outlook 2020*. Madrid, CBRE Research, julio 2020 <<https://www.cbre.es/es-es/research-and-reports/insights/articulos/real-estate-market-outlook-2020-espana>>
- CEPAL (2017). *Empleo en América Latina y el Caribe. Textos seleccionados, 2006-2017*. Santiago de Chile: CEPAL <<https://www.cepal.org/es/publicaciones/42488-empleo-america-latina-caribe-textos-seleccionados-2006-2017>>
- CEPAL (2020). “América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19. Efectos económicos y sociales”. *Informe Especial COVID-19*, n° 1, pp. 1-15 <<https://www.cepal.org/es/publicaciones/45337-america-latina-caribe-la-pandemia-covid-19-efectos-economicos-sociales>>
- CEPAL-OIT (2020). “El trabajo en tiempos de pandemia: desafíos frente a la enfermedad por coronavirus (COVID-19)”. *Coyuntura Laboral en América Latina y el Caribe*, n° 22, mayo 2020 <<https://www.cepal.org/es/presentaciones/trabajo-tiempos-pandemia-desafios-frente-la-enfermedad-coronavirus-covid-19>>
- Chesnais, M. (2003). “L’emergence d’un régime d’accumulation à dominante financière”. *La Pensée*, n° 309.
- Chesnais, M. (2004). “La teoría del régimen de acumulación financiarizado: contenido, alcances e interrogantes”. *Revista de Economía Crítica*, n° 1, pp. 37-72 <http://www.revistaeconomiacritica.org/sites/default/files/revistas/n1/4_teor%C3%ADa_regimen.pdf>
- CIDOB (2019). “El mundo en 2020: diez temas que marcarán la agenda global”. *CIDOB Notes Internacional*, n° 220, pp. 1-14 <https://www.cidob.org/es/publicaciones/serie_de_publicacion/notes_internacionales/n1_220/el_mundo_en_2020_diez_temas_que_marcaran_la_agenda_global>
- Claisse, G. y Rowe, F. (1996). “Telecomunicaciones dentro de treinta años: ¿incidencia sobre la movilidad?”. *Origen/Destino*, CETC, n° 2, pp. 65-74.
- Cliff, A.; Hagget, P. y Smallen-Raynor, M. (2004). *World Atlas of Epidemic Diseases*. Boca Raton: Taylor & Francis Group.

- Cole, M.A.; Ozgen, C. y Strobl, E. (2020). “Air pollution exposure and COVID-19”. *IZA Discussion Papers*, Institute of Labor Economics, nº 13367 <<http://ftp.iza.org/dp13367.pdf>>
- Collins, C.; Ocampo, O. y Paslaski, S. (2020). *Billionaire Bonanza 2020. Wealth, Windfalls, Tumbling Taxes and Pandemic Profiteers*. Washington DC: Institute for Policy Studies <<https://ips-dc.org/billionaire-bonanza-2020/>>
- Comisión Europea (2020). *European Economic Forecast. Summer 2020*. Institutional Paper, nº 132, pp. 1-52 <https://ec.europa.eu/commission/presscorner/detail/en/ip_20_1269>
- Cresswell, T. (2020). “La mobilité est à la fois le sang vital de la modernité et le virus qui menace de la détruire”. *Forum Vies Mobiles*, 18 marzo 2020 <<https://fr.forumviesmobiles.org/2020/03/18/mobilite-est-fois-sang-vital-modernite-et-virus-qui-menace-detruire-13265>>
- Davis, M. et al. (2000). *Coronavírus e a luta de classes*. São Paulo: Terra Sem Amos <<https://www.ims.uerj.br/wp-content/uploads/2020/03/coronavirus-e-a-luta-de-classes-tsa.pdf.pdf>>.
- Debuysere, L. edit. (2020). “Coronationalism vs. a geopolitical Europe? EU external solidarity at the time of Covid-19”. *European Policy Institute Network Report*, pp. 1-18 <<https://www.ceps.eu/ceps-publications/coronationalism-vs-a-geopolitical-europe/>>
- De la Fuente, A. (2020). “Evolución por sectores de la afiliación, el empleo y ciertas prestaciones durante la crisis del Covid-19”. FEDEA, *Apuntes*, 2020/11, pp. 1-13 <<http://documentos.fedea.net/pubs/ap/2020/ap2020-11.pdf>>
- Diamond, J. (2015). *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*. Barcelona: Penguin Random House.
- Diez Fuertes, F. et al. (2020). “Phylodinamycs of SARS-CoV-2 transmission in Spain”. *BioRxiv. The Preprint Server for Biology*, 20 abril 2020 <<https://www.biorxiv.org/content/10.1101/2020.04.20.050039v1>>
- Dingel, I.J. y Neiman, B. (2020). “How many jobs can be done at home?” *NBER Working Paper*, nº 2648, pp. 1-13 <<https://www.nber.org/papers/w26948>>
- Dodds, R. y Butler, R. eds. (2019). *Overtourism: Issues, Realities and Solutions*. Berlín: De Gruyter.

- Duterme, R. (2020). “Covid-19, l’occasion de tout redessiner”. *Comité pour l’Abolition des Dettes Illégitimes (CADTM)*, 23 marzo 2020 <<https://www.cadtm.org/Covid-19-l-occasion-de-tout-redessiner>>
- Duterme, R. (2020b). *Petit manuel pour una géographie de combat*. París: La Découverte.
- Eliot, E. y Daudé, E. (2006). “Diffusion des épidémies et complexités géographiques”. *Espaces, Populations, Sociétés*, n° 2-3, pp. 403-416 <<https://journals.openedition.org/eps/1867>>
- Engels & Völkers (2020). *Property prices in the corona crisis-recession in the property markets?*. <www.engelvoelkers.com/en-es/covid-19-real-estate/>
- Epstein, G.A. edit. (2005). *Financialization and the world economy*. Cheltenham: Edward Elgar.
- Estefanía, J. (2000). *Aquí no puede ocurrir. El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Taurus.
- Estrada, B. (2020). “Reconstrucción económica tras la crisis de la COVID-19”. *Le Monde Diplomatique* en español, abril 2020 <<https://mondiplo.com/reconstruccion-economica-tras-la-tesis-de-la->>
- Evans, B. y Reid, J. (2016). *Una vida en resiliencia. El arte de vivir en peligro*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Felgueroso, F.; García Pérez, J.I. y Jiménez, S. (2020). “Guía práctica para evaluar los efectos sobre el empleo de la crisis del COVID-19 y el Plan de Choque Económico”. FEDEA, *Apuntes*, 2020/04, pp. 1-18 <<https://documentos.fedea.net/pubs/ap/2020/ap2020-04.pdf>>
- Felgueroso, F. y De la Fuente, A. (2020). “Aspectos económicos de la crisis del Covid-19”. FEDEA, *Estudios sobre la Economía Española. Boletín de Seguimiento*, n° 5, 2020/21, pp. 1-59 <<http://documentos.fedea.net/pubs/eee/eee2020-11.pdf>>
- Fernández Durán, R. (2006). *El tsunami urbanizador español y mundial*. Madrid: Virus Editorial.
- Fernández Enguita, M. (2020). “Una pandemia imprevisible ha traído la brecha previsible”. *Cuaderno de Campo*, 31 marzo 2020 <<https://blog.enguita.info/2020/03/una-pandemia-imprevisible-ha-traido-la.html>>

Ferrão, J. (2020). “A geografia da covid-19: algumas precisões”. *Publico*, 16 abril 2020 <<https://www.publico.pt/2020/04/16/sociedade/opiniao/geografia-covid19-preciso-es-1912527>>

FMI (2020). *World Economic Outlook 2020*. Washington: FMI, junio 2020 <<https://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2020/06/24/WEOUpdateJune2020>>

Fletcher, R.; Murray, I.; Blázquez, M. y Blanco, A. (2020). “Tourism, degrowth and the COVID-19 crisis”. *Pollen Political Ecological Network*, 24 marzo 2020 <<http://www.albasud.org/blog/es/1196/turismo-decrecimiento-y-la-crisis-del-covid-19>>

Forbes (2020). *Global 2000. The World's Largest Public Companies*. Nueva York: Forbes <<https://www.forbes.com/global2000/#62fb9ca6335d>>

Friedmann, T. (2006). *La Tierra es plana. Breve historia del mundo globalizado del siglo XXI*. Barcelona: Martínez Roca.

Fulconis, F. y Paché, G. (2020). “Coronavirus: un révélateur de la fragilité du système logistique mondial”. *The Conversation*, 2 marzo 2020 <<https://theconversation.com/coronavirus-un-revelateur-de-la-fragilite-du-systeme-logistique-mondial-132780>>

Future Earth (2020). *Our Future on Earth*. Future Earth <https://drive.google.com/file/d/1chEx2Aewehp1_0nXYnERwUVjI16qR2hi/view>

Galeano, E. (1998). *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*. Madrid: Siglo XXI.

Gardner, H. (2001). *La inteligencia reformulada. Las inteligencias múltiples en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.

Gascon, C. (2020). “COVID-19: which workers face the highest unemployment risk”. *Federal Reserve Bank of Saint Louis*, 24 marzo 2020 <<https://www.stlouisfed.org/on-the-economy/2020/march/covid-19-workers-highest-unemployment-risk>>

Gaulier, G. y Vicard, V. (2020). “Le Covid-19, un coup d’arrêt à la mondialisation?”. *CEPII Blog*, 1/2, 17 abril 2020 <<http://www.cepii.fr/BLOG/bi/post.asp?IDcommuniqu=806>>

George, S. (2010). *Sus crisis, nuestras soluciones*. Barcelona: Icaria-Intermón Oxfam.

Georgieva, K. (2020). “Una crisis mundial como ninguna otra necesita una respuesta mundial como ninguna otra”. *Diálogo a Fondo*, FMI, 21 abril 2020 <<https://blog-dialogoafondo.imf.org/>>

Gerschel, E.; Martínez, A. y Mejean, I. (2020). “Propagation des chocs dans les chaînes de valeur internacionales: le cas du coronavirus”. *Les Notes de l'Institut des Politiques Publiques*, n° 53, pp. 1-8 <<https://www.ipp.eu/wp-content/uploads/2020/03/n53-notesIPP-mars2020.pdf>>

Gerszon, D. et al. (2020). *Estimaciones actualizadas del impacto de la COVID-19 (coronavirus) en la pobreza mundial*. Washington: Banco Mundial <<https://blogs.worldbank.org/es/datos/estimaciones-actualizadas-del-impacto-del-coronavirus-en-la-pobreza#>>

Gesvalt (2020). *Covid-19. Repercusión en el mercado inmobiliario, inversor y valoración*. Madrid: Gesvalt, 3 abril 2020 <<https://gesvalt.es/blog/covid-19-mercado-inmobiliario-inversor-valoracion/#>>

González, I. (2020). “Las carencias urbanas del nuevo y el viejo Madrid”. *El País Madrid*, 2 septiembre 2020 <<https://elpais.com/espana/madrid/2020-09-01/las-carencias-urbanas-del-nuevo-y-el-viejo-madrid.html>>

Gopinath, G. (2020). “The Great Lockdown: worst economic Downturn since the Great Depression”. *IMF Blog*, 14 abril 2020 <<https://blogs.imf.org/2020/04/14/the-great-lockdown-worst-economic-downturn-since-the-great-depression/>>

Gösling, S., Scott, D. y Hall, M. (2020). “Pandemics, tourism and global change: a rapid assessment of COVID-19”. *Journal of Sustainable Tourism*, 27 abril 2020 <<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/09669582.2020.1758708>>

Gould, P. (1993). *The Slow Plague: a geography of the AIDS pandemic*. Londres: Blackwell.

Gould, P. (2000). “Pensar como un geógrafo. Una exploración en la geografía moderna”. *Scripta Nova*, n° 78, 15 diciembre <<http://www.ub.edu/geocrit/sn-78.htm>>.

Guadagno, L. (2020). “Migrants and the COVID-19 pandemic: an initial analysis”. *Migration Research Series*, n° 60, Organización Internacional para las Migraciones <<https://publications.iom.int/system/files/pdf/mrs-60.pdf>>

Guerra, L. (2020). “La migration en temps de pandémie”. *Atalayar*, 8 mayo 2020 <<https://atalayar.com/fr/content/la-migration-en-temps-de-pand%C3%A9mie>>

GPMB (2019). *A World at Risk. Annual Report on Global Preparedness for Health Emergencies*. Ginebra: GPMB-OMS-Banco Mundial <https://apps.who.int/gpmb/assets/annual_report/GPMB_annualreport_2019.pdf>

Guilbaud, A. y Sansonetti, P. (2015). *Le retour des épidémies*. París, Presses Universitaires de France.

Gutiérrez Hernández, O. y García, L.V. (2020). “¿Influyen tiempo y clima en la distribución del nuevo coronavirus (SARS CoV-2)? Una revisión desde una perspectiva biogeográfica”. *Investigaciones Geográficas*, nº 73, pp. 31-55 <https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/106962/6/Investigaciones_Geograficas_73_02.pdf>

Halimi, S. (2020). “¡Ahora mismo!”. *Le Monde Diplomatique* en español, abril 2020 <<https://mondiplo.com/ahora-mismo>>

Han, B.Ch. (2020). “La emergencia viral y el mundo de mañana”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 97-111 <<http://iups.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.

Hägerstrand, T. (1952). “Tha propagation of innovation waves”. *Lund Studies in Geography. Series B Human Geography*, nº 4. Royal University of Lund.

Harvey, D. (1985). *The urbanization of capital: studies in the history and theory of capitalist urbanization*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2020). “Política anticapitalista en tiempos de COVID-19”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 79-96 <<http://iups.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.

Heiland, I. y Ultveit-Moe, K. (2020). “An unintended crisis: COVID-19 restrictions hit sea transportation” *VOX-EU/CEPR*, 17 mayo 2020 <<https://voxeu.org/article/covid-19-restrictions-hit-sea-transportation>>

Heisbourg, F. (2020). “Le virus et la géopolitique”. *Fondation pour la Recherche Stratégique. Notes*, nº 25/20, 21 abril 2020, pp. 1-13

<<https://www.frstrategie.org/publications/notes/virus-geopolitique-2020>>

Hiernaux-Nicolas, D. (2020). “Turismo post-COVID, ¿debemos regresar a lo mismo?”. *Alba Sud*, 29 abril 2020 <<http://www.albasud.org/noticia/es/1210/turismo-postcovid-19-debemos-regresar-a-lo-mismo>>

Hufnagel, L. Brockmann, D. y Geisel, T. (2004). “Forecast and control of epidemics in a globalized world”. *PNAS*, vol. 101, n° 42, pp. 15124-15129 <<https://www.pnas.org/content/101/42/15124>>

Husson, M. (2009). *Capitalismo puro*. Madrid: Maia Ediciones.

ICEX (2020). *Análisis del comercio exterior de España*. Madrid: ICEX, mayo 2020.

INE (2020). “El teletrabajo en España y la UE antes del COVID-19”. *Cifras INE*, n° 02/2020, pp. 1-5 <https://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ES&c=INECifrasINE_C&cid=1259952649680&p=1254735116567&pagename=ProductosYServicios%2FINECifrasINE_C%2FPYSDetalleCifrasINE>

Jorrín, J.G. y Escudero, J. (2020). “La España a dos velocidades por la crisis del coronavirus”. *El Confidencial*, 25 abril 2020 <https://www.elconfidencial.com/economia/2020-04-25/la-espana-a-dos-velocidades-por-el-colapso-economico_2566092/>

Kaplan, R. (2013). *La venganza de la geografía*. Barcelona: RBA Libros.

Katz, C. (2020). “La pandemia que estremece al capitalismo (II)”. *Viento Sur*, 23 abril 2020 <<https://vientosur.info/la-pandemia-que-estremece-al-capitalismo-ii/>>

Kennedy, P. (1988). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza & Janés.

Kindleberger, C.P. y Aliber, R.Z. (2012). *Manías, pánicos y cracs. Historia de las crisis financieras*. Barcelona: Ariel.

Klein, N. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Planeta.

KNOMAD (2020). “COVID-19 crisis through a migration lens”. *Migration and Development. Brief 32*. World Bank Group, abril 2020 <<https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/33634>>

- Koslowski, R. edit. (2011). *Global Mobility Regimes. A Conceptual Framework*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lapavitsas, C. (2016). *Beneficios sin producción. Cómo nos explotan las finanzas*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Latouche, S. y Harpagès, D. (2011). *La hora del decrecimiento*. Barcelona: Ediciones Octaedro.
- Le Roy Ladurie, E. (1973). *Un concept: l'unification microbienne du monde*. Ginebra: Société Suisse d'Histoire.
- Lefebvre, H. (1983). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lew, A.A. et al. (2020). "Visions of travel and tourism after the global COVID-19 transformation of 2020". *Tourism Geographies*, vol. 22, n° 3, pp. 455-466 <<https://www.tandfonline.com/doi/full/10.1080/14616688.2020.1770326>>
- Linares, C. y Díaz, J. (2020). "Clima, temperatura y propagación de la COVID-19". *GACC-Instituto de Salud Carlos III*, 20 abril 2020 <<https://www.conprueba.es/sites/default/files/noticias/2020-04/CLIMA%2C%20TEMPERATURA%20Y%20PROPAGACI%C3%93N%20DE%20LA%20COVID-19.pdf>>
- López, I. y Rodríguez, E. (2020). "Miedo y asco en el capitalismo global: el coronavirus y la crisis de beneficios". *El Salto*, 20 marzo 2020 <<https://www.elsaltodiario.com/economia/miedo-asco-capitalismo-global-coronavirus-crisis-beneficios>>
- Manero, F. (2020). "Una aproximación a los impactos geoeconómicos de la pandemia: el afianzamiento de la potencia industrial china". En AGE. *Reflexiones sobre la crisis COVID-19* <<https://www.age-geografia.es/site/wp-content/uploads/2020/03/fernando-manero-v1-1.pdf>>
- Manrique, P. (2020). "Hospitalidad e inmunidad virtuosa". En *Sopa de Wuban. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 145-161 <<http://ips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuha-n-ASPO.pdf>>.
- Marcontell, D. et al. (2020). *Update: Impact of COVID-19 on Commercial MRO*. Nueva York: Oliver Wyman, 14 mayo 2020 <https://www.oliverwyman.com/content/dam/oliver-wyman/v2/media/July_Update_Impact_of_COVID19_on_Commercial_MRO_2020.pdf>

- Marcu, S. (2020). “La crisis del coronavirus en el contexto europeo. Reflexiones geopolíticas”. AGE. *Reflexiones sobre la crisis COVID-19* <<https://www.age-geografia.es/site/wp-content/uploads/2020/03/crisis-coronavirus-V2.pdf>>
- Markus, G. (2020). “El virus, el sistema letal y algunas pistas para después de la pandemia”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 129-134 <<http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.
- Mason, P. (2016). *Postcapitalismo. Hacia un nuevo futuro*. Barcelona: Paidós.
- Massey, D. (2012). “London, inside out”. *Soundings. A Journal of Politics and Culture*, nº 32, pp. 62-71 <https://www.lwbooks.co.uk/sites/default/files/s32_06massey.pdf>
- Matos, A.S.M.C. y García Collado, F. (2020). *El virus como filosofía. La filosofía como virus*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Méndez, R. (1997). *Geografía económica. La lógica espacial del capitalismo global*. Barcelona: Ariel.
- Méndez, R. (2011). *El nuevo mapa geopolítico del mundo*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Méndez, R. (2015). “Redes de colaboración y economía alternativa para la resiliencia urbana: una agenda de investigación”. *Biblio3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, 25 noviembre 2015 <<http://www.ub.edu/geocrit/b3w-1139.pdf>>
- Méndez, R. (2018). *La telaraña financiera. Una geografía de la financiarización y sus crisis*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Méndez, R. (2019). *Ciudades en venta. Estrategias financieras y nuevo ciclo inmobiliario en España*. Valencia: Publicacions Universitat de València.
- Méndez, R. (2020). “Sitiados por el coronavirus”. En *Reflexiones sobre la crisis COVID-19*, A.G.E., 23 marzo 2020 <<https://www.age-geografia.es/site/wp-content/uploads/2020/03/mendez-v1.pdf>>
- Méndez, R.; Abad, L.D. y Echaves, C. (2015). *Atlas de la crisis. Impactos socioeconómicos y territorios vulnerables en España*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Merino, G.E. y Narodowski, P. coords. (2019). *Geopolítica y economía mundial. El ascenso de China, la era Trump y América Latina*. La Plata:

- Universidad Nacional de La Plata <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.875/pm.875.pdf>>
- Mincke (2020). “Covid-19, la société malade de la mobilité”. *La Revue Nouvelle*, n° 3, pp. 8-17 <<https://www.revuenouvelle.be/Covid-19-la-societe-malade-de-la-mobilite>>
- Missé, A. (2020). “La pandemia revitaliza la banca pública”. *Alternativas Económicas*, n° 82, pp. 42-44.
- Nye, J.S. (2003). *La paradoja del poder norteamericano*. Madrid: Taurus.
- OIT (2020). *Observatorio de la OIT: La COVID-19 y el mundo del trabajo. Quinta edición*. Ginebra: OIT <https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/documents/briefingnote/wcms_749470.pdf>
- OIT (2020b). *Observatorio de la OIT: La COVID-19 y el mundo del trabajo. Cuarta edición*. Ginebra: OIT <https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/documents/briefingnote/wcms_745965.pdf>
- Olcina, J. (2020). “Clima, tiempo y coronavirus”. AGE. *Reflexiones sobre la crisis COVID-19*, 24 marzo 2020 <<https://www.age-geografia.es/site/wp-content/uploads/2020/03/jorge-v1.pdf>>
- Oliveras, J. (2020). “La difusión del coronavirus”. *Diari de Tarragona*, 19 abril 2020 <<https://www.diaridetarragona.com/opinion/La-difusio-del-coronavirus-20200418-0033.html>>
- Ontiveros, E. (2019). *Excesos. Amenazas a la prosperidad global*. Barcelona: Planeta.
- ONUDI (2019). *Statistical Outlook on World Manufacturing 2019*. Washington: ONUDI <<https://stat.unido.org/publications>>
- ONUDI (2020). *International Yearbook of Industrial Statistics*. Washington: ONUDI.
- Ospina, W. (2012). *El país de la canela*. Barcelona: Mondadori.
- Osterholm, M. y Olshaker, M. (2020). *La amenaza más letal. Nuestra Guerra contra las pandemias y cómo evitar la próxima*. Barcelona: Planeta.
- Packer, G. (2015). *El desmoronamiento. Treinta años de declive americano*. Barcelona: Destino.

Palazuelos, E. (1998). *La globalización financiera. La internacionalización del capital financiero a finales del siglo XX*. Madrid: Síntesis.

Palomino, J.C.; Rodríguez, J.G. y Sebastián, R. (2020). “Wage inequality and poverty effects of lockdown and social distancing in Europe”. Institute for New Economic Thinking, *INET Oxford Working Paper*, n° 2020-13, pp. 1-41 <<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC7417923/>>

Palomino, J.C.; Rodríguez, J.G. y Sebastián, R. (2020b). “Teletrabajo en España: ¿estamos preparados para el distanciamiento?”. *Nada es Gratis*, 8 mayo 2020 <<https://nadaesgratis.es/admin/teletrabajo-en-espana-estamos-preparados-para-el-distanciamiento>>

Pardo, J.L. (2016). *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*. Barcelona: Anagrama.

Park, A.; Nayyar, G. y Low, P. (2013). *Supply Chain Perspectives and Issues. A Literature Review*. Ginebra: Organización Mundial del Comercio <https://www.wto.org/english/res_e/booksp_e/aid4tradesupplychain13_e.pdf>

Piketty, T. (2015). *El capital en el siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica.

Pilkington, E. (2020). “Racismo, género, pobreza y polarización política: los 100.000 muertos evidencian las fracturas sociales de EE.UU.”. *eldiario.es*, 28 mayo 2020 <https://www.eldiario.es/internacional/theguardian/racializacion-polarizacion-evidencian-fracturas-eeuu_1_6044651.html>

Polanyi, K. (1989). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Presidencia de Gobierno (2017). *Estrategia de Seguridad Nacional 2017*. Madrid: Gobierno de España <[https://www.dsn.gob.es/sites/dsn/files/Estrategia de Seguridad Nacional ESN%20Final.pdf](https://www.dsn.gob.es/sites/dsn/files/Estrategia%20de%20Seguridad%20Nacional%20ESN%20Final.pdf)>

Ramírez, B.P. (2020). “La pandemia hunde a mínimos históricos la duración media de los contratos en abril: sólo 45 días”. *InfoLibre*, 19 mayo 2020 <<https://www.infolibre.es/noticias/economia/2020/05/19/la-pandemia-hunde-niveles-historicos-duracion-media-los-contratos-abril-solo-dias-106890-1011.html>>

Reinhardt, C.M. y Rogoff, K.S. (2011). *Esta vez es diferente. Ocho siglos de necesidad financiera*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

Restrepo, D.I. y Hernández, M.E. (2020). “Lecciones pandémicas. N° 1. La muerte del mito del *mercado autorregulado*, la imprescindible intervención del Estado y la siempre emergente auto defensa de la sociedad”. *Revista Sur*, 4 mayo 2020 <<https://www.sur.org.co/lecciones-pandemicas-no-1-la-muerte-del-mito-del-mercado-autorregulado-la-imprescindible-intervencion-del-estado-y-la-siempre-emergente-auto-defensa-de-la-sociedad/>>

Reyes, R. *et al.* (2013). “Urbanization and infection diseases: general principles historical perspective and contemporary challenges”. En *Emerging Infections Diseases of the 21st Century*. Nueva York: Springer, pp. 123-148.

Rodrick, D. (2012). *La paradoja de la globalización. La democracia y el futuro de la economía mundial*. Barcelona: Antoni Bosch.

Rodríguez Rodríguez, D. (2020). “Teletrabajo, acceso a Internet y apoyo a la digitalización en el contexto del Covid-19”. FEDEA, *Apuntes*, 2020/08, pp. 1-18 <<http://documentos.fedea.net/pubs/ap/2020/ap2020-08.pdf>>

Rogers, E.M. y Dearing, J.V. (1988). “Agenda-setting research: where has it been, where is it going?”. *Communication Yearbook*, n° 11, pp. 555-594 <https://www.researchgate.net/publication/263809220_Agenda-Setting_Research_Where_Has_It_Been_Where_Is_It_Going>

Romero, J. (2020). “La Europa indolente. Una hipótesis sobre los efectos geopolíticos de la pandemia”. *Geopolítica(s). Revista de Estudios sobre Espacio y Poder*, n° 11 (especial), pp. 25-37 <<https://revistas.ucm.es/index.php/GEOP/article/view/69020/4564456553379>>

Rubio, P. (2020). “Coronavirus y desigualdad: un círculo vicioso”. *Atalayar*, 31 marzo 2020 <<https://atalayar.com/content/coronavirus-y-desigualdad-un-c%C3%ADrculo-vicioso>>

Sánchez Hernández, J.L. coord. (2019). *Espacios y prácticas económicas alternativas en las ciudades españolas*. Madrid: Aranzadi Thomson Reuters.

Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona: Ariel.

- Savills (2020). *Savills Prime Index: World Cities*. Savills Research, Agosto 2020 <https://www.savills.com/research_articles/255800/302964-0/savills-prime-index--world-cities--august-2020>
- Sempere, P. (2020). “El 24,7% de los trabajadores españoles está en pausa por el paro y los ERTE”. *Cinco Días. El País*, 12 julio 2020 <https://cincodias.elpais.com/cincodias/2020/07/02/economia/1593704972_271651.html>
- Shelley, M. y Urry, J. (2006). “The new mobilities paradigm”. *Environment and Planning A*, vol. 38, pp. 207-236.
- Shelley, M. y Urry, J. (2018). “Movilizando el nuevo paradigma de las movilidades”. *Quid 16*, nº 10, pp. 333-355 <<file:///C:/Users/ricar/Downloads/Dialnet-MovilizandoElNuevoParadigmaDeLasMovilidades-6702392.pdf>>
- Snowden, F.M. (2019). *Epidemics and Society. From the Black Death to the Present*. New Haven: Yale University Press.
- Sorando; D. y Ardura, A. (2016). *First we take Manhattan. La destrucción creativa de las ciudades*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Standing, G. (2013). *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Stiglitz, J. (2002). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- Stiglitz, J. (2020). *Capitalismo progresista. La respuesta a la era del malestar*. Madrid: Taurus
- Sumner, A.; Ortiz-Juárez, E. y Hoy, C. (2020). “Precarity and the pandemic. COVID-19 and poverty incidence, intensity and severity in developing countries”. *WIDER Working Paper*, 2020/77, pp. 1-24 <<https://www.wider.unu.edu/publication/precarity-and-pandemic>>
- Taleb, N. (2011). *El cisne negro. El impacto de lo altamente improbable*. Barcelona: Paidós.
- The Economist (2020). “How China’s coronavirus epidemic could hurt the world economy”. *The Economist*, 15 febrero 2020 <<https://www.economist.com/leaders/2020/02/15/how-chinas-coronavirus-epidemic-could-hurt-the-world-economy>>
- The Economist Intelligence Unit (2020). *The Great Unwinding Covid-19 and the regionalization of global supply chains*. Londres: The Economist

Intelligence Unit <<https://www.eiu.com/n/campaigns/the-great-unwinding-covid-19-supply-chains-and-regional-blocs>>

The Economist Intelligence Unit (2020b). *US-China relations under a Biden presidency*. Londres: The Economist Intelligence Unit <https://www.eiu.com/public/topical_report.aspx?campaignid=uschinarelations>

The Economist Intelligence Unit (2020c). *Down but not out? Globalisation and the threat of Covid-19*. Londres: The Economist Intelligence Unit <<https://www.lineministries.org/file/file/download?guid=247151cf-d6b3-4e75-950b-7aa908466692>>

Torres, J. (2020). *Coronavirus y economía*. Sevilla, 4ª edic., 10 mayo 2020 <<https://www.juantorreslopez.com/tercera-edicion-digital-de-coronavirus-y-economia/>>

UNCTAD (2019). *Informe sobre transporte marítimo 2019*. Nueva York: UNCTAD <https://unctad.org/es/PublicationsLibrary/rmt2019_es.pdf>

UNCTAD (2020). *World Investment Report 2020. International Production Beyond the Pandemic*. Nueva York: UNCTAD <https://unctad.org/en/PublicationsLibrary/wir2020_en.pdf>

UNWTO (2020). *World Tourism Barometer 2020. Special Focus on the Impact of COVID-19*. Madrid: Organización Mundial del Turismo <<https://www.e-unwto.org/doi/epdf/10.18111/9789284421817>>

UNWTO (2020b). *Impact Assessment of the COVID-10 Outbreak on International Tourism*. Madrid: Organización Mundial del Turismo, mayo 2020 <<https://webunwto.s3.eu-west-1.amazonaws.com/s3fs-public/2020-03/UNWTO-Impact-Assessment-COVID19.pdf>>

UNWTO (2020c). *Covid-19 Related Travel Restrictions. A Global Review for Tourism. Second Report*. Madrid: Organización Mundial del Turismo, 28 abril 2020 <<https://webunwto.s3.eu-west-1.amazonaws.com/s3fs-public/2020-04/TravelRestrictions%20-%2028%20April.pdf>>

Urry, J. (2014). *Offshore. La deslocalización de la riqueza*. Madrid: Capitán Swing.

Valiorgue, B. (2020). “Quand l’Europe voit ses stratégies industrielles fragilisées”. *The Conversation*, 24 marzo 2020 <<https://theconversation.com/covid-19-quand-leurope-voit-ses-strategies-industrielles-fragilisees-134427>>

Védrine, H. (2000). “L’hyperpuissance américaine”. *Les Notes de la Fondation Jean-Jaurès*, nº 17, pp. 1-113.

Waetcher, P. (2020). “La Chine dans le monde. Histoire d’une révolution”. *Osstrum Asset Management. Le blog de Philippe Waetcher*, 27 febrero 2020 <<https://ostrum.philippewaechter.com/2020/02/27/la-chine-dans-le-monde-histoire-dune-revolution/>>

WEF (2020). *The Global Risks Report 2020*. Ginebra: World Economic Forum-Marsh & McLennan-Zurich Insurance Group, 15ª edición <http://www3.weforum.org/docs/WEF_Global_Risk_Report_2020.pdf>

Wolman, D. (2020). “Amid a pandemic, geography returns with a vengeance”. *Wired*, 14 abril 2020 <<https://www.wired.com/story/amid-pandemic-geography-returns-with-a-vengeance/>>

Wright, E.O. (2014). *Construyendo utopías reales*. Madrid: Akal Ediciones.

WTO (2019). *Technological innovation, supply chain trade and workers in a globalized world*. Ginebra: Organización Mundial del Comercio <https://www.wto.org/english/res_e/booksp_e/gvc_dev_report_2019_e.pdf>

WTO (2020). *Trade in medical goods in the context of tackling COVID-19*. Ginebra: Organización Mundial del Comercio, 3 abril 2020 <https://www.wto.org/english/news_e/news20_e/rese_03apr20_e.pdf>

Wu, J.T.; Leung, K. y Leung, G.M. (2020). “Nowcasting and forecasting the potential domestic and international spread of the 2019-nCoV outbreak originating in Wuhan, China: a modelling study”. *The Lancet*, nº 395, pp. 689-697 <[https://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736\(20\)30260-9/fulltext](https://www.thelancet.com/journals/lancet/article/PIIS0140-6736(20)30260-9/fulltext)>

Zibechi, R. (2020). “A las puertas de un nuevo orden mundial”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 113-118 <<http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.

Žižek, S. (2020). “Coronavirus es un golpe al capitalismo al estilo de *Kill Bill* y podría conducir a la reinención del comunismo”. En *Sopa de Wuhan. Pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. Madrid: ASPO, pp. 21-28 <<http://iips.usac.edu.gt/wp-content/uploads/2020/03/Sopa-de-Wuhan-ASPO.pdf>>.

Žižek, S. (2020b). *Pandemia. La covid-19 estremece al mundo*. Barcelona: Anagrama.

Ricardo Méndez es Doctor en Geografía por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor en el Colegio Universitario de Segovia, la Universidad de Valladolid, y la Universidad Complutense, de la que fue catedrático de Geografía Humana. Desde 2004 fue profesor de investigación en el Instituto de Economía, Geografía y Demografía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Ha sido profesor invitado en diversas universidades europeas y latinoamericanas. En la actualidad es profesor honorífico del Departamento de Geografía de la Universidad Complutense.



Especialista en geografía económica, sus investigaciones también se han interesado en el desarrollo territorial, los estudios urbanos y la geopolítica. Entre sus libros pueden destacarse *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo* (1984, con Fernando Molinero), *Geografía Humana* (1988, con Rafael Puyol y José Estébanez), *Organización industrial y territorio* (1996, con Inmaculada Caravaca), *Geografía Económica. La lógica espacial del capitalismo global* (1997), *El nuevo mapa geopolítico del mundo* (2011), *Atlas de la crisis. Impactos socioeconómicos y territorios vulnerables en España* (2015, con Luis D. Abad y Carlos Echaves), *La telaraña financiera. Una geografía de la financiarización y sus crisis* (2018) y *Ciudades en venta. Estrategias financieras y nuevo ciclo inmobiliario en España* (2019).

Fue director técnico del *Observatorio Industrial de la Ciudad de Madrid* entre 2005 y 2010. En 2015 recibió el *Premio Internacional de Geocrítica*.

